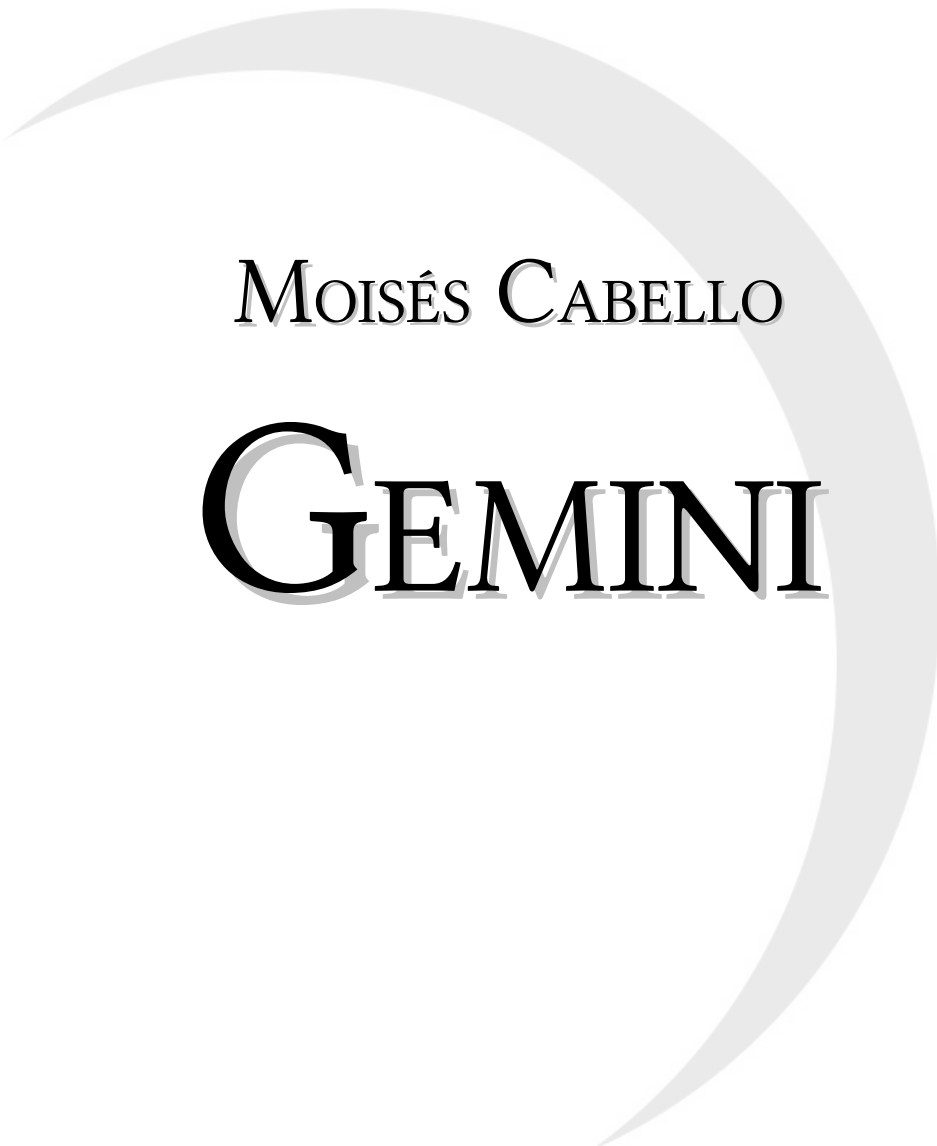




MOISÉS CABELLO

GEMINI

Gracias por descargar Gemini. Recuerda que puedes adquirir un ejemplar impreso o un e-book adaptado para lectores electrónicos en <http://www.multiverso.cc>

Esta obra está publicada bajo una licencia *Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.0*, que le permite copiar y comunicar públicamente la obra y crear obras derivadas siempre y cuando reconozca el crédito del autor, no haga uso comercial de la obra y divulgue cualquier obra derivada bajo los términos de una licencia idéntica a esta.

Dispone del texto legal completo en la siguiente dirección:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/es/legalcode.es>

© 2007–2008, Moisés Cabello Alemán

Santa Cruz de Tenerife, España.

moisesc@gmail.com | <http://www.moisescabello.com>

1º Edición, Junio de 2007

2º Edición, Octubre de 2008

Fuentes del montaje de portada: Fotos de dominio público o stock libre de royalties (pdphoto.org y morguefile.com). Contracubierta de David Boyle (cc-by)

*A mi madre,
por su paciencia.*

*Existen dos clases de personas; las que pueden convivir con sus otros yo, y las
que los eliminan antes de ser ellos las víctimas.*
*Es una paranoia recursiva de la que ningún ente consciente capaz de viajar por
el multiverso puede escapar.*
Boris Ourumov (B14)

1

A medida que Marla y Olaf descendían hacia la costa, la situación empeoraba. A aquella distancia pudieron distinguir a los invasores desembarcando en los muelles pesqueros, y contemplaron con horror cómo se abrían paso entre el gentío a tiros. Marla no estaba menos aterrorizada que Olaf por saber que sus armas eran rifles; ¿soldados medievales contra napoleónicos?

–Olaf –dijo agarrándole del brazo–, están tomando el pueblo y contra su armamento no podemos hacer nada. Deberíamos regresar para advertir a...

–¿Cómo puedes pensar en dejarles? –replicó Olaf impotente– Lo que tenemos que hacer es organizarnos con ellos, reunir un frente que pueda recha...

–Olaf, por favor, mira... –interrumpió en el tono más apaciguador que pudo con la mano tendida hacia la costa– Si te señalan con esos trastos, mueres, no hay nada que hacer, créeme.

Pero Olaf seguía discrepando con la mirada, y se desasíó con brusquedad de Marla para echar a correr cuesta abajo.

–¡No! –gritó ella– ¡Te van a matar!

Marla no tuvo más remedio que lanzarse tras él; Olaf no tenía muy claro el concepto de arma de fuego y temía que lo abatieran. Además, el temor se fue apoderando de ella cada vez que la

situación se asemejaba a una de sus peores pesadillas.

Al llegar se toparon con decenas de aldeanos que subían presurosos huyendo del ataque. Aquellos con los que se cruzaban les aconsejaron que no continuaran descendiendo, pues gentes extrañas salían del mar sembrando la muerte a su paso. Esto no impidió a Olaf continuar con la carrera, sin que los cercanos estruendos de los disparos le amilanasen.

Fue apostado tras una casa donde Marla encontró al general, intentando retener a los soldados que huían con la muchedumbre para organizar al menos una pequeña resistencia, pero todos subían despavoridos.

¿Ya está? Pensó Marla al ver aquella marea de gente ascendiendo la montaña. *¿Es así como acaba todo?* Nada existía en Armantia capaz de contrarrestar el uso de armas de fuego.

Nada.

Posó su mano en el hombro de Olaf.

—Anda, vámonos.

Por unos momentos no se sintió aludido, pero la manera en que contemplaba a la multitud delató la misma perspectiva.

—Sí, vámonos —dijo al fin.

El general entró en el gentío, y Marla se dispuso a hacer lo mismo cuando un proyectil alcanzó la espalda del hombre que tenía delante y con quien se iba a incorporar a los demás, lo que la obligó a seguir apostada en la esquina exterior de la casa. Esto detuvo a Olaf, que se volvió, aguardándola.

—¡Vamos! —gritó.

—¡No te detengas, ahora iré yo! ¡Corre! —replicó ella.

Tras unos instantes de indecisión, Olaf se dispuso a subir por la montaña con los demás, mientras Marla asomaba por la otra esquina, echando un vistazo rápido y poniendo pies en polvorosa a la primera oportunidad, accediendo así a la ladera desde otro flanco.

—¡Quieta!

Paralizada, alzó levemente los brazos. La voz era masculina y tenía un acento distinto al de los armantinos.

—Date la vuelta, despacio.

Lo hizo poco a poco. El hombre, de mediana edad, estaba a no más de diez metros de distancia apuntándola con su fusil.

—No te muevas —dijo este mientras con la otra mano se hurgaba en el bolsillo. Extrajo un papel arrugado que abrió como pudo sin perderla de vista, de hecho su mirada alternaba el papel y ella constantemente.

—¿Marla? —dijo él bajando levemente el arma y entrecerrando los ojos— ¿Eres tú? ¿Marla Enea Benavente?

Petrificada, escuchando únicamente el frenético galope de su corazón y sin saber por qué, pensó en el instante en el que los Boris entraron a la fuerza en la sala de tránsito de *Alix B* y la mandaron al caos, meses atrás. *¿Querrán llevarme de nuevo?* Pensó con temor. ¿Qué pintaba aquel tipo en todo aquello?

Un impactó resonó en los alrededores, lo que obligó al desconocido a volverse agachando la cabeza. Marla aprovechó ese momento para huir cuesta arriba. *¡Espera!* Le oyó gritar a lo lejos mientras ella se unía por fin a la columna de gente que subía como podía. A sus oídos llegaron gritos de los invasores, *¡Ishtar! ¡Ishtar! ¡Por Ishtar!* Todo era un caos. Desorden, pánico, tropiezos, muertos... ¿Qué sería de Olaf?

Para su alivio esperaba por ella al final del ascenso, donde se arremolinó una gran muchedumbre intentando ayudar a los más fatigados a alcanzar la cima. Tras asegurarse de que ella estaba bien, Olaf, que acercó el caballo con el que llegaron allí, se interesó por los anónimos invasores.

–¿Les conoces? –dijo alzando la voz entre los gritos de los demás.

–No –respondió ella–, pero sí las armas que están usando.

–¿Y qué podemos hacer para protegernos?

Se le encogió el corazón al imaginar a Olaf ideando argucias medievales como ataques sorpresa desde escondites o tras los árboles y protegiéndose con cosas accesibles a mano. Marla se limitó a lanzar una elocuente mirada al caballo.

–¿Huir? –dijo él negando con la cabeza, como si no fuera una opción.

Me temo que por una vez tendrás que darte por vencido, quería decir ella, pero se limitó a asentir con la cabeza.

El general resopló, propinando entre maldiciones un fuerte pisotón al suelo mientras contemplaba impotente a lo que quedaba del pueblo huir por el camino que llegaba a la montaña.

–¿De verdad no se puede hacer nada?

–Aquí y ahora, no –respondió ella comenzando a irritarse. Los disparos resonaban cada vez más cerca y no era momento de seguir haciéndose el valiente.

Maldiciendo nuevamente, el general se incorporó en el caballo y la ayudó a montar, como era costumbre, comenzando el trote hacia la capital de Turín.

El viaje fue muy silencioso, con ambos sumidos en sus oscuridades durante el galope. Pensando en el futuro, o en si habría alguno. Apenas unos meses atrás Marla se creyó capaz de ayudar a conseguir la prosperidad de Armantia, de poder *construir*. Llegó a creer en el futuro de aquel lugar, en que era un reducto humano que merecía la pena salvar.

Pero aquello les sobrepasaba.

Gardar tardó en asimilarlo cuando el general se lo contó en el castillo turinense. *¿De fuera de Armantia?* Decía. *¿Cómo es posible?* Cuando Olaf le describió la invasión, los grandes navíos en los que llegaron y el letal armamento enemigo, el joven rey se quedó helado, contemplando largamente a su segundo en espera de que este sugiriera algo. Apenas llevaba la corona unas semanas y se apoyaba mucho en su general.

Pero Olaf parecía estar en otra parte.

–Es de suponer que los invasores querrán algo. Tal vez podamos negociar con ellos y salir airosos –intentó.

Sólo lo dice para impresionarle, observó Marla. Al ver que Olaf permanecía en silencio, Gardar se aventuró aún más.

–Mañana lideraré una comitiva de negociación. Iremos hasta el pueblo a parlamentar con esos invasores. Vosotros me acompañaréis.

Intentaba decirlo con tono oficial, pero su inquietud le delataba. El general se limitó a asentir y a salir del palacio en silencio.

Preocupada por su actitud, Marla salió tras él

–¿Estás bien?

Olaf miró alrededor con visible tristeza.

–No es justo. Ahora que teníamos un rayo de esperanza... no es justo.

–Lo sé –murmuró ella acariciándole el cuello–. ¿Qué vas a hacer?

–Acompañar a Gardar en la negociación. Por el momento no podemos hacer más.

–Entiendo. Luego hablaré con Enea de todo esto, tal vez se nos ocurra algo.

Enea se quedó en Hervine sustituyéndola en su posición de gobernadora durante sus breves vacaciones con Olaf, pues nadie notaría el cambio.

Evitando su mirada, Olaf asintió. Él también reconocía en los ojos de Marla una desesperanza que sólo le vio una vez, meses atrás.

–Esto es grave... ¿verdad?

En respuesta ella se limitó a caminar lentamente de aquí para allá, sin decir nada.

Acudió al dormitorio de huéspedes, confusa y triste, y se dejó caer inerte en la cama, sacando del dedo su IA –un anillo–. Un par de meses atrás descubrió que podía hablar con Enea a distancia, de anillo a anillo, pese a vivir en un mundo sin repetidores ni satélites. Aunque en Hervine ya empezaba a oírse mal.

Cuando le contó todo lo ocurrido su gemela escuchó en silencio, pensativa, pero se mostró reticente a opinar al respecto, animándola a continuar. Marla narró también su extraño encuentro con uno de los anónimos invasores. Al final sólo consiguió contagiarle su inquietud, pues al fin y al cabo también ella era Marla Enea.

–Si la negociación de mañana fracasa –dijo Marla–, Turín caerá seguida de Debrán, Los Feudos, Dulice... y la última resistencia será allí, en Hervine. No he visto caballos ni vehículos, así que a lo sumo tardarán dos semanas, y eso si no han desembarcado en otros puntos más cercanos, claro. ¿Crees que en ese tiempo podríamos crear una defensa adecuada?

El bufido de Enea saturó el micrófono.

–Ya me dirás con qué.

–Hervine es el país de las ciencias, no sé... ¿No estaban los alquimistas con glicerinas y potingues ignífugos?

–No he tenido más noticias al respecto. Preguntaré. ¿Pero quiénes eran? Es decir... ¿Cómo vestían, qué tipo de rifles llevaban...?

–Creo que intentas preguntarme cuán modernos eran. Los rifles parecían mosquetes, y las ropas, aunque con una combinación extraña, eran simples uniformes, nada de camuflaje, ni artefactos raros.

–Acorde con los barcos en los que llegaron.

–Exacto.

Las perspectivas de futuro eran igual de funestas, pero siempre sonaba mejor una invasión de soldados del siglo XVIII que otra con tropas a la última.

Marla descansó una mano en la nuca, suspirando.

–Estoy muy cansada... procuraré mantener el contacto en la negociación, si es que se produce. La llevará Gardar, pero Olaf y yo estaremos...

–¿Que la llevará *quién*?! Marla, Gardar tiene quince años...

–Lo sé, pero es el rey y quiere hacerlo. Después de lo que le pasó a su padre y lo que él mismo hizo, quiere ser el mejor Rey del mundo, qué le vamos a hacer.

–Se vendió a Delvin, y fue manipulado por el jefe como si nada... ¡Y subsiste lo de su edad! No puede dirigir ninguna...

–¡Lo sé! –interrumpió alzando la voz–. ¿Pero qué puedo hacer yo? No tengo ninguna autoridad para decidirlo.

–Háblalo con Olaf, seguro que él puede influirle.

Marla negó con la cabeza como si la viera.

–Le defenderá, aquí se toman lo de la corona muy en serio.

–¿Y no puedes influir tú en él?

–Maldita sea, haré lo que pueda. Mientras tanto ve preparando la defensa de Hervine e intenta ser discreta, organiza simulacros y ese tipo de cosas, creo que Lynn dejó algo escrito al respecto.

–De acuerdo, que descanses.

–Tú también.

Al cortar la comunicación el cansancio la atacó nuevamente y esta vez se dejó derrotar, pensando en qué les depararía el día de la negociación mientras se sumía en el más profundo de los sueños.

La IA de Julio Steinberg, antiguo presidente de Alix y actual líder de *La Red de la Humanidad*, escupió el informe diario a gran velocidad.

–Setenta y dos universos agregados en el día de ayer, de los cuales diecinueve poseyeron instalaciones de Alix conflictivas, todas anuladas y posteriormente controladas con éxito. La Red de la Humanidad consta hasta esta consulta de tres mil quinientos cincuenta y ocho mundos. Un cero coma nueve por ciento continúa en estado de revuelta o rechazo, lo que es un cero coma dos por ciento menos que ayer...

La cosa iba sobre ruedas. ¿Y ahora qué? Ya estaba claro que dominaría cuantos universos de su espectro se pusieran a su paso. Tras un arduo comienzo a base de ensayo y error, el proceso de asimilación de universos ya estaba completamente automatizado. El momento de ataque, los lugares, las tareas... siempre lo mismo. Rutina. La red se estaba estancando.

Consultó en su mesa las últimas informaciones recibidas por su espía en *Terra Nueva*, mundo del único universo del caos con el que mantenía contacto. Sobre los Boris que allí maquinaban poseía abundante información, y eso era lo único que hizo especial aquel universo; se trataba de un mundo hecho expresamente contra su imperio, o para huir de él. Al menos en una parte... *Armantia*. Allí se instalaron quienes huyeron de la *Red de la Humanidad* y le encantaría, pese a la problemática física de los saltos, encargarse de *Terra Nueva* y de *Armantia* como se encarga habitualmente de los mundos de su espectro: invasión sorpresa y toma instantánea.

Sin embargo, *Terra Nueva* era especial. En general Julio se limitaba a asimilar mundos prácticamente iguales al que él habitó siempre -aunque antes de que también crearan su imperio, claro-. Pero en aquel planeta, *Terra Nueva*, cada colonia albergaba su sombra. Si la gente espabilada de *Armantia* huía de *La Red de la Humanidad (RH)*, las demás colonias tenían su propio imperio tras los talones, pertenecientes a espectros de universos diferentes al que ocupaba la *RH*. Dichos imperios también estarían persiguiendo o vigilando a sus fugitivos, como Julio a los Boris.

No sabía nada de ellos, pero tampoco tenía intención de medir fuerzas; presentarse formalmente en *Terra Nueva* conllevaría exponerse a los imperios que iban tras sus respectivas colonias, quienes podrían decidir a su vez que son lo suficientemente fuertes como para asimilarle a él. No, debía ser discreto y por eso envió a varios espías para mezclarse con los locales.

Los Boris y sus estúpidos intentos de sacar algo en claro de *Armantia* eran cada vez menos importantes para él, pues les tenía vigilados. No, su nueva preocupación era que *La Red de la Humanidad* se acabara debilitando por limitarse a devorar más de lo mismo, necesitaba nuevos retos. Tenía que ampliar su espectro, y ahí fue donde entró *Terra Nueva*.

Tal vez pronto pueda dejar de ser discreto, pensó. Según una de las últimas informaciones de sus espías, podía tener un as en la manga que le permitiera campar a sus anchas por *Terra Nueva* y así comenzar a

asimilar mundos más allá de su espectro: una puerta abierta para lanzarse a la conquista del siempre infinito caos, y todo gracias a una mujer que trabajó para la propia Alix, si su consejero estaba en lo cierto. Pronto lo averiguaría.

Miró a la larga mesa de reuniones, que sólo reflejaba el vacío de la sala. Tras dar la orden para permitir el acceso a sus gestores, ministros y consejeros, las representaciones holográficas de estos aparecieron en los respectivos asientos.

–¿Qué novedades tenemos respecto al asunto de la chica? –dijo Steinberg.

–Sí –Darío carraspeó levemente–, si no le importa señor, preferiría comenzar la reunión repasando su ficha para que todos tengamos una idea general de su perfil.

–Continúa.

–Hago notar –añadió Darío mirando a todos– que estos datos fueron rescatados de las centrales de Alix en uno de los universos de la Red, del que procede la persona.

–Continúe –repitió Julio mecánicamente.

CONFIDENCIAL

ALIX CORP. 2161

PERFIL DE EMPLEADO

Nombre completo: Marla Enea Benavente

Edad actual: 30

Fecha de nacimiento: 27/03/2131

Fecha de incorporación: 04/09/2153

Nº Identificación interna: 236

Departamento: *Alix B*

Cargo: Agente de campo

FICHA:

–Marla Enea Benavente fue considerada apta para el programa piloto de viajes entre universos para su uso comercial sobre otros candidatos el veinticinco de Junio de 2153, a los veintidós años. Pasó satisfactoriamente todas las pruebas físicas y psíquicas, demostrando su compromiso para con la nueva división de la compañía en ciernes (*Alix B*).

–Participó con éxito en las pruebas temporales secretas que se crearon en *Alix B* hasta 2155, concretamente en las campañas *Cartago*, *Tigris* y *Alejandro*, donde colaboraría en la creación de la figura del monitor de época.

–El veintiséis de Febrero de 2156 se gestionaría, con su consentimiento, su muerte oficial para dedicarse por entero a la compañía, viviendo en el exterior indefinidamente bajo otra identidad.

–Debido a su notable experiencia, se considera su incorporación en *Alix A*. El lamentable incidente *Magallanes* descarta esta opción.

–En Enero de 2160 la junta directiva decide retirar algunos agentes con peligro potencial de informar al público sobre las actividades de *Alix B*. Se crea la leyenda del *mal multiversal*. Marla

Enea Benavente es considerada y rechazada.

–Con la creación de los módulos–vivienda, la junta directiva vuelve a tratar la cuestión el tres de Marzo de 2161. Contando con la aprobación del director general de *Alix B* (de nombre en clave *Fran*), se decide el retiro paulatino de todos los agentes que aún habitan en el exterior, empezando por los de mayor antigüedad. Así pues, se comienza con Marco Filch Shuttleworth, Marla Enea Benavente y Andrei Guzmán de Vries.

–El uno de Junio, tras la fuga de Boris Ourumov, se le encarga a Marla Enea Benavente su última misión antes del retiro: capturarlo vivo o muerto. Fracasa en su empeño, por lo que se consideró más provechoso darle otra oportunidad antes de retirarla. El día tres, cuando se disponía a dar el salto, un número no registrado de Boris irrumpen en la sala de tránsito y envían a Marla Enea Benavente a algún lugar del caos.

–El cuatro de Junio la junta directiva de *Alix* se reúne con urgencia. Se decide el retiro del director general de *Alix B* por su ineficiencia en la crisis, en un encargo de eliminar a Boris Ourumov y Marla Enea Benavente.

Y luego les invadí yo, pensó Julio sonriendo al leer la última línea. ¿Qué le pasó por la cabeza al Julio de aquel universo cuando apareció? Seguramente creyó que vino del futuro, o algo así. Maldita vejez acelerada.

–¿Y concretamente qué tiene ella que pueda ayudarnos a asimilar mundos de otros espectros? –dijo sin quitar ojo al informe.

–Genes privilegiados –replicó Darío.

–¿Perdón?

–Todos sabemos que el efecto de los saltos en un mismo espectro o uno muy similar, por ejemplo de un universo de la RH a otro, tiene efectos casi imperceptibles en el organismo. Pero cuando vamos a un universo totalmente distinto, el efecto se acentúa gravemente. La vejez se acelera.

–Mis arrugas no son de mis años, cuénteme algo que yo no sepa –dijo Julio impaciente.

–En seguida. El daño es muy enigmático, porque para empezar aún no sabemos si radica en nuestra propia tecnología o en la naturaleza física del mismo viaje.

Darío realizó una leve pausa, consultando más datos.

–Tampoco podemos determinar los detalles del proceso de envejecimiento puesto que al llegar ya está en marcha, manifestándose a los dos o tres días y durando alrededor de un mes. No se ve ningún defecto en las proteasas, ni aparecen progerinas, ni endonucleasas mutantes, ni tiene que ver con los habituales síndromes de envejecimiento acelerado; el cuerpo, en una permanente fiebre de entre treinta y siete y treinta y ocho grados potencia su envejecimiento natural en varias décadas durante unas pocas semanas, para luego estabilizarse. No parece tan terrible porque no se manifiestan los rasgos de vejez asociados a la oxidación externa, pero el organismo...

–Al grano, Darío –interrumpió Julio.

–Ya llego. Marla Enea Benavente, obligada a dar el salto a un universo perteneciente a un espectro totalmente distinto al nuestro como es el de Terra Nueva, no ha envejecido ni un ápice.

Darío permaneció callado unos instantes para dejar que la frase calara entre los presentes. Nadie se atrevió a decir nada.

Qué efectista, pensó Julio poco impresionado.

–Usted quiere extender la red más allá de nuestro espectro –añadió Darío volviéndose hacia él–. Ahí tiene la prueba de que es posible.

–Ya veo –dijo Julio decepcionado–. ¿Nos hacemos con la muchacha y le decimos que tome el planeta en el que está Armantia?

–No me he explicado. Marla viene de nuestro espectro de universos, es una empleada de Alix. Podemos hacernos con cuantos ejemplares de su persona deseemos. ¿Entiende?

–Un ejército de Marlas inmunes a los saltos multiespectro que vaya por ahí a nuestras órdenes asimilando mundos del caos...

–Exacto –dijo Darío triunfal.

–Hmm...

Su consejero se sentó con una sonrisa de satisfacción, sabiendo que aquella murmuración era lo máximo que podía conseguir de Julio.

Por fin desentumecería la red. Nuevos mundos, tecnologías, gobiernos... aunque también enemigos desconocidos. Tendría que ir con cuidado.

–¿Cuándo planeas capturarla?

–El plan ya está en marcha desde hace una semana y nos vamos a hacer con las dos que hay en Armantia, las primeras en que hemos observado el fenómeno.

–Recuerda que nuestra presencia en Armantia debe ser totalmente invisible.

–Descuide, nos aprovechamos de las circunstancias locales. Serán otros quienes nos las entreguen.

Marla despertó tan sola como se acostó. Acostumbrada a dormir al calor del cuerpo de Olaf, su ausencia aquella noche la incomodó más si cabe considerando la intermitente vigilia que mantuvo las últimas horas.

Localizó al general en el salón hablando con Gardar y varios guardias, por lo que prefirió esperar fuera, con el agradable frescor matinal que hacía soportable la oleada de calor de los últimos días.

–Nos iremos en breve –escuchó detrás. Era él.

–Dios, estás hecho un asco –exclamó ella al ver su aspecto demacrado y ojeroso–. No puedes pasarte noches enteras sin dormir. Descansa algo antes de partir, haz el favor...

–Alguien tiene que dejar de dormir para que los demás puedan hacerlo. He estado planificando la negociación por si todo se torciera –dijo levemente irritado.

–Eso es algo que puede esperar al menos un par de horas. Necesitas descansar.

–Olvidalo. Además –añadió sonriendo– tú tampoco pareces muy descansada. ¿Lista?

–Sí. Escucha, mi amor... –dijo en su tono más meloso– ¿Crees que Gardar es la persona más idónea para semejante negociación?

El general notó que quería algo, y se puso a la defensiva.

–Explícate.

–Ya sabes... es joven y manipulable, ya ha ocurrido antes. Y además, ahora correrá un gran riesgo.

Olaf torció el gesto previendo que los tiros irían por ahí.

–Es el rey –respondió como si así cerrara cualquier discusión posible.

–También lo era cuando te intentó...

–Marla, no –interrumpió en un tono que aconsejaba no seguir.

Estaba claro que no conseguiría nada de él, lo que hizo más tenso el viaje hacia el pueblo, pensando en la negociación. Se llevaron a cuarenta hombres por lo que pudieran encontrarse, y entre ellos no hubo ni una conversación en todo el trayecto, ni una broma, ni un canto... se limitaron a mirarse de reojo de vez en cuando. Los soldados sólo sabían de los invasores lo que oyeron a los supervivientes del primer ataque, declaraciones confusas y algunas exageraciones que únicamente minaron aún más la débil moral.

–Tengo un oscuro presentimiento sobre todo esto –se lamentó Marla cuando llegaban–. ¿Qué pueden querer? Han invadido y exterminado todo un pueblo. La conquista no es algo muy negociable...

Olaf la reprendió con la mirada, señalando a los demás discretamente con la cabeza. *Bastantes malos ánimos hay ya sembrados para hablar de exterminios y conquistas*, dijeron sus ojos.

Por trillonésima vez desde que llegó a Armantia, Marla maldijo su larga lengua.

Aminoraron al vislumbrar al final del camino el portón de madera que daba al interior del pueblo. Estaba cerrado, y no se veía a nadie apostado en la parte superior de la muralla que albergaba la puerta. La aparente calma no hizo sino multiplicar los nervios de los presentes.

Finalmente Gardar tomó la iniciativa.

–Iré sólo –anunció–, veamos qué tienen que decimos.

–Eso no es lo que acorda... –se apresuró a protestar Olaf.

–No, no voy a ponerlos en peligro a vosotros también. Soy joven e inofensivo, así que no me pasará nada. Tranquilos.

El general le contempló unos instantes, admirando la sangre fría del muchacho.

–Suerte.

Marla, por su parte, inclinó la cabeza como gobernadora de Hervine, y tras devolver el gesto el joven rey partió lentamente a caballo hacia el portón de madera, a unos cien metros de distancia.

Frente a él, Gardar parecía insignificante.

–¡Soy Gardar Sturla, rey de estas tierras, y vengo a parlamentar!

En respuesta, el portón se abrió hasta la mitad. Nadie salió, así que, tras asomarse, el rey de Turín entró a caballo, y lentamente la puerta volvió a bloquear la entrada.

Tensa la espera, todos miraron a su alrededor aguardando un ataque en cualquier momento. Marla pudo ver en Olaf que más allá de su lealtad a la jerarquía turinense, estaba de acuerdo con ella sobre el chico.

Pero no tuvieron que esperar mucho; en apenas cinco minutos salió Gardar a caballo con trote presuroso pero extraño, cerrándose el portón tras de sí, y a media distancia Olaf ya adivinó que algo iba mal; su corazón dio un vuelco cuando distinguió de qué se trataba, pero el horror le retrasó a la hora de intentar que Marla no lo viera. Todos lo presenciaron.

Gardar estaba decapitado.

Los soldados se alteraron y el pánico empezó a dominar sus mentes. El general, pasmado, ignoró por momentos el estado de histeria en el que Marla cayó súbitamente: gritaba constantemente entre lágrimas en dirección al portón, fuera de sí.

–¡Hijos de puta, tenía quince años!

No tuvo sin embargo ánimos para calmarla. Unas cuantas siluetas aparecieron en lo alto de la muralla y les dispararon varias veces, derribando al menos a cuatro soldados. Los demás huyeron en desbandada y el general tuvo que llevarse a rastras a Marla, a quien no afectaban lo más mínimo los lejanos petardeos de los rifles a la hora de increpar a los atacantes.

Cuando se disponía a huir del alcance de los disparos, observó que el cuerpo de Gardar conservaba, atado a sus rígidas manos, un pedazo de papel. En cuanto se acercó a cogérselo un repentino espasmo de la mano que lo sostenía le nubló la vista del susto, pero pudo quitarle finalmente el ensangrentado papel y comprobar que estaba escrito por el otro lado, cuyo contenido tan escueto como desolador rezaba:

“QUEREMOS A MARLA ENEA Y DIPLOMA”

Apenas llevaban unos minutos de huida, cuando Marla se detuvo para mirar atrás y Olaf intentó animarla a continuar, susurrando la necesidad de regresar lo antes posible. Ella parecía hipnotizaba, así que probó a tirar suavemente de su brazo. En respuesta se desasíó con fuerza.

–¡Déjame! –le gritó – ¡Dejadme en paz!

Continuó la marcha por su cuenta, y el general consideró que sería mejor dejarla sola el viaje de vuelta.

Una vez llegaron al castillo turinense, Marla se dirigió directamente a sus aposentos, y allí se derrumbó nuevamente. Mas esta vez, para su sorpresa, Olaf no fue a consolarla. La imagen de Gardar sin cabeza era con diferencia lo más horrible que nunca vio, pese a presenciar horrores similares cuando en Alix viajaba a otras épocas. Pero Gardar no era un desconocido y supo que aquella imagen la acompañaría el resto de su vida. Así pasó varias horas, hasta que, reflexionando, llegó a la conclusión de que era la única que tenía algo que decir en aquella historia.

Sólo ella conocía el letal armamento del enemigo, y sin embargo le servía únicamente para agravar sus remordimientos. Se sentía culpable. Boris confió en ella, Lynn confió en ella, *Olaf* confiaba en ella, y ahora tenía la oportunidad de demostrar que acertaron.

Dicha culpabilidad se multiplicaba por el factor Armantia. Se debía a mucha gente, era gobernadora, compartía con Olaf la responsabilidad de garantizar la supervivencia de aquel gigantesco tubo de ensayo sociológico creado por la necesidad. Ante cualquier novedad que los demás no entendieran, ella siempre intercedía, sus conocimientos la aventajaban.

Y sin embargo no podía hacer absolutamente nada.

¿Por qué yo? No era nadie. Nadie...

En ocasiones su odio por Boris Ourumov emergía tan violentamente que le oprimía el pecho. Pensó en hablarlo con Enea, pero ambas acordaron no hablarse de su vida anterior: sólo podían convivir olvidando cualquier cosa anterior a la llegada a Armantia, dado que ese fue el momento en que pasaron a ser dos personas distintas con vidas diferentes. Lo contrario hubiera traído consigo la desagradable sensación de estar leyendo la mente la una a la otra.

Sacudiendo la cabeza, procuró concentrarse de nuevo en el presente, pero siempre llegaba a la conclusión de que nada podía hacerse.

Eso no me vale, pensó, tensando los puños.

Así fue en busca de Olaf, al que encontró sentado en el salón del trono con la mirada perdida en el estandarte turinense que tenía ante él.

Estaba llorando. Nunca antes le vio derramar una lágrima.

Ella se limitó a tomar una silla y sentarse frente a él, sin decir nada, intentando no aparentar que la estampa le conmovió profundamente, pues le haría sentirse peor. Pasados unos minutos, el general volvió a la realidad.

–No quería que me vieras así.

–Todos estamos igual, no pasa nada.

A continuación Olaf derrumbó su enigmático carácter sacando a la luz el amplio abanico de servidumbres con las que ya no podía cargar. Expresó su frustración por la esquiva paz. Llegar a dicha paz entre cuatro países era mucho decir, pero al alcance de un hombre. Dedicó toda su vida a ello y a ser el orgullo de su difunto padre. Se creyó victorioso al evitar la última guerra que Delvin maquinó. Y sin embargo, la vida se lo quitó todo. En el intento, mataron a su familia. Mataron a su esposa. Nunca supo lo que su padre quiso para él. La guerra se manifestaba una y otra vez por mucho que intentara apagar sus fuegos, y ahora... lo que le hicieron a Gardar...

Marla intentó consolarle, sintiéndose mal por haber pensado poco antes que era ella la víctima de todo

aquello. Le dijo que no tenía que cargar con todo él sólo, que ella estaba a su lado.

Pero tras decir esto el general la miró fijamente, acrecentando el tamaño de la inmensa bola de nieve en que se convirtió su impotencia. *¿Cómo voy a protegerte a ti?* El concepto del multiverso le sobrepasaba, se esforzaba en entenderlo pero estaba a su merced. Para él Armantia era el único mundo o universo que existió siempre, y sin embargo llegaron exterminadores del exterior contra los que nada pudo y de los que nada supo. *No sé absolutamente nada*, dijo. Se sentía como un niño con armas de juguete perdido en medio de un campo de batalla. Titubeando, reveló sólo en parte el contenido del papel que encontró en manos de Gardar.

El invasor quería *Diploma*.

Marla le preguntó por lo que sabía de Diploma, pero su respuesta no fue demasiado concluyente. *Un lugar, creo*. Tampoco quería usarlo como moneda de cambio. Ella propuso que ambos lo encontraran antes que el enemigo, pero la sola idea le indignó. Diploma era un secreto sagrado que podría destruirles de no estar aún preparados para recibirlo, si la leyenda era cierta.

Alegando que sólo eran suposiciones y divagaciones Marla insistió, pero Olaf seguía rechazando la idea poniendo todo tipo de objeciones. Aquel persistente negativismo terminó enfadándola. Él no solía ser así.

–Entonces... ¿Nos quedamos aquí charlando y esperamos el fin? Venga *Gran General*, ya estuvimos hace poco en un peligro parecido.

Sus ojos se clavaron en los de ella de nuevo, como si con la mirada le adelantase lo que iba a decir.

–La gente está aterrada, Marla. Entre los turinenses crece el rumor de un castigo divino. ¡En Turín! Tan sólo la noticia devastará Debrán. No hablamos simplemente de organizar una defensa, entiéndelo, nadie va a luchar, ni se puede; la situación es totalmente distinta a la de hace meses, entonces fue entre nosotros. *Cerbatanas que escupen fuego*, oí decir a uno de los soldados. ¿De dónde van sacar valor contra algo así?

–Bueno...

–¿Qué les decimos, Marla? ¿Que no se preocupen y se encierren en sus casas? ¿O que se defiendan ante esto?

–Ya vale de tanto derrotismo, soy muy consciente de nuestra situación.

Al fin, Olaf sonrió.

–Lo siento. Se supone que la pesimista eres tú. Me alegro de que hoy estés tan resuelta, Armantia necesita de nuevo a la salvadora...

–Eh, no me llames así –cortó Marla alzando el dedo índice amenazadoramente.

–Oh, vamos, ya hemos hablado de esto...

–No soy salvadora de nadie, y *maté* a gente. Por encargo. Fui entre otras cosas una asesina profesional; los salvadores no hacen eso, Olaf –dijo con gesto severo.

–Pero eso fue en una vida pasada, tú misma me dijiste que por entonces eras fría, perdida...

–Y ahora soy lúcida –cortó–, y lo recuerdo todo *muy* bien. No soy una heroína de libro, tú mismo lo dijiste una vez. Así que no vuelvas a llamarme...

Pero Olaf la interrumpió con un beso en la frente.

–La gente te lo terminará diciendo por méritos propios. Ya lo verás...

Un guardia se presentó en la sala visiblemente alterado, y dos compañeros llegaron tras él, igual de expectantes. Olaf les dio la palabra con un asentimiento de cabeza. Debían de haber llegado corriendo.

–¡Hemos abatido a uno de los invasores, señor! Le cogimos dirigiéndose hacia aquí. Iba solo.

Esto pilló por sorpresa a Olaf.

–¿Está muerto?

–Aún no, pero tiene mal aspecto. Los muchachos se asustaron tanto que lanzaron toda una descarga.

–Que lo vea un médico, necesitamos interrogarle a toda costa. Mientras, llévanos hasta él.

Alcanzaron rápidamente al establo que lindaba con el castillo, lugar donde dejaron al herido. Allí Marla puso una mano en su pecho cuando le reconoció, al identificar en el caído al soldado que se dirigió a ella durante el asalto al pueblo.

–¿Iba solo, decís? –dijo Marla al guardia.

–Sí, señora.

–Parece inconsciente –añadió Olaf.

–A ratos –comentó el guardia–. En ocasiones murmura cosas sin sentido. Está muy malherido.

El caído mostraba puntos sangrantes en los muslos, costados y hombros, y un terrible olor a putrefacción evidenció lo empapadas que estaban sus ropas.

Con suerte no le han tocado ninguna arteria, pensó.

Pálido, el soldado abrió los ojos y dejó caer su cabeza hacia un lado, respirando aprisa al ver a Marla.

–Eres... eres... tú...

–¿Te conoce? –le preguntó Olaf, tras apartarla levemente del soldado.

–Eh... –replicó ella sorprendida– ¿Qué crees que me va a hacer? Yo no recuerdo haberle conocido a él. Aunque... le vi junto al resto de soldados en la invasión. De hecho dijo mi nombre antes de que huyéramos.

–¿Y por qué no me lo dijiste?

–No pensaba hacerlo hasta saber qué significaba, y tampoco quería preocuparte con...

El hombre interrumpió con más balbuceos.

–Bol... sillo... mi bolsillo...

–¿Bolqué? –preguntó el general.

Tras soltarse bruscamente de Olaf, Marla se acercó al herido, metiendo su mano en un pliegue que tenía cerca del esternón del que pudo sacar una hoja plegada y levemente salpicada de su sangre.

–Interesante.

Se le aceleró el pulso al ver su foto de personal de *Alix B* junto a su nombre cuando desdobló la hoja. Más abajo, un texto rezaba:

“Dáselo a esta persona”

–El... otro... el otro lado... –murmuró el hombre.

Le dio la vuelta a la hoja, y la recorrió con la mirada varias veces para asegurarse de que lo estaba viendo era real. Tal fue la emoción que le temblaron las manos.

–Lo tenemos, Olaf.

–¿Está... bien? ¿Os vale? –murmuró el hombre con un hilillo de voz.

–Desde luego –dijo ella–. Es justo lo que necesitábamos. ¿Quién te lo...?

El hombre la interrumpió exhalando y cerrando los ojos, y ella enseñó la hoja a Olaf, visiblemente excitada.

–No entiendo... –dijo él– ¿Qué es esto?

–Un mapa con la situación de Dip...

Pero el general le tapó inmediatamente la boca con la mano, casi de un golpe.

–Puedes retirarte –dijo al guardia.

Cuando este salió, retiró la mano.

–Buenos reflejos –regañó ella frotándose los labios–, pero con haberte llevado el índice a la boca me hubiera callado ¿Sabes?

–¡Esconde eso, rápido!

Marla comprendió entonces su actitud. Diploma era su gran secreto, se estaba comportando como un vigilante.

–¿Qué mas da? Aquí nadie sabe qué es. Ni siquiera lo sabemos nosotros...

El general señaló con la cabeza al herido. Tiritaba.

–¿Quién te envía? –le preguntó Marla.

Pero no respondió.

–Necesita que le saquen las puntas de las flechas cuanto antes, y que le laven las heridas –dijo a Olaf.

–Ya hice llamar a un médico.

El hombre resolló con dificultad.

–Fue él... me envió... traicionero...

–¿Quién? –dijo Marla acercándose– ¿Quién te envió?

–Boris... Ourumov...

Marla dio un respingo, y con el corazón bombeando con violencia salió de allí a la carrera como si así dejara con el herido los viejos miedos que la perseguían por todo el multiverso.

Olaf se lamentó mientras iba tras ella a sabiendas de lo que estaba ocurriendo, y la encontró a las puertas, de rodillas en la hierba, gritando al cielo constantemente.

–¡Te odio!

Tras incorporarla, la abrazó en un vano intento de calmarla.

–Está en todas partes... No podemos librarnos de él... –sollozaba.

–Vamos... ven... tal vez aún pueda contarnos más.

–¿Pero qué puede querer Boris, sea el que sea? El que yo conocí murió aquí... ¿Es que no pueden dejarnos en paz? No quiero que me lleven de nuevo... No quiero... –gimoteaba mientras caminaban de vuelta.

–Nadie te podrá separar de mi lado.

Cuando regresó al establo y algo más calmada, se excusó ante el general. Olaf asintió intentando mostrarse despreocupado, pero maldita la gracia que le hizo volver a tener noticias de Boris.

–Sabes mejor que yo qué preguntas hacerle –dijo señalando ante ella al aparentemente dormido extraño.

–Prefiero esperar la ayuda médica, está muy malherido...

–Marla, tenemos a todos atendiendo a los heridos por la invasión. Cuando alguno llegue puede que sea tarde.

Ella asintió suspirando, volviéndose al herido. No quedaba más remedio.

–Eh –susurró-. ¿Me oyes? ¿Estás consciente?

Con pesadez levantó los párpados hasta entrecerrarlos.

–Estoy... grave... ¿verdad?

–Hay un médico en camino.

–Es... una sensación... horrible... frío...

–Fiebre. ¿Cómo te llamas?

–Miguel... Hamilton...

–¿Conoces Alix?

–La... compañía... claro...

–Nos vamos acercando. ¿Y Ricardo Garriot?

–El... el... que fue...nuevo... presidente...

Olaf contemplaba a Marla asentir, confuso, pues no entendía nada.

–Sí, creo que somos del mismo universo, o al menos del mismo espectro. ¿De qué conocías a Boris?

Pero ya no dijo más, tras varias convulsiones todos sus músculos se tensaron, y expiró.

–Maldito bastardo –dijo ella–, otro al que untó para uno de sus recados. Y mira cómo acaba.

Como pude acabar yo, pensó en silencio examinando el cadáver. Luego volvió su cabeza a un lado, observando largamente al hombre que evitó que eso ocurriera.

–Pero por lo que parece, quiere ayudarnos –replicó Olaf–. Lo cual es extraño considerando que los invasores buscan lo que quiera que sea Diploma. Debe de haberlo infiltrado Boris entre ellos. Saca de nuevo el mapa...

Ella tardó unos momentos en reaccionar, y con mucho cuidado extrajo la hoja de su traje.

–Déjame ver –dijo Olaf–. Vaya... nunca pensé que pudiera estar ahí.

–¿Dónde?

–En Los Feudos, quién lo diría. Será fácil llegar, pero luego...

–¿Llegar? Espera... para llegar hay que *ir*... ¿Has cambiado de opinión?

Él sonrió a su pesar.

–Haga lo que haga, diga lo que diga... no soy un vigilante ni me inicié como tal. Mi padre lo fue, pero él supo cosas que yo ignoro; a decir verdad me sorprende que hasta ahora no me lo hayas reprochado.

–Pensaba hacerlo. Has dicho que será fácil. ¿Pero...?

–Está en la zona norte. La gobierna uno de los señores más extraños de Los Feudos, corazón del comercio en Armantia y el lugar en el que los cuatro países intercambian recursos... pero también donde se arrebatan información. La paz sólo existe fuera de Los Feudos, dentro vale todo.

–¿Todo?

–El espionaje y las muertes por intereses comerciales forman parte del día a día allí, pero nadie se hace responsable ni admite nada de lo que ocurre en esas tierras. Por eso nunca te he llevado. Naturalmente los señores de Los Feudos están muy mimados, y todos están en el bolsillo de alguno de los cuatro países. Todos menos Necrorius Van Herberg, el hombre que nos ocupa.

–Suena tétrico. Como si tuviera una mansión.

–¿Cómo lo sabes? –dijo Olaf frunciendo el ceño.

Marla le miró unos instantes con los ojos desorbitados.

–Si me dices que además es vampiro creo que no te acompañaré.

Olaf negó con la cabeza ante otra de las rarezas de Marla.

–No admite actividad espía en sus tierras, tan sólo comercial. Igualmente y según parece, no es buen vecino de los otros señores y no gusta de las intromisiones.

–Lo que traducido, significa que esconde algo. Quizás los cadáveres de quienes chupa la sangre...

–¡Marla!

–Perdón –dijo ella tapándose la boca para evitar que se le viera reírse. Añoraba las bromas.

–*Todos* los señores de Los Feudos esconden algo –dijo Olaf suspirando y rascándose el cuello–, este simplemente es más reservado. Ese es el problema. No podemos meternos a husmear sin más, tendremos que hablar con él y convencerle. Y será difícil sin hablarle de Diploma. Espero que la gravedad de la actual situación facilite las cosas.

Marla asintió y extendió ambas manos, apremiándole a ponerse en marcha.

–El tiempo es oro.

Esa frase en la que Marla nunca puso mucha atención, resultó curiosa a Olaf.

–Vaya, ese dicho no lo conocía. Mas yo diría que es mucho más valioso que el oro. Con el metal dorado puedes amasar o recuperar, pero con el tiempo sólo puedes elegir la celeridad con la que te desprendes de él.

Se interrumpió al oír unos alaridos lejanos, y corrieron al ventanal más próximo desde que oyeron los primeros disparos: los anónimos invasores empezaban a salir del follaje, abatiendo a los guardias que aún no habían huido.

¡Ya estaban allí!

–No creo que volvamos –dijo el general con voz apagada–, si hay algo que te quieras llevar...

Tras negar en silencio se dirigieron raudos al establo. El general gritaba a todo el que veía que huyera a Debrán, pero ellos cabalgaron en otra dirección.

Tenían una cita pendiente con Necrorius Van Herberg.

Los guardias impedían el paso en la verja exterior, por lo que el general se decidió a tomar la palabra.

–Soy Olaf Bersi, actual gobernador de Turín tras la reciente muerte de su rey, y esta es Marla Enea, gobernadora de Hervine. Venimos a ver al señor Van Herberg.

Ambos guardias se miraron probablemente sorprendidos ante tales títulos, y dudando les rogaron esperar mientras uno de ellos se marchaba. Regresó en su lugar otra persona que al verlos confirmó la entrada.

Una vez dentro y atravesando intrincados jardines por un pequeño camino empedrado, llegaron justo a la puerta de la mansión.

–Qué aspecto –comentó Olaf boquiabierto contemplando la enorme casa de Necrorius.

–Normal que te sorprenda –replicó Marla–, no tiene nada que ver con los viejos castillos medievales de Turín. Me pregunto quiénes construyeron todo esto...

Un criado se acercó a recibirlos.

–Vienen cansados, veo. Mi señor se disponía a almorzar justamente ahora, y quiere que coman en su misma mesa, como corresponde a los señores.

–Será un placer –asintió ella, diplomática.

Les guió al piso de arriba, donde, en un gran salón, se encontraba Necrorius Van Herberg de espaldas con una mano sobre otra, mirando más allá de unas cristalerías a través de las cuales se percibía una extensa llanura bañada por la luz radiante del mediodía.

Se dio la vuelta en cuanto escuchó el cierre de la puerta tras marcharse el criado.

Era un anciano, pero conservaba buena parte de su pelo cano. Una mirada a la vez apacible y severa les escrutó, antes de animarles a sentarse.

–Espero que la comida sea de su agrado, la realeza no para muy a menudo por aquí –dijo al fin con voz cavernosa y un tono que daba a entender que así le gustaba que fuera, mientras tomaba asiento.

–No dudamos que lo será –replicó Olaf–. Y, aunque no es agradable la premura en la mesa, quisiera pedirles un gran favor.

–Oh, ya sé por qué estáis aquí –dijo el anfitrión sorbiendo un poco de vino.

Marla y Olaf se lanzaron una disimulada mirada que Necrorius advirtió.

–Estoy algo al tanto de lo que ocurre por Turín, señores. Y en esas circunstancias, que el hijo de Harald Bersi y la depositaria de la confianza de Ellen Lynn, discípula de Boris de Alix, se encuentren aquí en este

preciso instante para pedirme un gran favor no apunta a algo de poca monta. Mas antes de hablar de vuestro favor os rogaría información de primera mano sobre el devenir de esa invasión que estamos sufriendo.

Olaf le contó todo lo que vivieron hasta escapar de Turín, omitiendo a Miguel Hamilton y la petición de los invasores. El anciano se limitaba a asentir con la cabeza.

–De mal en peor, ya veo... y ahora naturalmente venís a por algo que creéis que os puede ayudar.

–En realidad tan sólo queremos permiso para dirigirnos a un determinado punto de vuestras tierras, está en zona no habitada, no debería molestaros...

–¿Te inició tu padre en la condición de vigilante, Olaf Bersi?

La pregunta fue tan directa y cortante que el general tartamudeó levemente antes de poder responder.

–Él me contó... pero... murió antes de que pudiera...

–Entonces no te puedo ayudar –sentenció dando otro sorbo de vino.

–¿De qué conociste a mi padre? –dijo Olaf perdiendo el tono oficial.

Necrorius sonrió, agitando levemente su copa para apurar un último trago.

–Como último vigilante jefe que queda, conocí la identidad de muchos de ellos. Él no me conoció a mí, no obstante. Los que quedaban guardaron el secreto de un lugar, pero yo guardo *el* lugar. Soy de la estirpe de los vigilantes guardianes. El más importante de ellos.

–Si sabe usted de nuestra urgencia, ¿por qué no nos deja...?

Ante el suspiro de Necrorius, Olaf prefirió dejarle hablar.

–No puedo decir que sepa exactamente lo que es *Diploma* –admitió Necrorius alzando las manos teatralmente. Fue liberador para todos oír al fin el nombre–, sólo el lugar en el que está, y por eso no puedo confiarlo sin más. Tú ya debes saber hasta qué punto guardaba tu padre el secreto. Lleva siéndolo cientos de años. Por algo será, ¿no crees?

Marla ya había contemplado demasiado, era momento de actuar.

–No sé si es consciente...

–Marla... –interrumpió Olaf.

–*No sé* –repitió ella con fuerza mirando al anfitrión, haciendo callar al general–, si es usted consciente de la situación. Quizá deba conocer algunos detalles adicionales. Primero, los invasores buscan Diploma, y arrasarán Armantia hasta encontrar el maldito lugar. El asedio a Turín ya debe haber terminado, y en breve comenzarán por Debrán y Los Feudos.

Necrorius quedó perplejo, sin saber qué decir.

–Y segundo –continuó ella–, la situación de Diploma la conocemos porque alguien infiltró entre los invasores a un individuo con el encargo de darnos el mapa de su situación exacta. Y el individuo no era *de por aquí*, si usted me entiende. Mire... no queremos llegar a Diploma por capricho, es una cuestión de ellos o nosotros. ¿Y si Diploma tuviera respuestas e incluso soluciones a nuestra situación? Si no fuera así, la línea de vigilantes morirá como moriremos todos, y no por ello dejarán de hacerse con Diploma.

El anfitrión permaneció en silencio con la mirada perdida en la mesa.

–He perdido el apetito –anunció.

Tras ella recibir una recriminadora mirada de Olaf, Necrorius se levantó, y ambos le imitaron.

–Mis criados les acompañarán a la salida –dijo señalando en dirección a la misma–. Está oscureciendo, los guardias que tengo allí sin duda deben estar de relevo. Buenas tardes y que tengan ustedes suerte.

–Usted también –respondieron ambos.

En cuanto atravesaron la puerta, Olaf le regañó.

–Lo has echado todo a perder, te dije...

–Nos ha dejado ir allí, Olaf. Y de forma muy descarada.

–¿Cómo has dicho?

–Ahora los guardias que vigilan Diploma están de relevo, ya le has oído. ¡Vamos!

Mapa en mano, se dirigieron al lugar en el que estaría lo que fuera Diploma. La tarde entraba fresca en aquel lugar, provocando que Marla sintiera las manos heladas durante todo el trayecto. Demasiada humedad, tal vez.

–Siento no haberte hecho caso con Necrorius, pero como ves dio resultado –dijo Marla preocupada por lo callado que estuvo Olaf desde que partieron.

El general siguió apartando las ramas que obstaculizaban su avance por la frondosa foresta que se interponía entre ellos y su destino, sin responder.

–No estás enfadado por eso –concluyó ella.

–No estoy enfadado.

–Pues lo pareces –dijo Marla irritada con el tono que solía usar cuando sabía que Olaf escondía algo. Lo detestaba.

Tras detenerse, Olaf se volvió, apoyándose con el brazo en un árbol.

–Marla... no sé si te has percatado de que Turín, mi patria, mi pueblo, mi hogar, mi vida... está siendo arrasada y exterminada mientras hablamos –concluyó retomando el andar-. Y yo me he ido dejándoles a su suerte. No esperes que me comporte como un animado compañero de excursión.

Casi se le cae el mundo encima.

Bruta y mil veces bruta. Cómo se te pudo escapar, él lleva toda su vida aquí. Siempre pensando en ti...

Pudo devolverle a su rostro el atisbo de una sonrisa tras deshacerse en disculpas. Sin embargo sus sentimientos se fueron enterrando a medida que se acercaban a Diploma, para dar paso a la excitación ante lo desconocido.

–Como conocedor de la tradición vigilante... ¿Qué esperas encontrar allí? –dijo Marla.

–No lo sé. ¿Y tú?

–Por la leyenda que te contó tu padre, sólo sé que tiene que ser algo muy revelador.

Tras varias horas de viaje, llegaron al punto indicado en el mapa. Un túnel de piedra atravesaba la rocosa pared.

–Parece que es aquí –dijo ella.

–No sé, sólo veo una caverna...

–Mira –replicó Marla señalando al pie de la puerta.

Muchas pisadas les rodeaban, pero ninguna iba más allá de la entrada.

–Cierto, deben ser de los guardias.

Ambos se miraron, unieron sus manos y, tras respirar hondo, se adentraron en el túnel.

Al poco tiempo la luz fue cediendo en la caverna, cuyo suelo más bien arenoso fue endureciéndose hasta un punto en que Marla se vio obligada a detenerse.

–Espera –dijo ella.

Tras agacharse fue apartando arena con las manos, si bien no tuvo que cavar muy hondo para sentir el frío tacto del metal.

–Desde luego –afirmó eufórica–, vamos por el buen camino, sigamos...

Para su sorpresa la caverna dio a otro claro, un pequeño espacio inaccesible más que desde aquella salida a un área completamente rodeada de roca. Al frente, dos columnas de piedra en estado ruinoso guardaban un túnel metálico bañado con una extraña luz azul.

–Prometedor, sí señor... –dijo Marla.

Avanzaron por el nuevo túnel con mayor rapidez y seguridad hasta divisar una pared igualmente metálica al final, donde temieron un callejón sin salida, pero se llevaron un susto de muerte cuando de golpe el mundo se encendió. La luz azul se convirtió en un cegador brillo blanco de origen incierto; Marla reparó en que la iluminación era totalmente difusa, ambiental. No fue capaz de vislumbrar sombra alguna.

De procedencia igualmente desconocida, una voz muy grave, extraña y potente resonó en el túnel.

–Contraseña.

Ambos permanecieron callados unos minutos mirando a su alrededor, aún confusos, para luego exasperarse por no haber sabido nada de ninguna contraseña.

–Necrorius no nos advirtió, él tenía que conocerla... –empezó a quejarse Olaf.

–Más bajo... déjame esto a mí –susurró ella, para volver a levantar la voz–. No sabemos la contraseña.

Olaf la miró incapaz de creer lo que había oído.

–¡Sin contraseña no se puede estar aquí –bramó la voz haciendo temblar al túnel–, salid ahora mismo, y como digáis que habéis estado aquí, os daré caza y moriréis vosotros y los que os han visto!

Una gran corriente de aire les sorprendió, haciendo que entrecerraran los ojos, a lo que se sumó un ruido espantoso que parecía un grito y el parpadeo de la luz. Olaf tiraba con fuerza de Marla intentando huir, aterrado, pero ella no se amilanó.

–¡No me amenaces con trucos baratos, vengo de otro universo!

Grito y aire desaparecieron, y la luz recuperó su estabilidad. Fue entonces cuando realmente notó los temblores de pánico de Olaf.

–Parla –dijo otra voz totalmente distinta, una especie de susurro aquejado considerablemente más lejano.

–Estamos aquí porque una fuerza invasora desconocida está eliminando la población de Armantia, y según ellos mismos, quieren Diploma, que está tras este muro, sea lo que sea. No sabemos si podrá ayudarnos a evitar la amenaza, pero consideramos conveniente entrar antes que ellos. No daré más detalles hasta estar dentro –dijo ella, firme.

–¿Probar lo parla que puede?

–No –replicó volviéndose hacia Olaf con el ceño fruncido por la extraña forma de hablar del anónimo interlocutor–, pero tenemos la bendición de Necrorius Van Herberg, el único vigilante que queda con vida. El padre de mi compañero también fue vigilante. Yo llegué hace poco de la misma manera que vosotros, y sabemos por qué se creó este lugar.

–Entra usted solamente pues.

–No entraré sin él.

–No entra pues.

Olaf se volvió hacia ella.

–Marla... mejor entra tú. No me creo preparado para ver lo que hay ahí dentro. Tú lo encajarás mejor.

Ella asintió, y cuando Olaf la fue a besar, Marla le selló los labios con el dedo índice.

–No, nada de despedidas. Volveré enseguida, no te muevas de aquí –se volvió hacia el muro de metal, y alzó la voz–. ¡Estoy lista!

Para su sorpresa, la pared no se abrió, sino que se desvaneció, y una vez dentro reapareció a sus espaldas. Con mucha excitación y algo de miedo, Enea anduvo por el túnel varias decenas de metros en los que el aire se volvió progresivamente más cálido y hediondo, y se llegó a plantear si debía continuar.

Pero a tiempo apareció algo reconocible: una escalera del mismo metal que descendía hasta una profunda negrura. Tras cuatro escalones, de nuevo se encendió progresivamente una luz difusa cuyo origen ignoraba.

Entonces lo vio todo.

La sala era cúbica, de unos treinta metros de diámetro a simple vista. Cargaba mucha suciedad, óxido y algo entre verde y blanco en algunos sitios concretos, tal vez moho. Una compleja trama de cables iba desde el punto central del abovedado techo al suelo, acabando en varias cápsulas verticales que sostenían cuerpos extraños, figuras envueltas en la maraña de cables que se estremecían al unísono.

–Llegó como nosotros usted dice –dijo aquel familiar susurro quejicoso.

Marla, con la mano en la nariz por el terrible hedor, miró hacia su derecha y se encontró a una de esas figuras acercándose en una pequeña base motorizada negra que recordaba vagamente a una silla de ruedas, y que avanzaba defectuosamente, con leves parones. No pudo distinguir dónde terminaba la base y comenzaba el tronco de aquella criatura, de piel pálida y enormemente arrugada, con terribles manchas de melanina. Tampoco distinguió brazos, pero el rostro era... parecía el de un simio sin pelo, completamente arrugado y cuya caída y desdentada boca babeaba. Aunque los ojos... sí, los ojos eran humanos.

–¿Qué... eres tú? –preguntó ella con visible repugnancia, aguantando la náusea por el olor.

–Uno que los de crearon sitio este. Lamento mi hablar forma rara, tiempo no idioma hablo este. Mucho.

–Pero... –dijo ella contemplando el resto de cuerpos que albergaban las cápsulas mientras se estremecían– ¿Qué os ha pasado?

–Tiempo mucho... plan nuestro conservación perfecto, pero hongo un desconocido... consumiéndonos siglos.

–¿Qué les ocurre? –dijo señalando los temblorosos cuerpos de las cápsulas.

–Luz molesta probable.

–¿Y por qué están ahí?

–Exoesqueleto hongo diluye, no movimiento más individual, inmóviles terminar así. Mío resistencia más, afección pero igual progresiva. Último autónomo. Tiempo poco quedame.

No puede ser. No puede ser...

–Dime... ¿Qué hay aquí? ¿Para qué creasteis este lugar?

–Supervivientes recompensa conocimientos festín, cuando vigilantes por civilización preparado considera. Eso por Diploma llamarse. Quedamos para nosotros aquí saliera que todo bien, y no humanidad fabricar en el dañina futuro tecnología. Hongo pero todo siéntolo ruina. Ruina. Siéntolo. Mucho.

Ella aspiró profundamente en un intento de contener tanto su ira como las ganas de vomitar.

–Escucha... escucha atentamente... un número ingente de hombres armados con rifles... sí, rifles, debe sonarte, viene hacia aquí buscando algo. Sea lo que fuere, ahora sé que no lo encontrarán. Pero van a destruir vuestro pequeño caldo de cultivo armantino y no quedará nadie con vida. ¿Entiendes? Así que dime... ¿Hay algo aquí que pueda ayudarnos?

–Siéntolo.

Apretando los puños miró a su alrededor. Las figuras suspendidas en las cápsulas ya no se estremecían.

–Esto... esto es... un fraude... ¡Esto no puede ser Diploma! ¿Para qué guardarlo en secreto tanto tiempo? ¿Dónde quedó la tecnología, donde están todos los que vinieron y diseñaron Armantia?

–Queda somos lo que.

Se dirigió a la salida sin decir nada más, perdiendo la batalla ante la ira.

–¡Señora!

Aquello la detuvo, volviéndose con el rostro contraído de desesperación.

–Por desconexión favor. Somos necesidad no ya. Hongo dolor. Manual sólo desconexión. Por favor. Ayuda.

Aguantando las lágrimas, continuó su camino.

–¡Señora!

Tras andar por el túnel se topó con el muro de metal, pero no paró; confiando en su instinto continuó caminando y lo atravesó. Sólo era una ilusión. Allí seguía Olaf, quien la miraba, expectante. ¿Qué podía decirle? ¿Qué esperaba...? Intentó decirle algo, pero sólo consiguió abrazarle con fuerza entre sollozos.

–¡Estamos perdidos! Perdidos...

–¿Pero qué ha ocurrido? ¿Qué has visto?

–Fue todo un fraude. No tenemos ayuda, Olaf. Tampoco ellos van a encontrar lo que sea que busquen...

–Desde luego, no lo harán si puedo evitarlo.

Él se dispuso a añadir que se calmara, pero fue suficiente seguir abrazándola.

–Salgamos de aquí, necesitas que te dé el aire –murmuró el general finalmente, estrechándole el brazo.

Una voz les sorprendió mientras recorrían la caverna.

– ¡...Marla!

La voz salía de su anillo.

–Sí, Enea.

–Llevo varios minutos intentando conectar, me tenías muy preocupada...

–Es que me adentré en un túnel. Ya sé qué es Diploma, Enea.

Y le contó todo lo ocurrido. Sin embargo, ella no se inmutó. Sus preocupaciones estaban lejos de allí.

–De acuerdo, ya se nos ocurrirá algo. ¡Ahora tenéis que retroceder! Aquí estamos intentando armar una defensa. El rumor corrió a Debrán y llegan refugiados a mansalva. También vienen armas de Dulice, parece que la última defensa será aquí, en Hervine. ¡Debéis venir! Este es el único sitio seguro que queda.

–Eso haremos, mantendré el contacto.

–Hasta que lleguéis.

Continuaron su camino, pero a la salida se toparon con algo que no esperaban. Varias filas de soldados invasores se aproximaba a lo lejos, y un golpe seco a su derecha, *plac*, captó la atención de Marla. Era Olaf.

Había recibido un disparo y yacía en el suelo.

Ella gritó, agachándose para verlo de cerca; el general gemía apretando los dientes con una mano agarrada a su hombro izquierdo, sin embargo, consiguió reunir fuerzas para levantarse mientras aullaba de dolor. Marla le rogó que corriera, que sería mejor que huyeran por separado.

–¡No! –gritó Olaf dolorido.

–Son muchos y nos tienen en bandeja, o nos dividimos o nos cazan... ¡Maldito seas Olaf, no tenemos tiempo para esto!

Él miró inmóvil y con ojos tristes al ser viviente que más amaba, como si el tiempo se hubiera detenido.

–Van a por ti...

–¿Qué?

–En el papel... también escribieron que te querían a ti, así que no puedo dejarte.

Ella calló, paralizada, pero otro disparo la devolvió a la realidad.

–¡Mírate! ¡No puedes protegerme! Sabes que me puedo cuidar sola. ¡Ahora corre! ¡Si sólo vienen a por mí podrás escapar!

Los cercanos impactos la obligaron a huir en la otra dirección.

Mientras se reincorporaba al follaje percibió sin embargo que el fuego iba dirigido a Olaf y no a ella. Con lágrimas en los ojos deseó que el general pudiera escapar, aunque sabía que si iban tras él, en el estado en el que lo dejó no tendría nada que hacer.

Nunca antes corrió tan rápido por su vida, espoleada por las palabras de Olaf.

Van a por ti...

En un abrir y cerrar de ojos se topó con un invasor que la apuntaba; con agilidad se agachó bruscamente y corrió como pudo en otra dirección, pero justo delante otro obstaculizaba el paso. Pronto se dio cuenta de que estaba rodeada.

Su suerte estaba echada. Decidió detenerse y, lentamente, incorporarse alzando ambas manos, contemplando con el corazón en un puño a los distintos soldados que tenía alrededor, quienes se acercaban poco a poco sin dejar de apuntar en su dirección.

El que parecía el jefe, alzó la mano y gritó.

Enea no dejaba de caminar de aquí para allá por los exteriores del castillo hervinés, preparando la última defensa. Los demás la notaron nerviosa, pero no sabían que se debía a la última comunicación que tuvo con Marla, claro estaba, dado que ella se hacía pasar por la Marla Enea que ellos mismos nombraron gobernadora.

Una extraña y sombría desazón la consumía; escuchó claramente por la radio de su IA cómo los invasores alcanzaron a Marla y Olaf, momento en que se vio obligada a cortar la comunicación entre lágrimas cuando oyó los alaridos del general y los llantos de ella tras los disparos. Intentó contactar de nuevo más tarde pero no hubo respuesta.

Dios mío, están muertos...

Pero lo peor era tener que tragarse esas lágrimas para mantener la moral de un pueblo que, aunque no era el suyo sí era ya todo lo que le quedaba, y al que no podría defender de la invasión que se avecinaba.

Revisaba agitada algunas de las anotaciones de Lynn, quien previó una invasión desde otros reinos y dejó por escrito con su antiguo general Courtland varias defensas según el tipo de ataque, valorando las mejores zonas, las mejores grutas, los mejores puntos.

Pero seguro que ella no contó con que los atacantes tuvieran rifles.

Durante la planificación, uno de sus oficiales, de nombre Byron, se acercó.

–Refugiados desde Dulice, señora, vamos a tener serios problemas para sostenerlos a todos.

–¿Ya van por Dulice? No me lo puedo creer... ¡Los tenemos al lado! ¿Y qué ha sido de los soldados dulicenses? ¡Necesitamos apoyo militar!

Byron negó con la cabeza, con gesto sombrío.

–Se quedaron defendiendo a sus reyes.

Pero su rostro daba otro matiz a la frase. Ya habrán caído todos, Raimundo y Carina incluidos, como cayeron los turinenses y los debranos. Y el ejército hervinés, mucho inferior que aquellos en número y prácticamente una milicia, era lo que quedaba como último bastión de Armantia.

La certeza escapó accidentalmente de sus labios.

–Nos van a exterminar a todos.

–¿Cómo dice mi señora?

–Ordena que aseguren a los dulicenses en la zona sur, cerca del río. Se necesitará menos gente para paliar su sed.

–Sí, mi señora.

Calculó que como pronto al día siguiente llegarían los invasores e instantes después, para su sorpresa, la última persona que esperaba ver llegó junto a varios soldados. Nada menos que Keith Taylor.

–Te dije que no quería volver a verte, Keith –dijo Enea secamente–, no me hagas llamar a los guardias...

Pilló a Keith con otra mujer un par de meses atrás. Marla le advirtió, pero eso no le hizo sentirse mejor.

–No vengo por ti –cortó Keith sin sentirse aludido por las amenazas–, traigo a alguien.

Dos hombres más entraron llevando con notable cuidado el cuerpo de Olaf Bersi.

¡Vive!

–Le acertaron en el hombro, vamos a dejar que descanse dentro –dijo Keith refiriéndose al castillo, pidiendo aprobación con los ojos.

Sus miradas evidenciaron las profundas diferencias emocionales de ambos, a raya por una amistad común.

–¿Y... *ella*?

El espía hervinés negó con la cabeza.

–No la encontramos.

Aquello sonaba peor que confirmar su muerte.

Dejaron al general en una cama, con los ojos entrecerrados y la mirada perdida. Los soldados se retiraron dejando a solas a Keith y ella, quien se recostó para ver de cerca al general.

–Olaf... ¿Puedes oírme?

El general parpadeó fuertemente y la miró a los ojos. Pálido como estaba, y con debilidad, alargó su mano y acarició el rostro de Enea.

–Pensaba... que te... que habías...

A ella le dio un vuelco al corazón cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando.

–Olaf, espera... yo no...

Pero no supo si decirle que no era *su* Marla... No quería ver su cara tras contarle que no la encontraron. Y si él no sobrevivía... ¿No era mejor que no lo supiera? Lanzó una elocuente mirada a Keith, que asintió con gesto fúnebre, captando inmediatamente la idea. Con suavidad tomó la mano del general, posándola en la cama.

–Descansa –dijo sonriendo débilmente mientras apoyaba la suya en su frente, para tener una mejor idea de su temperatura. Él cerró los ojos.

Levantándose, Enea habló en voz baja con Keith.

–Todos los médicos están ocupados, y hay que cuidarle esa herida.

–Yo me encargo –dijo él–, por lo que parece no le ha afectado más que al hombro, lo dificultoso será extraer todos los fragmentos que se le han incrustado. Más allá de eso, creo que bastará con lavar la herida y evitar que se pudra, el derrame parece contenido.

Se preguntó entonces en dónde diablos estaría Marla. Se encontraba con Olaf en el momento en que la hirieron, tal vez tuviera fuerzas para alejarse un poco antes de que la alcanzaran.

A la puerta llegaron los ecos de un sonoro alboroto. Los invasores ya estaban allí, y ella, sin terminar de creerlo, corrió hasta lo alto del castillo para tener una mejor visión de la situación.

Una primera fila cayó por entero en una de las trampas preparadas para la ocasión, lo que les obligó a

dividirse. Parecían tener clara la dirección: el castillo, lo que puso aún más nerviosa a Enea. Desde lo alto del mismo apareció una pequeña batería de flechas, que hizo mella en otro grupo.

No puede ser tan fácil. Aún no respondían, y continuaron acercándose al castillo cuando apareció el primer grupo de hervineses, gritando, desde la foresta colindante; a ojos de los invasores salieron de la nada, pero con una rapidez inusitada, hincaron el suelo con la rodilla, apuntaron y los derribaron a todos.

Enea no pudo sino llevarse la mano a la boca.

Se aproximaron al bajo del castillo y les cayó otra descarga de flechas que abatió a la mayoría de invasores. De los alrededores salieron otros hervineses, pero los enemigos que quedaron derribaron a casi todos. Algunos de los guardias supervivientes huyeron dando alaridos, otros, al ver a los invasores apurados recargando sus rifles, se les abalanzaron.

No quedó ningún enemigo entonces. Los hervineses que quedaron se unieron para gritar de júbilo, mientras Enea les advertía desde lo alto del castillo que no lo hicieran. La razón tardó poco en materializarse: una marea de invasores se avecinaba a lo lejos, y los primeros disparos impactaron en unos hervineses que celebraban una victoria imaginaria. Los demás, de nuevo, huyeron despavoridos.

Cuando los proyectiles comenzaron a golpear los refuerzos de piedra por los que observaba, Enea tuvo que agacharse. Uno de los arqueros que permanecía arriba recibió un disparo que le desfiguró la cara, y tras caer redondo al suelo sus compañeros se apresuraron a esconderse en el interior, dejándola sola.

Más cuidadosamente, Enea se incorporó para volver a mirar; los invasores avanzaban impasibles hacia el castillo, y nadie quedaba ya para detenerlos.

Y así acaba todo...

Cuando las lágrimas se hicieron nuevamente con su rostro, se propinó una bofetada.

–No les vas a salir barata –se dijo a sí misma.

Descendió tan veloz como le fue posible al portal del castillo, y, a través del césped, avanzó hasta alcanzar a los cadáveres de los invasores que más se aproximaron en el primer ataque. Sus armas aún tendrían munición.

–Toma –escuchó cerca.

Keith se encontraba de pie, a su lado, ofreciéndole un mosquete.

–Gracias. ¿Sabes cómo se usan?

Él negó con la cabeza, y Enea se lo explicó con cuanta facilidad pudo considerando que ella tampoco estaba familiarizada con aquel tipo de armas.

–Maldita sea –dijo finalmente-. No sé cómo recargan estas antiguallas, tendremos que ir a disparo por arma.

–Entendido –dijo Keith acomodando el mosquete como Enea le indicó.

–¿Y Olaf? –preguntó ella cerrando ya un ojo para apuntar hacia la muchedumbre.

–Pude dejarle con un médico de campaña.

–Bien.

La conversación fue serenamente surrealista, pues ambos sabían perfectamente que nadie quedaría con vida. Mientras Keith aún ajustaba el mosquete en su hombro, Enea disparó.

El retroceso estuvo cerca de dislocarle el hombro, lo que no le impidió ver cómo caía uno de ellos. Sin embargo los demás no se inmutaron.

Keith hizo lo propio a continuación, pero el cañón se alzó y erró el tiro. Tal fue el susto por el retroceso y el atronador disparo, que lo tiró al suelo; aunque tan pronto vio a Enea recuperar otro mosquete, y apuntar

nuevamente, recogió el rifle.

–Esperemos un poco más –dijo ella sin quitar ojo a los soldados.

Ambos, casi hombro con hombro, se encontraban inmóviles con el cañón de sus rifles dirigidos a la multitud de invasores que se aproximaba desde la lejanía.

–Sabes que no tienes que quedarte –dijo Enea a Keith sin dejar de apuntar, a quien imaginaba con ganas de estar con Olaf.

–Aunque sustituta, eres mi gobernadora.

Ella no pudo sino sonreír.

–A ti esas cosas siempre te han traído sin cuidado.

No le costó imaginar a su compañero estrechando otra sonrisa.

–Enea... –titubeó él instantes después.

–Lo pasado, pasado está –interrumpió ella con voz grave volviendo a acomodar el mosquete–, y ahora no tiene importancia. Sólo preocúpate de apuntar bien y vivir cuanto puedas.

–Eso haré.

Aquellas fueron las últimas palabras que Enea y Keith se intercambiaron en vida.

Dispararon por segunda vez uno tras otro, y esta vez acertaron ambos. Pero el fuego no llegaba de vuelta.

¿Por qué no nos atacan? pensó ella.

Para su sorpresa, tres personas igualmente armadas se abrieron paso entre los invasores, dirigiéndose hacia ellos con paso más premuroso. El de en medio debía ser el jefe, de miraba impasible, y los dos que estaban a su lado les apuntaban.

De pronto surgió un estallido que sorprendió a todos, tumbando a Enea y Keith en la hierba. Los soldados se cubrieron los ojos ante el destello, y el sonido de un trueno retumbó en sus oídos.

A su lado, un hombre que se agachaba para cubrirla salió de no sabía dónde, y al verle los soldados se arrodillaron para disparar. Todo había terminado. Pero antes de cualquier disparo su conciencia se esfumó, no sin antes quedar impresa en su retina por tiempo suficiente la identidad del aparecido.

Boris Ourumov.

–¿Y bien? –dijo Julio al holograma de Darío que osó irrumpir en su hora de descanso.

–Hemos mandado a unas cuantas Marlas al caos, y... han envejecido –dijo con voz apagada.

–¿Y qué has hecho con ellas?

–Dejarlas a su suerte.

–Pues volved y eliminadlas, nosotros no dejamos nada a la suerte. Según tú ellas no envejecían... ¿En qué queda tu plan ahora?

–Persiste el hecho de que las que envió el Boris original a Armantia siguen indemnes. Ahora dudo que sean sus genes. Tal vez Boris les inyectara algo o manipulara la tecnología del salto, no lo sabemos. Pero la estudiaremos y daremos con el método, no lo dude.

–¿La? ¿No quedaban dos en Armantia?

–Nos hicimos con una, la otra... se la llevó un Boris antes de que el ejército que instigamos en su busca la alcanzaran.

–¿Y saben los Boris para qué las queremos?

–Según nuestro informante, sí, lo saben. Pero ya no importa, no han podido evitar que nos hagamos al menos con la otra.

–Sí, idiota, pero también pueden descubrir cómo dar saltos sin envejecer antes que nosotros. Ellos *también* tienen a una.

–No creo que esas sean sus intenciones, señor...

–¿Y tú que sabes? A ellos también les putea mucho tener años de más por ir a ese universo. Yo que tú me pondría a investigar de inmediato con nuestra Marla para arrasar de una maldita vez ese puto mundo y sus Boris. Quiero resultados, como si la tienes que abrir en canal.

–No nos sirve muerta, señor.

–No me digas.

–De hecho según su perfil puede ser proclive al suicidio en circunstancias difíciles, y estas lo son. Tenemos que tratarla con mucho tacto...

–Era un decir, Darío, joder. Recuerda lo que nos jugamos, ahora esto es una carrera. ¿Algo más?

–De hecho... sí –dijo Darío titubeando–. Filtrando los mensajes para esta administración, descubrimos uno dirigido a usted muy... un poco... mejor será que se lo lea el narrador.

La característica voz grave y serena del narrador comenzó a dictar.

Esta es la cuestión, nos da igual lo que hagas con tu imperio o cómo lo expandas. Ahora bien, sabemos lo que pretendes hacer con ambas mujeres; ya es una anormalidad aberrante que coincida más de una en un mismo universo, pero jugar además con su ventaja es hacer trampa y tendría consecuencias apocalípticas para el multiverso que tu ceguera de poder no te permite ver. Haz tus planes al margen de ellas. Advertido estás: si continúas por esa vía, tú y tu imperio desapareceréis como otros que osaron comprometer la estabilidad del multiverso para su propio beneficio. Eso es todo.

Se impuso un incómodo silencio.

–Dime quién lo ha mandado.

–Nos ha sido imposi...

–¡No me jodas, Darío! Quien ha escrito eso sabe lo que nos traemos entre manos, y es imposible que lo sepa gente ajena a esta cúpula. ¡Este imperio depende de ello! Dime que ha sido uno de nosotros...

–A eso iba, señor. El mensaje no tiene remitente, ni rastro ni nada de nada. Simplemente apareció ahí. Los ingenieros no se lo explican, es la primera vez que ven algo así.

–El mensaje habla de *nos*. ¿Crees que son los Boris?

–No tienen acceso a este universo, y no serían capaces de hacer algo así.

–Pues investiga también eso, y mantenme informado.

–Sí, señor.

Su holograma se desvaneció al tiempo que le daba un puñetazo a la mesa. El mensaje le enfureció. Iba dirigido a él, y le amenazaba, lo cual no tendría importancia –literalmente recibía varios millones de mensajes diarios de ese tipo desde toda la red– si no fuera porque estaba al tanto de sus planes. Una parte de él recordó que nunca tenía que haberse salido de su espectro de universos, al caos, pues se abría paso a lo desconocido.

¿Quién estaba detrás? ¿Otro imperio multiversal? ¿Tal vez los Boris ya llegaban en masa sin envejecer y se creían con poder para derrocarlo? ¿O algo más...? Le inquietaba el horror conocido, pero le aterrorizaba el desconocido...

—¡Keith! —exclamó un militar hervinés yendo a dar con él a las afueras del castillo.

Este se encontraba inmóvil y perplejo, contemplando con una mano en la frente cómo los invasores retrocedían hasta perderse de vista.

—¿Qué ocurre, Byron?

—¿Se van?

—Eso parece.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

Keith negó con la cabeza.

—Lo ignoro. Pero Lady Marla ha desaparecido.

—Explícate.

—Boris de Alix apareció y desapareció con ella.

—¿Te refieres a ese... ?

—Sí.

Ambos mantuvieron un intenso silencio mirando al horizonte por si aún veían a algún invasor. Si no fuera por lo menguados que quedaron, gritarían locos de júbilo.

—¿Y quién tiene el mando ahora? —dijo Byron.

—¿No debería ser Lucas, el sucesor de Courtland?

—Murió en el segundo ataque.

—Entonces tú, Byron.

—Oh... eh... cierto, de acuerdo, en ese caso intentaré antes que nada medir la situación. ¿No es lo que debo hacer?

—Sí.

—Bien, entonces me voy...

—Adiós.

Byron ya debía saber que le tocaba a él, pero parecía tener la esperanza de que Keith asumiera la situación y así eludir la responsabilidad.

Regresó al castillo agotado física y mentalmente, cuando por fin se encontró con una alegría.

Olaf había recobrado la conciencia.

–¿Cómo estás? –dijo él.

El general respiró profundamente antes de responder.

–El hombro me escuece lo inimaginable, y duele lo incontable. Más allá de eso... la cabeza, supongo que por la caída. Ah, y aquí en un costado...

–Esa fue la cuchillada de Delvin, truhán –dijo Keith recuperando parcialmente el ánimo y el humor–. Tienes muchas vidas.

La herida de Olaf había dejado de sangrar, y este recuperaba color.

–Tengo un vago recuerdo de Marla atendiéndome –dijo Olaf entrecerrando los ojos–. ¿Dónde está ahora?

Tras mirarle unos instantes, decidió decirle la verdad. No podía mentir a su amigo.

–Quien te atendió fue Enea. A Marla... Sólo te encontramos a ti.

Durante unos instantes Olaf miró a través de Keith.

–Pero... ¿buscasteis bien? Si la hubieran... ya sabes... su cuerpo tendría que haber estado cerca.

–No quedó ni rastro en las cercanías. Tampoco pudimos entretenernos mucho, nos necesitaban aquí.

Sin embargo el general no daba la impresión de estarlo escuchando.

–Keith... –dijo mirando al techo.

–¿Sí?

–¿Es eso lo que espera a las mujeres con las que comparta mi vida?

Su compañero se apresuró a apaciguarlo al ver el camino que seguían sus pensamientos.

–Vete olvidándolo, amigo. Lo de Amandine no fue culpa tuya, y en realidad, que no la hayamos visto hace que no podamos asegurar aún del todo su muerte. Y ya sabes que no soy lo que se dice un castillo de optimismo.

–El no saber si está muerta no la revive. A mí la incertidumbre no me da esperanzas Keith. Ya no.

–Es más que eso, Enea también ha desaparecido.

–¡No!

–Sí, hace muy poco, al pie del castillo. Apareció Boris y se la llevó entre destellos.

–Boris –siseó Olaf–... maldito... malditos... y lo peor es que no entiendo nada.

–A decir verdad, le salvó la vida. Nos salvó la vida a todos, estábamos prácticamente invadidos, pero al llevársela los invasores se retiraron. Nos dejaron en paz.

–Un momento... –dijo Olaf frunciendo el ceño–, cuando Marla y yo salimos de la gruta también nos topamos con invasores. Por lo que cuentas, al recogerme tú ya se habían ido. ¿No le habrá ocurrido lo mismo que a Enea? Que Boris se la llevara y luego ellos se marcharan...

–Según tú ya estaban muy cerca. Yo diría que fueron los propios invasores quienes se la llevaron, y no ningún Boris.

Olaf bufó.

–Que no eras un castillo de optimismo ya me lo habías dicho, gracias.

–Hoy no hay motivos para el optimismo, *Gran General*. Hemos perdido a muchos hervineses –dijo caminando alrededor–, y nos hemos quedado sin gobernadora. Han desmantelado este país, menguado a nuestra gente...

–Han desmantelado Armantia entera.

–¿Cómo fue por Turín?

–Igual que aquí. Y decapitaron a Gardar.

–Sólo los más viejos recuerdan las guerras, y no eran tan dañinas como esta invasión. La huella que dejará, acaso salgamos de esta, será muy grande.

–Helgi Snorri.

–¿Quién?

Olaf tardó en responder, sumido en sus pensamientos.

–Fue uno de los soldados que nos acompañó a parlamentar con los invasores en Turín. Sólo duró diecisiete años con vida. Cuando Gardar fue dec... ellos atacaron desde la lejanía, con la mortífera eficiencia de siempre. Alcanzaron a unos pocos. La mayoría echó a correr antes o después, y no les culpo, pero otros no lo hicieron. El compañero más cercano a Snorri fue abatido; sólo se percibió por el sonido de su armadura, pues murió en el acto. En el caos general el chico se quedó paralizado, contemplando el cadáver de su compañero.

«Su mirada, Keith, el miedo, la incompreensión, el horror... para luego recibir él también otro impacto. Ya en el suelo, el chico se palpó el abdomen y luego contemplaba su mano manchada de sangre, pero sobre su rostro no marchó el dolor. Durante el poco tiempo que este permaneció alzado, persistió esa expresión de terror e incertidumbre. *Cómo. Por qué*»

–Todos hemos visto cosas horribles –dijo Keith sin saber muy bien lo que Olaf quería decir.

–Armantia es ese chico, Keith. Somos huérfanos del caos, no tenemos historia ni misión. Causas más allá de nuestra comprensión, bienintencionadas o no, nos zarandean a placer. Estamos condenados a desaparecer sin saber cómo ni por qué. Como aquel chico.

Se hizo un breve silencio en el que Olaf, concentrado, miraba el techo.

–Tenemos que tomar la iniciativa –dijo al fin.

–¿En qué piensas?

El general intentó incorporarse, sin éxito.

–Ni se te ocurra –dijo Keith–. ¿Qué es lo que ronda por tu cabeza?

–Hay que darse prisa, necesitamos al menos una de esas naves.

–¿Las de los invasores? ¿Quieres una de sus naves? ¿Pero cómo?

–Un asalto sorpresa, cuando sólo quede una.

–¿Y qué piensas hacer con ella?

El general no respondió.

–Olaf –dijo Keith–, dime que no estás perdiendo el juicio. ¿Planeas ir al lugar de donde provienen? No tenemos la certeza del destino de Marla, ni sabemos nada sobre ellos, ni dónde están... qué digo, no sabemos ni manejar una de esas monstruosidades marinas. Sencillamente no puede ser.

Su amigo le miró fijamente en silencio durante unos segundos antes de responder.

–¿No es eso último lo que le dijiste a ella cuando quería hacer lo mismo por mí?

Keith suspiró, mordiéndose el labio inferior.

–Escucha... sólo digo que no deberías pensarlo impulsivamente. Primero debes recuperarte.

Olaf chasqueó la lengua.

–No es sólo por mí, Keith. Necesitamos algo con lo que movernos hacia el exterior. Estamos aislados, ellos no. Recuerda, recuperar la iniciativa. Nos es imposible construir una de esas naves. Además, yendo allá podríamos averiguar sus planes. No me necesitas, tú tienes la experiencia adecuada para ese tipo de empresas; espera a que sólo quede una por partir, entreténles acaso queden varios y quieran salir unos cerca de otros, y cuando estén solos tú y tus muchachos podréis haceros con ella. Nadie acudirá en su ayuda, estarán incomunicados. Pero tiene que ser lo antes posible o se irán si no lo han hecho ya, y no podemos salir de Armantia de otra manera.

Su compañero se puso a resoplar cabizbajo mientras recorría la habitación negando con la cabeza.

–Hará falta por lo menos quince hombres –dijo al fin.

Olaf sonrió.

–Prométeme que lo harás en cuanto puedas.

–Byron debe aprobarlo.

–Por favor, Keith, no lo retrases con burocracia.

El aludido anduvo en silencio alrededor de Olaf por un minuto.

–No prometo nada –dijo al fin–, tal vez ya se hayan ido. Lo intentaré aunque sólo sea por vengarme.

–Gracias.

–Dámelas cuando tengamos ese navío. Y ahora prométeme tú que te vas a quedar aquí hasta que te recuperes. Vendrá Edgar de cuando en cuando para ver cómo cicatriza.

–Ya ves que no me puedo mover –continuó sonriendo Olaf–, lo que es una lástima porque me gustaría resolver unos cuantos asuntos.

–Ya... –replicó sin mucha convicción– Voy a ver cómo están las cosas y a organizar la toma. Hasta otra, viejo amigo.

–Adiós y suerte.

Keith salió a tomar el aire y pensar cómo, dónde y con quién podría asaltar una nave invasora.

Olaf, por contra, no tenía ninguna intención de esperar a recuperarse del todo, pero no le quedó más remedio que pasar dos largos días encerrado en el castillo hervinés, sin noticias de Keith y con vagas referencias del médico sobre la situación en el exterior.

–Yo diría que ya puede al menos dar un paseo. Le irá bien –aconsejó al ver que la herida del hombro cicatrizaba muy satisfactoriamente.

–Gracias –replicó Olaf–, de hecho, creo que saldré ya mismo.

El médico –Edgar, un anciano que presumía ser responsable del cuidado y longevidad de Ellen Lynn–, levantó el dedo premonitorio a una objeción.

–Byron quiere verle primero, está arriba.

Acto seguido, el médico le guió a la sala superior, en la que un hombre poco mayor que él y con vestimenta de soldado hervinés contemplaba una esquina, pensativo.

–Ah, Olaf Bersi, tomad asiento por favor... –dijo señalando la silla que tenía al otro lado de la mesa– Como veis soy el nuevo gobernador de Hervine.

–Keith Taylor me puso al tanto –dijo Olaf asintiendo mientras se sentaba.

–Sí, el señor Taylor... precisamente quería hablaros de algo que me contó hace un par de días.

No habrá sido capaz.

–Al parecer –continuó–, Gardar Sturla ha muerto, lo cual os deja en idéntica posición que un servidor.

Byron no pudo percibir el disimulado suspiro de Olaf.

–En efecto, accedió a parlamentar con los invasores, y estos en un acto de cobardía le decapitaron cuando se encontraba solo.

–Mi pésame.

–Agradecido –dijo Olaf inclinando la cabeza.

–No tenemos noticias sobre Debrán y Dulice, sólo decenas de miles de refugiados con muchas historias horribles que contar, y aún continúan llegando. Como países parecen totalmente desechos. Eso nos deja a nosotros dos como únicos gobernantes de Armantia en pie.

–Así es.

–Por ello y ahora que estáis mejor quería haceros una proposición de gobernante a gobernante y de militar a militar. Vivimos tiempos horribles, Olaf, sin precedentes en la historia de Armantia y creo que dado que ha pasado un tiempo prudente en el que no hemos tenido señales de vida de sus gobernantes, y sus tierras han quedado despobladas... consideraba la posibilidad de anexionar Debrán a Turín –dijo señalándole– y Dulice a Hervine –añadió señalándose a sí mismo–, para manejar y mejorar la situación con mayor eficacia, y quería consultarlo con vos.

–Creo que es aún es un poco pronto para decidir sobre tamaña cuestión– dijo Olaf sorprendido.

Byron le miró en silencio durante unos instantes.

–Claro –replicó al fin sonriendo–, mas os ruego que lo consideréis y me hagáis saber la respuesta tan pronto como os sea posible. Pediré que os traten acorde a vuestra nueva condición –añadió levantándose–, y espero que vuestra mejoría continúe como hasta ahora.

–Yo también, gobernador. Prometo que lo pensaré.

Tendré que tener cuidado, pensó al salir de la sala. Temía que Byron esperara de él una respuesta positiva antes de la reunión. Probablemente adivinara en su tono al responder que no estaría dispuesto. ¿Se quitaría la idea de la cabeza?

Pero él debía continuar con su plan, que pasaba por comprender lo que estaba ocurriendo y adaptarse a la situación. Todo un desafío, pero no estaba dispuesto a seguir a la deriva en las mareas del multiverso.

Demasiado he perdido ya.

–Edgar –le dijo al volver a su dormitorio–, creo que ahora daré ese paseo. ¿Te importaría que lo diera en caballo?

El médico se sorprendió.

–Va... vais un poco aprisa, tal vez en unos días...

–No necesito tu aprobación, sólo quería consejo médico.

El anciano asintió con resignación.

–Haced el favor de mover lo menos posible vuestro brazo izquierdo.

–Naturalmente –dijo Olaf sonriendo–, y ahora, si me disculpas...

Y con su destino en mente, partió hacia el establo.

Cuando Enea recuperó la visión, su retina y orientación regresaron violentamente a otro tiempo, concretamente al suyo. Observó con respiración agitada una luz ambiental inequívocamente domótica que iluminaba el amplio paisaje nevado que la rodeaba y cuyo suave titilar electrónico delataba la situación de las paredes. El silencio era casi hermético.

–Te puedes levantar, ya no estás en peligro. Oh, y siéntate ahí por favor.

La voz de Boris, a su espalda. Sus espesas cejas eran ahora más grises aunque seguían contrastando con su fina y aguileña nariz. Tampoco portaba su habitual bata blanca de trabajo, sino un uniforme completamente negro, sin apenas tramas.

En silencio señaló a un sofá rojo que tenía a su lado, animándola a tomar asiento frente a él. Enea aún respiraba aprisa, le dolía el brazo por los retrocesos de los disparos y sintió los pómulos calientes y los tímpanos martilleantes debido al brusco cambio de temperatura.

Tras levantarse se dejó caer en el sofá con piernas temblorosas.

–Muy bien... –dijo Boris cruzando sus dedos– puedes decírmelo ahora, sin tapujos. ¿Trabajas para la *Red de la Humanidad*?

–¿Y tú quién eres? –preguntó sin saber de qué le hablaba. De forma tan imperceptible como fue capaz echó un vistazo a la habitación para tener más claras sus opciones.

–Yo fui uno de aquellos que te envió a Armantia. No el que lo organizó todo, pero ayudé a *Be uno*... ah, *Be uno* fue el primero y quien decidió llevaros, nos distinguimos así... yo le ayudé a entrar en la sala de tránsito y eliminé personalmente el sistema de seguridad multiversal. Era uno de los que iba con escafandra, como recordarás. El caso es que...

–No.

–¿No qué?

–No lo recuerdo. A mí me drogasteis para poder meterme en la cápsula. Con un gas, quedé inconsciente –dijo sin mucho afecto–. Por lo que dices debes referirte a Marla.

–¿Marla? Tú eres Marla. Ah... entiendo, debes ser la otra.

–Así es.

–Ya... pero no has respondido a mi pregunta.

Enea tuvo que esforzarse en recordar cual era.

–No sé de qué me hablas.

–¿Me vas a decir que no conoces a la *Erre Hache*? –replicó su interlocutor con evidente escepticismo.

–Exacto –dijo Enea con tanta sinceridad como fue capaz.

Boris suspiró largamente, frunciendo el ceño.

–Supongo que ya habrías intentado matarme. Me he equivocado de Marla, unos años de vida perdidos para nada. En fin, aquí estarás como en casa –concluyó señalando la habitación.

Acto seguido tomó rápidamente un pequeño cubo de metal lleno de tramas que tenía en la mesa.

¡La unidad, el dispositivo de viaje portable! Casi no recordaba cómo era...

–¿Qué haces? –preguntó previendo lo que Boris iba a hacer.

–Irme, creo que es obvio –dijo programando el dispositivo.

–No... espera... no puedes traerme aquí y dejarme sin más... esto ha tenido que ser un malentendido... –añadió para ganar tiempo mientras se sacaba la sandalia del pie.

–Tú eres el malentendido. Adiós.

Pero Enea fue más rápida y se la lanzó a las manos. El impacto hizo caer el cubo al suelo y, rauda, le empujó antes de que lo pudiera recoger y se hizo con el artefacto. Boris se disponía a abalanzarse sobre ella, pero se vio obligado a detenerse.

–¡Quieto! –gritó ella amenazando con tirar el cubo contra la pared con todas sus fuerzas.

–¡No tienes idea de qué estás sosteniendo! –dijo Boris alargando un brazo para intentar que se calmara.

–Algo que tendría que haber sido destruido y que supuestamente *Be uno* hizo. ¿Cuántos chismes de estos hay, eh? ¡Dime! –gritó estirando el brazo para tirar el cubo.

–¡Espera! Todos nosotros tenemos uno... todos lo inventamos...

–¿Los Boris?

–Sí... y supongo que se lo dirás a la *Erre Hache* ¿No es a lo que te dedicas?

–¿Pero qué carajo es esa *Erre Hache*?

–¿Entonces realmente no sabes lo que es la Red de la Humanidad? –dijo sinceramente sorprendido.

Enea respondió estirando un poco más el brazo.

–¡Espera! Iban a usar Terra Nueva como campo de pruebas para lanzarse a la conquista del caos... pero primero tenía que ser de ellos; nosotros ya llevábamos tiempo alrededor de aquel planeta huyendo precisamente de la **Erre Hache**... y al final consiguieron sabotear una de las colonias.

–¿Armantia?

–No... otra cercana... Gemini.

–¿Y con qué objetivo, eh?

–Comenzar el boicot de Armantia como incipiente intento de civilización, alentando a los gemineanos a invadir Armantia. Y así ha ocurrido... *Be uno* siempre fue el más moralista de nosotros... nos abandonó para llevar la situación personalmente. Debí haberlo imaginado, pero creyó que nosotros no llegaríamos a reinventar la unidad, ni a recuperar las coordenadas de aquel mundo. Así que los demás, aquellos que viste junto a él cuando te... mandamos a Armantia, fuimos tras sus pasos.

–¿Y para qué me has sacado de Armantia?

–Eres muy importante para nosotros, pero no me corresponde a mí decirte la razón.

Boris se había ido acercando casi imperceptiblemente, pero no para ella. Con ademán furioso, volvió a estirar el brazo.

–¡Aléjate!

–Vale, tranquila... –dijo retrocediendo con ambas manos extendidas.

–En el sofá, siéntate ahí.

Obediente, Boris hizo lo que ella le ordenó.

–Ahora explícame qué es eso de *La Red de la Humanidad*. Y sé breve, no creas que no veo lo que intentas.

–La *Erre Hache* no es como la red de gestión de universos que teníais en *Alix B* para realizar los viajes, es una de verdad, una red centralizada de universos. Un imperio *multiversal*. Este mundo fue absorbido hace poco, de hecho.

–¿Y es Alix la responsable?

–Sí, pero no la tuya, ni la mía, sino una de otro universo que se fundió con el ejército y creció y asimiló universos hasta convertirse en un imperio que se llama a sí mismo *Red de la Humanidad*.

La actitud de Boris cambió sensiblemente. De alguna manera, dejó de percibirla como una amenaza y descansó los brazos más relajadamente sobre sus piernas.

–Entonces se han mezclado –dijo ella–. Tanto cuidado en evitar encontrarse y al final se han mezclado...

–¿Las Alix? Sí y no. Verás... quienes viajan por el multiverso se dividen en dos tipos; los que pueden convivir con su doble, y los que los matan por temor a que les ocurra a ellos. Por razones obvias, hay un déficit de los del primer tipo. El mundo en el que estamos –y la Alix que albergaba– fue absorbido por la *Erre Hache*. El universo de Terra Nueva, como se llamó al planeta en el que está Armantia, es el único del caos que se han atrevido a pisar, pues es destino de aquellos que huyeron de la *Erre Hache*, como nosotros, de quienes temen una conspiración en su contra. Pero como ves eso ha terminado en Armantia, con la invasión.

–No parece que lo de los dobles haya sido mucho problema entre vosotros, los Boris.

Él torció el gesto.

–Te equivocas. Hubo y sigue existiendo paranoia, conspiración y asesinato entre nosotros. *Be uno*, el que descubrió Terra Nueva y os llevó allí, estuvo al tanto y se fue con vosotras en cuanto os envió, dejándonos sin saber cómo desarrolló la *unidad* ni cómo pudo viajar al caos sin que... A lo que voy es que también hay problemas de dobles... entre vosotras.

–¿Entre nosotras?

Pero Boris guardó silencio.

Es el momento de ceder un margen de confianza.

–No tienes que temerme –dijo bajando el casi dormido brazo al fin y dejando a un lado *la unidad*.

–Lo sé desde que vi que no eras la Marla que temía, pero ahora que lo has confirmado... por favor, cuéntamelo todo. ¿Te encontró Miguel?

–¿Miguel Hamilton?

–Sí, le envié yo para ayudaros a encontrar a los precursores.

No lo sabe.

–Mucho me temo que murió. Y sobre los precursores... los encontró tu Marla, en un estado lamentable de conservación y con sus instalaciones arruinadas. Por un hongo, oí.

Boris sacudió la cabeza.

–Entonces Armantia está perdida... ese era el único lugar en el que se me ocurrió que podríais recibir ayuda.

–¿Tan importante es Diploma? No parecía haber nada.

Boris la miró extrañado.

–*Be uno* os tuvo que contar el porqué de su importancia.

–Nos contó muy poco, a decir verdad nunca le vimos allí.

– ¿Y cómo os pudo contar algo si nunca le visteis?

Enea le habló del desfase temporal entre la llegada de B1 y la primera Marla (Lynn), respecto a las dos siguientes, y el pergamino que dejaron para contarles la verdad.

–Entiendo –respondió él asimilándolo–. Verás... mi sospechas sobre ti al principio no eran gratuitas. La otra Marla está al servicio de la *Erre Hache*. Nuestros sistemas de seguridad la han identificado en varios sabotajes a nuestra organización recientemente, llegando incluso a ocasionar la muerte de varios de nosotros. Hasta hace un momento pensé que eras tú.

–Pero la otra es quien se encontró con Miguel y descubrió Diploma, justamente la que creías que era yo. Al salir de Diploma establecí contacto con ella por radio, aunque al parecer llegaron los invasores... lo último que oí fue un disparo y gritos suyos. Ahí corté la conexión. No quería oír cómo moría. Es imposible que haya hecho todo eso que cuentas.

Boris estuvo unos instantes pensativo, antes de responder.

–Sin embargo seguía viva cuando cortaste la conexión.

–Sí, pero...

–Y pese a que estabas armada cuando te recogí, y la distancia a la que estaban los gemineanos, tampoco te dispararon ¿recuerdas. Además, tampoco me has dicho que disparasen a la otra Marla. Os quieren vivas a todas vosotras.

–¿Quiénes son esos gemineanos, y para qué nos quieren vivas?

–La colonia de los invasores se llama Gemini. Sólo te puedo decir que tú y tu doble sois lo suficientemente especiales como para que los Boris queramos teneros de nuestro lado y la *Erre Hache* del suyo.

–¿Insinúas que en Armantia esa *Red de la Humanidad* intentó capturarnos o incluso reclutarnos indirectamente? ¿A través de los inva... gemineanos?

–No lo insinúo, lo afirmo. Los invasores llegaron a Armantia con dos encargos: hacerse con Diploma, que era su intención original, y capturaros a ambas, que fue el objetivo que les introdujo la *Erre Hache* gracias a los que infiltraron entre ellos. Y ahora estoy definitivamente convencido de que tu desaparecida compañera en cuyo universo original nos encontramos, es la agente de la *Erre Hache* que nos ha estado saboteando y asesinando.

Enea tardó unos instantes en encajarlo todo.

–¿Qué? Ni hablar, ella no haría una cosa así.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque *la conozco* –dijo señalándose a sí misma con una mueca despectiva–. Y yo nunca haría algo así.

–¿Qué te hace estar tan segura?

Ella se quedó mirándole con el ceño fruncido.

–No, estás intentando confundirme...

–Ten la bondad de responder a mi pregunta. ¿Cómo lo sabes?

–Pues porque sí... porque somos iguales, hablamos igual, tenemos una forma de ser muy parecida... bueno ella suele ser más dramática, aunque llegó en circunstancias más trágicas... ¡Pero completábamos frases que decía la otra!

–De acuerdo, sois parecidas, es evidente, pero no más que dos amigas que han compartido infancia. ¿Hablasteis de vuestro pasado?

Se sintió incómoda.

–En fin, no... Fue en Armantia cuando ambas pasamos a ser personas distintas con vidas diferentes, y acordamos no hablarnos de nuestro pasado porque hubiera sido como entrar en la mente de la otra, pero se supone que venimos de universos virtualmente idénticos como es tradición en Alix, no podemos actuar de manera tan dispar.

–Se supone.

–Mira, si tienes algo que decirme escúpelo, no sigas jugando conmigo –replicó ariscamente.

–Lo siento, me gusta que sean los demás los que lleguen a las conclusiones pero oyéndote me doy cuenta de que ignoras la regla de los ochenta y ocho puntos, y así es normal que no comprendas.

–¿La qué?

Boris suspiró pensativo, buscando las palabras.

–La regla de los ochenta y ocho puntos es la que usa Alix para comprobar las similitudes entre los universos. Comparan ochenta y ocho sucesos entre su universo original y otro del mismo espectro que toque evaluar; cuarenta que van desde el siglo dieciocho hasta la actualidad, veinte más sólo en los últimos quince años, y veinticuatro muy concretos en la última semana. Si todos coinciden, dan el visto bueno; dicho universo es reconocido como virtualmente igual al nuestro y puede entrar en su red de universos. Los que no coinciden los ignoran como parte del caos.

–Vaya, siempre tuve la incógnita de cómo sabían si un universo era igual a otro...

–El caso es que su funcionamiento es productivo, pero limitado. Sí, pueden conseguir dos universos lo suficientemente iguales como para satisfacer sus planes de control del futuro, pero pretender que dos universos sean del todo idénticos con excepciones tipo *ausencia de las instalaciones subterráneas de Alix* es una idiotez utópica. Se crean diferencias relativamente pequeñas que escapan a los ochenta y ocho puntos, y luego se manifiestan en toda su grandeza cuando se juntan elementos de uno y otro universo. Dichas diferencias las hemos visto entre nosotros los Boris y deduzco que son las que han provocado que tu compañera esté en un bando opuesto al nuestro.

–Yo no estoy en ningún bando –replicó ella molesta al entender que Boris daba por sentado que estaba con ellos– Y esas diferencias tendrían que ser muy, muy pequeñas como para no habernos dado cuenta –añadió aún reticente a creerle.

Tras pensarlo unos instantes, Boris se incorporó.

–Nos vamos.

–¿Qué? ¿A dónde?

–A dar un paseo.

–¿Para qué vamos a...?

–Para que creas todo lo que te estoy contando.

–No, yo... tengo que descansar y asimilar todo esto... dormir, eso es lo que necesito, dormir.

–De acuerdo, pero sólo por esta noche; este apartamento no me lo han dejado para siempre. Y ahora... ¿Me puedes devolver la *unidad*, por favor? –dijo extendiendo la mano.

Enea estaba ya demasiado cansada y con los nervios destrozados como para mostrarse reticente, por lo que le devolvió el artefacto, resignada.

–Es nuestra escapatoria y sólo yo sé usarlo –dijo Boris mientras lo cogía imaginando lo que pensaba Enea–. Bien, veamos... tienes una cama ahí. Yo tengo que volver para informar, pero mañana...

–No tenía que habértelo dado –protestó ella levemente enojada como si aquello no formara parte del plan.

–Eh, *volveremos*, mañana por la mañana. Aunque no seré yo, sino otro Boris. Así que descansa cuanto necesites, pero bajo *ninguna* circunstancia abras la puerta de salida, sabes que no la necesitamos.

–Espera... ¿Y cómo sabré que es de los vuestros y no un Boris de la *Erre Hache* por ejemplo?

Aquello le pilló por sorpresa.

–Buena pregunta, espera... –se sacó del bolsillo del uniforme un rotulador grueso y se lo tendió– escribe lo que quieras en mi mano, sólo lo verá quien regrese mañana.

Tal y como dijo, escribió una única palabra en su palma y le devolvió el rotulador.

Esperanza.

–Tienes la domótica disponible, úsala razonablemente, sin que llame la atención. Si sigues mis instrucciones no tendrás nada que temer hasta que vuelva mi compañero, aquí estas a salvo. Ahora aléjate un poco, por favor. Y no mires.

Se dio la vuelta y oyó al fin el pequeño trueno de la implosión.

Estaba sola.

Arrastrando los pies llegó a la cama que estaba en la esquina, dejándose caer como si estuviera hecha de plomo, y contempló el horizonte del paisaje nevado que tenía ante sí.

–Luces fuera –dijo casi sin voz.

El paisaje oscureció en una simulada nocturnidad, y una tenue luz se alzó tímida sobre unos bosques lejanos. Era La Luna, su vieja y pequeña Luna, que le hizo recordar el azulado astro que se veía desde Armantia, con su gran cráter.

–Realidad, transparencia de espejo.

El paisaje nevado se transformó en una imagen nítida y sin modular de una gran ciudad en la noche, cuya visión reconoció al instante. Era el lugar donde ella vivió y trabajó. A lo lejos se alzaban los rascacielos de Alix con su logotipo luminoso.

Pese a su cansancio se sentía como si acabara de despertar. Sí, se la llevaron de allí y la trajeron de vuelta; estuvo en otro mundo durante poco más de tres meses, y ahora lo recordaba como un sueño. Y además, nada en todo el universo era comparable a un colchón de nanolátex moldeable. Cuánto los había echado de menos.

Y entonces recordó. Aquella no era su realidad, sino la de la otra Marla y además fue invadida por la RH. Su sensación de familiaridad se esfumó, y el entorno le pareció de pronto tan ajeno como Armantia, el extraño lugar del caos donde intentó rehacer su vida. La dura verdad se abrió paso en su mente antes de el sueño la anestesiar.

Jamás volvería a tener un hogar.

Olaf se aproximó a la gruta de Diploma en alerta. Toda la región estaba desierta y no hubo ni rastro de Necrorius Van Herberg o sus criados cuando pasó por su mansión. Algunas cristaleras rotas le dieron pistas de lo que pudo ocurrir. Más tarde reconoció la entrada y el lugar concreto en el que recibió el impacto en el hombro; aún se veía la sangre seca sobre el empedrado suelo, lo que le hizo, involuntariamente, mirar una vez más a su alrededor.

Pero seguía solo.

Con paso decidido entró en la gruta, reconociendo la luz antinatural que iba devorando poco a poco a la del atardecer que dejó atrás. Tras toparse con el muro de metal sin que ninguna voz etérea le increpara, pensó repetir lo que vio hacer a Marla cuando estuvieron allí. Con sumo cuidado intentó tocar el muro con la mano, pero esta lo atravesó.

Esto le animó a cerrar los ojos y cruzar el muro en pocos pasos; no sintió nada más allá de la excitación creada por adentrarse en las entrañas de un secreto que llevaban escondiendo siglos y que era clave en la oscura historia de Armantia. Al volver a abrirlos no se llevó ninguna sorpresa, el túnel aún se prolongaba un poco más, si bien para su sorpresa la luz se volvió sensiblemente más intensa, y continuó hasta toparse con unas escaleras de metal cuyo sonido al pisar le inquietaba al hacer más ruido del que quería, acaso no fuera ya alarmante el hedor a putrefacción que le llegaba.

Una gran sala débilmente iluminada apareció ante sus estupefactos ojos: en el centro se alzaba un extraño árbol grisáceo cubierto de ramas de varios colores y particular brillo que acababan en lo que a su distancia parecían huevos de cristal. Nunca antes vio algo parecido.

Tras uno de ellos se movió una sombra, lo que le puso en alerta. Esta, al acercarse, se descubrió, reconociendo al hombre de traje oscuro.

Era él.

—¿Quién eres? —dijo Boris.

En ese instante Olaf no pensó en una respuesta. Le consumió una furia como pocas veces sintió y esta actuó por él. Se aproximó veloz y con el brazo libre le atinó un puñetazo en la mejilla.

—¡A dónde te la has llevado!

En el suelo Boris palpaba sus labios, sorprendido.

—Espera —replicó con dificultad—, dime...

—¡Escúpelo, a dónde!

Otro puño salió disparado al rostro de Boris, aunque esta vez este se apartó a tiempo y devolvió el golpe

con el canto de una mano en el hombro herido, delatado por el cabestrillo. Obligado a arrodillarse, Olaf gritó de dolor. Su oponente se dirigió a él y le agarró el hombro, presionándolo levemente y produciéndole más dolor.

–¿Quién te envía? –le dijo mientras Olaf gruñía para no gritar.

– ¡Nadie!

–¿Ah no? ¿Y cómo sabes quién soy y a quien me llevo o dejo de llevarme?

–Aquí todo el mundo lo sabe... todo el mundo conoce a Boris de Alix.

–Cierto –dijo Boris soltándole el hombro y levantándose–. Certo, fue *Be uno*. Pero sabes demasiado para ser un nativo. Obviando que has llegado hasta aquí, claro.

–Yo... yo conocí a Marla Enea... a las dos...

–La que yo me llevé estaba frente a un castillo, creo que no muy lejos de aquí.

–Enea... –musitó Olaf– pero... entonces... mi Marla...

El ruso le miró reprimiendo una carcajada.

–¿*Tu Marla*? ¿Fuiste pareja de la otra?

Olaf no respondió, pero su expresión fue suficiente.

–Je –sonrió Boris limpiándose la sangre en la manga de su traje–, no perdió el tiempo.

–¿Sabes dónde está?

–¿Ahora mismo? He oído que en Gemini –dijo mirando a su alrededor–, lástima de instalación.

–¿Gemini?

–Es el lugar del que provienen los que os han invadido.

–¿Vosotros nos podéis ayudar?

–¿*Vosotros*?

–Los Boris... ¿No es eso lo que queréis, salvar Armantia?

Boris le dedicó una mirada extraña, tal vez preguntándose cuánto podía saber aquel aldeano, pero cuando pensó en sus palabras apenas pudo reprimir una carcajada.

–Salvaros... claro... –siguió riendo– ¿Cómo te llamas?

–Olaf Bersi.

–Bien, Olaf. Lo de querer salvar Armantia es la versión corta y simplona de la historia, y me temo que ni tú ni tus coetáneos entenderán jamás la larga. Lo que sí te puedo decir es que yo ya no tengo nada más que ver con ellos. Los demás Boris me desterraron aquí para siempre muy poco después de llevarme a la chica. En fin, dime, Olaf Berzas...

–Bersi.

–Lo que sea... ¿Qué sabes de este lugar?

El general le contó la tradición de los vigilantes, y la leyenda de Diploma tal y como le fue transmitida.

–Fascinante –respondió Boris–. Siempre hemos querido saberlo todo sobre los que montaron esto... gente de historia huidiza, sí. Y tras varios siglos desde que crearon Diploma ahora nos encontramos en su misma situación, y sin embargo –dijo mirando a su alrededor– todo esto es tan contemporáneo...

–¿Hubo gente aquí? –dijo Olaf sintiendo aún palpar el hombro– Cuando llegué aquí con Marla, una voz atronadora nos recibió ante el muro de metal.

–¿Ya entrasteis aquí antes?– replicó asombrado.

–Sólo ella. Teníamos la esperanza de que aquí hubiera algo que nos ayudase. Al salir afirmó que todo fue un fraude y afuera nos esperaban invasores y yo quedé inconsciente. Me recogieron los hervineses pero ella ya no estaba.

–Y como te dije, se la llevaron a Gemini, o eso es lo último que supe de ella –respondió Boris distraído.

–¿La han raptado verdad? ¿Pero para qué? Lo debe estar pasando muy mal...

El desterrado miró a Olaf sombríamente.

–Te conviene que cambiemos de tema –dijo con voz grave–. ¿Sabes para qué es este lugar?

–¿No es una especie de almacén de conocimientos? –respondió Olaf tras mirar a su alrededor.

–Eso creía... –murmuró pensativo, caminando con ambas manos cruzadas tras la cintura y observando los grandes huevos de cristal que se erguían a los pies del árbol central– debió servir para toda Armantia, pero no cuajó. Y por lo que veo –añadió al darse cuenta de que los huevos estaban vacíos– los gemineanos terminaron el trabajo, a juzgar por estas cápsulas vacías. Una pena, nos hubieran podido contar muchas cosas.

–¿Quiénes?

–Los precursores, naturalmente. Estuvieron aquí. Se conservaron de algún modo, y con tecnología que no me es del todo ajena.

Al ver la cara de Olaf, alzó las cejas.

–Es una pena que no te estés enterando de nada. Ni siquiera de lo que le está pasando a tu chica.

El general reunió esfuerzos para levantarse.

–¿Lo sabes?

–Tampoco lo entenderías.

–¡Eso tengo que decidirlo yo! –gritó con frustración.

–*Eso tengo que decidirlo yo* –repitió Boris burlonamente.

Olaf contuvo su ira, decepcionado.

–Sólo eres un viejo miserable, no como el que trajo a Marla. No el que sale en los libros. ¡En los cuadros!

–¿Los libros hablan sobre *Be uno*? –dijo riendo a carcajadas– ¿Así se cubrió las espaldas, echándose flores en vuestra historia? –sacudió la cabeza sin parar de reír–. Esta sí que es buena. Desengáñate, Berzas, él era un perfecto hijo de puta como todos nosotros –su sonrisa desapareció, y su tono se volvió a tornar serio– Nada de lo que aquí pudiera hacer limpiará lo que desató... lo que desatamos... en cualquier caso no es algo que tu aldeana mente pueda alcanzar a comprender ni aún contándotelo tu Marla.

A continuación Boris le hizo un gesto de silencio mientras se acercaba a una esquina en la que, tras agacharse, levantó una placa brillante fijada al suelo.

–Pues claro –musitó Boris para sí mismo– así es como pensaban hacerlo. Los gemineanos se dejaron unos cuantos, seguramente por las prisas. Pero... –añadió levantando más placas del suelo– se llevaron la gran mayoría. Esto no va a salvar Armantia, aunque... ¡Acércate Berzas!

Olaf se agachó a su lado curioso por saber de qué se trataba, pero antes de darle tiempo a reaccionar, Boris sacó algo del hueco de la placa y golpeó con el objeto en el brazo bueno de Olaf. Este sintió un agudo pinchazo que le hizo apartarse rápidamente.

–¿Qué has hecho? –gritó al ver un pequeño punto de sangre en su brazo y sentir cómo se le entumecía.

–Escucha atentamente –dijo Boris gesticulando con nerviosismo–, lo que he hecho es por tu bien. Tienes

que decirme exactamente lo que sientes, y si recuerdas algo nuevo. Es *muy* importante.

–Siento frío en el brazo –gimió Olaf aterrado.

–Sí, no te preocupes. Es normal. ¿Recuerdas algo nuevo? ¿Te sientes mareado? ¿Algo?

Olaf estaba concentrado en sus sentidos, aún con una mano donde sintió el pinchazo. Pero por lo demás estaba igual.

–No, y el frío se va.

–Bueno, esperemos un poco, no tiene por qué actuar de inmediato.

–¿Pero qué me has hecho?

–Te he inoculado lo que aquí se protegía. Hay hueco tras hueco en el suelo pero tus invasores han vaciado todo y sólo dejaron tirados unos cinco inyectores. Sin embargo hay espacio para albergar miles, que aún así... se me antojan pocos. Debe haber otros lugares como este por aquí.

–¿Más lugares como Diploma?

–Sí. ¿Recuerdas algo ahora?

–No...

–Entonces tal vez tu chica tuviera razón y se echara todo a perder. Esto tiene un aspecto bastante ruinoso –dijo mirando a su alrededor–, seguramente lo que te he inyectado perdió su eficacia, sea lo que fuere.

Dando un largo suspiro, Boris se incorporó.

–¿Pensáis hacer algo? –dijo a Olaf.

–¿Quiénes?

–Vosotros, claro, los armantinos. ¿Os quedaréis aquí lamiéndoos las heridas de la invasión o tenéis algún plan?

–Un compañero hervinés ha ido junto a varios hombres a hacerse con la última nave invasora que parta de aquí.

Boris ladeó la cabeza, sorprendido.

–¡Bien! –exclamó aprobando la idea–. Ya sé en qué mantenerme ocupado. Os ayudaré.

Cuando Enea despertó, el silencio era el mismo que antes de dormirse. La luz solar, sin embargo, se había vuelto insoportable. Intentó dar la orden de filtrarla y soltó una inteligible murmuración; no tuvo más remedio que levantarse y beber agua.

Tras filtrar la luz a la mitad se acercó a mirar a través de las transparentes paredes que mostraban el exterior. Aparentemente mostraba la misma ciudad que en la que vivió antes de Armantia; la única diferencia notable consistía en el gran número de unos extraños y enormes vehículos de colores violáceos y altamente reflectantes que se hallaban estacionados en sitios clave. Supuso que serían de la famosa RH.

Al fijarse en los transeúntes recordó que ella ya no trabajaba para Alix, y por tanto no tenía que ir por ahí como si no existiera... ¡Podía comportarse como una persona normal! De pronto tuvo una idea. Boris no había llegado, nadie la echaría en falta si salía un rato.

Buscó un ropero por todo el apartamento, encontrando uno cerca de la sala de aseo que para su fortuna también contenía ropa de mujer. Tras echar un vistazo se decidió por lo más genérico y a la vez informal que pudo considerando el calor exterior; un hidrocamisón azul turquesa que acababa en enredaderas grises. Pero no pudo salir sin antes darse una reconfortante ducha como no se daba en mucho tiempo, cuidando particularmente su pelo, el cual perfiló de forma distinta al que llevaba habitualmente cuando antaño iba a trabajar.

Una vez desbloqueada la puerta, atravesó un largo pasillo hasta el ascensor, tensa por si se encontraba a alguien. Pero no se topó con nadie hasta salir al exterior, donde fue recibida por una oleada de aire caliente que tenía olvidado y que la obligó a detenerse y respirar hondo. El aire armantino sí que lo echaba en falta. Al respirar le llegó un olor cotidiano, el de los aditivos que le aplicaban al carburante hidrogenado en la mayoría de los vehículos del abundante tráfico.

¿Y por qué no? Pensó. Podría dar un paseo cerca de Alix, tenía mucha curiosidad.

Cuando con decisión atravesó un gran paso peatonal, fue sorprendida por la imagen de un enorme rostro en los visores publicitarios de las fachadas de los rascacielos. Era el de Julio Steinberg, presidente de Alix, quien sin embargo aparentaba ser más viejo que en sus recuerdos.

«Buenos días, ciudadanos de la Red de la Humanidad, me complace anunciar que las piezas averiadas de la gran desaladora del sur han sido sustituidas gracias a esta red, evitando una importante crisis. Otra ventaja para este mundo de pertenecer a nuestra gran red»

Así que Steinberg era el líder de la RH. Era más viejo que el que recordaba, claro que no era el suyo. Pero también el Boris que la trajo a la ciudad tenía años de más respecto a B1, quien la enviara a Armantia a la fuerza. Algo se le estaba escapando.

—¿Ventaja? Y una mierda —oyó a su izquierda. Al volver la cabeza descubrió a un hombre que le era muy

familiar.

–Usted, usted es... ¿Egidio Roberts? –dijo parpadeando rápidamente.

Muy conocido por ser el candidato más popular en las elecciones presidenciales, que perdió cuando su rival solicitó los servicios de Alix. Le involucraron en varios crímenes que no cometió, lo que fue suficiente para demonizarlo de cara a los votantes. Ahora no tenía buen aspecto, daba la impresión de estar bebido y lucía una barba de varias semanas.

–Vaya, alguien que se acuerda de mí y me llama por mi nombre. Aunque lo de *Egidio Capone* empezaba a gustarme –dijo con una patética sonrisa intentando mantener el equilibrio. Señaló acto seguido a una de las pantallas con el rostro de Steinberg–. Menudo pendejo, creíamos que Alix sólo se encargaba de escáneres médicos caros, investigaciones contra el cáncer para aparecer en los medios o armas de radio frecuencia para el ejército en secreto, y mírale; amo y señor de varios universos. Aunque el tiempo parece haberle tratado peor que a mí –dijo riendo y tosiendo escandalosamente.

–Desde luego –asintió Enea mirando la gran pantalla.

–Eso de la *Red de la Humanidad* es una jodida patraña y aquí todos los gobernantes perdieron el culo por seguirle el juego al prometerles que la estructura de poder se mantendría o incluso les favorecería. ¿Cómo no se han dado cuenta los muy imbéciles? ¿No es irónico? La gente normalmente vota promesas, no soluciones, pero los electos al parecer no han sido más listos y han hecho lo mismo con ese de ahí. Con lo de la desaladora se lo está estampando a todos en la cara, y nadie se percata o no quieren hacerlo ¡Ja!

–¿Por qué, qué pasa con lo de la desaladora? –le preguntó ella perdida.

–Piensa en lo que ha dicho, hermosura... ¡*Hemos repuesto la desaladora, somos los mejores!* Las piezas eran insustituibles; cuando se montó esa desaladora la tecnología iónica aún era legal, pero hoy por hoy ya no queda ninguna jodida infraestructura para fabricarlas. ¿De dónde crees que la han sacado entonces? ¡*Ventaja gracias a la Red!* – dijo mirándola unos instantes, esperando a que ella misma se respondiera– ¡Se las han robado a otro universo de la *Erre Hache* por el amor de Dios! Pero no pasa nada, claro, a nosotros nos ha beneficiado... ¡*Hic!* Veremos qué pasará cuando en el universo que habita ese cerdo se averíen los molinos del programa *Ozono* y empiecen a coger de los nuestros. Lo que me iba a reír...

Realmente como dijo Boris, pensó ella sin apartar la mirada de Steinberg, *un auténtico y terrible imperio multiversal. Dios mío...*

Egidio gritó aún más fuerte en contra de Steinberg intentando llamar la atención, y ella, que prefería ser discreta, continuó su camino.

Al llegar a la plaza que daba a las instalaciones de Alix ralentizó su ritmo, notando cómo el pulso se le disparaba. Boris fue claro acerca de salir del apartamento y ella estaba nada menos que ante Alix Corp, donde todo estaba exactamente igual que como lo recordaba en su universo.

Intentó identificar desde una distancia prudente, entre la multitud que recorría la plaza, a la gente de uniforme que entraba; muchos le eran conocidos e incluso atisbó alguna tarjeta amarilla. Pero una figura sospechosamente familiar la puso en alerta; subía las escaleras que separaban la plaza de uno de los edificios, y se volvió de improviso.

Era ella misma.

Cuando parecía que continuaría subiendo, Marla volvió la mirada con renovada atención, directamente hacia Enea. Al reconocerla primero se vio visiblemente sorprendida, pero luego su rostro emanó tristeza. Enea, por contra, entrecerró sus ojos.

¿Qué es lo que estás haciendo?

Marla bajó la mirada y se dio la vuelta, reanudando su andar con más presteza hasta entrar en el edificio.

No puedo entrar ahí. ¡Mierda!

¿Qué le pudo pasar? Hubo complicidad en la mirada, por tanto debía ser su compañera. La reconoció. Pero entonces Boris tenía razón y ahora era una agente de la RH. No tenía ningún sentido. ¿La delataría?

No, no será capaz.

Con una profunda confusión se dispuso a regresar a su provisional apartamento, pero a medio camino la interrumpió su IA: tenía una comunicación entrante por radio. Tras pensarlo unos instantes, alzó su mano a la altura del oído, sin decir nada.

–En la esquina izquierda de la calle *Otto Linderbrock*, dentro de quince minutos, sola –dijo la voz que esperaba oír antes de cortar el contacto.

Aún es temprano, pensó. Seguramente Boris no habría regresado todavía.

Mirando a su alrededor por si pillaba a alguien vigilándola se dirigió al lugar en cuestión. Que Marla le rogara acudir sola no le dio buen palpitito... ¿Y en compañía de quién creía que estaba? Ignoraba qué se encontraría, qué diría ella y, en general, qué había cambiado. El porqué de aquella evasiva.

Con creciente paranoia llegó a la calle Linderbrock, que daba a un parque, y fue en la esquina cercana a este donde la vio ya esperando, haciéndole un gesto con la cabeza para que la siguiera. Parecía querer adentrarse en el parque hasta un lugar más privado.

Fue tras ella marcando unos tres metros de distancia con todos los sentidos en alerta, hasta que encontró una esquina vacía. Una vez allí, Marla se dio la vuelta mirándola a los ojos. En ese momento Enea se olvidó de todo lo que le había ocurrido tras salir de Armantia, y corrió a abrazarla con todas sus fuerzas. Después de todo lo que le estaba pasando, la alegría de verla con vida fue correspondida.

–¡Te daba por muerta! –dijo Marla alzando la voz, emocionada.

Eran, en esencia, dos naufragos que se encontraban en la playa. Sin embargo, esa sensación se fue disipando a medida que volvían a la realidad.

–Pero... ¿Qué haces aquí? –dijo Enea.

Marla se volvió visiblemente incómoda.

–He recuperado mi vida tal y como era antes de...

–¿Y antes te dedicabas a asesinar a científicos fugitivos? – interrumpió para comprobar la versión de Boris.

Marla encajó mal la acusación y al señaló con el dedo.

–¿Acaso tú no?

–Dios mío, entonces era cierto –dijo Enea parpadeando.

–¿Qué era cierto? –replicó su compañera poniendo los ojos en blanco y dejando caer los brazos.

–Marla... la única persona que he matado en mi vida es a nuestro antiguo jefe, y lo hice para salvar la tuya.

–¿Qué has dicho? –replicó ladeando la cabeza.

–Que no somos iguales, o al menos no exactamente.

Marla retrocedió unos pasos.

–Eso... eso es ridículo. Nos habríamos dado cuenta... yo...

–Acordamos no hablarnos de la etapa de Alix, por eso no nos dimos cuenta.

Mientras Enea le contaba acerca de la regla de los ochenta y ocho puntos Marla negaba incrédula, como si por alguna razón se sintiera traicionada, pero su compañera insistió.

–Yo no participé en ninguna operación letal de Alix, se las dejaba todas a Marco. No somos iguales, Marla.

En un movimiento repentino y fugaz, esta sacó un arma de su espalda, encañonándola a la altura de la frente, los ojos brillantes.

–¿Y qué me impide matarte ahora entonces? ¿Eh? ¿Eh?!

Enea mantuvo la calma, sin mover un músculo, mirándola fijamente a los ojos.

–Que te salvé la vida. Que me has abrazado hace dos minutos. Que soy tu amiga. Tu hermana.

Una lágrima bajó por el rostro horrorizado de Marla, quien tras mirar unos instantes su arma, la tiró cuán lejos pudo con repulsión, como si hubiera estado sujetando una serpiente venenosa. Lentamente y deslizando su espalda por la pared, se sentó en el suelo con piernas flaqueantes y sus manos hundidas en el pelo.

Y con dificultad, como conteniendo algún dolor, exhaló.

Sin decir nada, Enea se agachó frente a ella. Creía que Marla lloraría, pero esta se limitó a mirar más allá de la pared que tenía al frente, y en su rostro era apreciable una mayor madurez, fruto de muchas cicatrices emocionales.

–Estoy cansada, Enea –dijo al fin–. Cansada de que nada sea lo que parece, cansada de peligros constantes, de incertidumbres y miedos, de que las cosas nunca vayan a mejor, cansada de una responsabilidad que nunca elegí... Sólo quería una vida normal... como la de antes...

A la mente de Enea llegaron imágenes de los días grises e idénticos que vivió antes de llegar a Armantia.

–No creo que la de Alix sea una vida que te gustara retomar.

–Pero era la mía, una vida auténtica en un lugar auténtico, fue la que me tocó vivir, *mi* vida. Ya estaba establecida. Además, aquí ya no tengo que esconderme, ni pasar miedo... desde que ese malnacido nos secuestró, hemos vivido un engaño, y cuando creemos salir de él nos topamos con otro mayor, y otro y otro...

–También en Alix vivíamos en un engaño –dijo Enea con una sonrisa amarga–, supongo que es una cuestión de ignorancia voluntaria. En Alix nos conformábamos con saber pero no admitir. Ahora nos vemos forzadas a conocer todas las tretas y actuar en consecuencia. Y no voy a negar que es desagradable.

–Tú siempre te adaptaste mejor a la situación, eres la optimista –dijo Marla mirándola con intensidad y asintiendo con la cabeza. Parecía empezar a aceptar... –. ¿Cómo podemos ser distintas y a la vez tan parecidas? ¿Acaso en algún momento nuestras vidas tomaron un rumbo levemente diferente? No me lo explíco.

Ambas hablaron al fin sobre sus vidas antes de la llegada a Alix, pero todos coincidían.

–No me extraña que engañáramos a los ochenta y ocho puntos –dijo Marla–, pero algo tuvo que hacernos distintas, inspirarnos de forma diferente o...

Con los ojos cerrados y profundamente concentrada en sus recuerdos, Enea se mantuvo unos minutos en silencio, y cuando parecía que ya no iba a decir nada dibujó una pequeña sonrisa, como si hubiera dado con algo importante.

–¿Conoces esto? –dijo antes de recitar en voz alta– *Levántate, oh marinero perdido, levántate, oh marinero atrevido, desafía al viento y al vendaval que te ha tendido, mas perdónale al final, pues guiarte será su cometido.*

–¿Qué es? –dijo Marla.

–*Barco a la Luna y otras aventuras*, publicado en el dos mil quince. El libro que marcó mi adolescencia, y el primero que leí enteramente en texto, esa misma noche, sin representantes ni narradores. Hubo que

transferirlo desde la biblioteca estatal, pues estaba descatalogado.

Su compañera se había tapado la boca con gesto de sorpresa.

–Ese es el libro que le pedí a Papá a los catorce años –dijo Marla alterada.

–Igual que yo. ¿Pero...?

–Pero no pudo transferirlo a la biblioteca de casa. Se hizo efectiva aquel día la *Ley de protección cultural contra el terrorismo ideológico*, y se bloquearon las bibliotecas. Recuerdo que me enfadé mucho con él, pensando que era capaz de arreglarlo. Fue una noche triste –miró a Enea con una fascinación adolescente–. ¿Pudiste leer entonces *Muerte a Diez Pasos* o *El Regreso de Hermes*?

–No –sonrió–, también estaban en mi lista, pero en mi caso la ley se aprobó al día siguiente. Y el funcionario al que Papá tenía que pedir permiso para transferirlos, le dijo que no cumplía los requisitos psicológicos. Lo cierto es que simplemente le caía mal...

–Sí, Rupert González, el tipo con quien tuvo la discusión cuando hizo la declaración de la renta antes de eso.

Se quedaron unos minutos en silencio.

–Vaya –dijo al fin Marla con asombro–, un libro. Eso es lo único que hace que yo esté aquí y tú ahí. Un día y un libro. Me hubiera gustado leerlo...

Continuaron mudas varios minutos, pensativas.

–Pero aquí estamos –anunció Enea levantándose, con un tono que daba a entender que tenían entre manos asuntos más acuciantes–, juntas en un buen lío, tras haber seguido dos caminos diferentes.

Marla asintió seria, mirando al suelo y estrechándose ambas manos con los brazos sobre las rodillas.

–Estas en su bando, supongo. El de los Boris.

–¿Por qué todo el mundo quiere meterme en un bando? –dijo Enea.

–A estas alturas deben odiarme –continuó como si no la hubiera oído–. Saboteé una de sus instalaciones, me consta que varios de ellos no sobrevivieron.

–Tal vez lo comprendan, nos quieren vivas a ambas. Además, son los únicos que pueden llevarnos de vuelta.

–¿De vuelta? –preguntó Marla mirándola con curiosidad.

–A Armantia.

Miró al suelo, negando con la cabeza.

–Todo aquello... fue un error. Nunca debió pasar –dijo mientras se levantaba, procurando evitar el tema–. Creo que debería regresar, me alegro de volver a verte y comprobar que estás bien... –añadió empezando a caminar.

–Ah, no, no... Espera un momento... ¿Cómo que fue un error?

–No le diré a nadie que estas aquí –añadió Marla sin detenerse.

–¡Marla! –gritó Enea enfurecida– En *Armantia* –continuó saboreando cada letra–, un Olaf Bersi moribundo acarició mi mejilla creyendo que era la tuya. Que digas que todo fue un error rebaja mucho la opinión que tengo de ti, pero no es la mía la que te debería importar, sino la suya. Piénsalo.

Marla se había detenido pero tras unos instantes continuó alejándose hasta perderla de vista. Por su parte Enea permaneció un rato allí, sus ojos cristalinos y la mente inmersa en una marea de sentimientos contrapuestos, decidiendo emprender también su regreso.

Por el camino tuvo que cambiar de acera debido a que la policía se estaba llevando a un Egidio que entre

gritos y carcajadas no paraba de gritar *¡De mayor quiero ser como Steinberg, consigue crear la mayor farsa de la historia de la humanidad y además le lamen el culo por ello! ¡El sueño de todo político!*

Y cuando entró de nuevo en el apartamento, fue recibida por una desagradable sorpresa. Boris estaba allí, de pie, con una pistola diminuta apuntando a la puerta. En respuesta ella permaneció inmóvil en la entrada procurando no parecer una amenaza.

–Identificate –dijo él.

–Escribí *esperanza* en la mano de tu compañero.

Bajó el arma exhalando como un globo desinflándose.

–Era yo el que debía identificarse de ese modo. ¿No te dijo que no salieras? ¿Y de dónde demonios has sacado esa ropa?

–Del armario.

–Pero no es nuestra... es igual, nos vamos, a eso quería llegar. Creo que sabes lo suficiente como para tomar la elección...

–...como si la tuviera...

–... de en qué bando quieres estar. Con la *Erre Hache*, o con nosotros.

–Si me hubieras dicho con la *Erre Hache* o en su contra habría quedado mejor –suspiró resignada–, tenéis que prometerme que podré volver a Armantia.

Boris sonrió.

–Operamos muy cerca de allí. ¿Hecho?

Enea asintió de mala gana.

–Hecho. Por cierto... La he visto, hablé con ella –dijo en tono serio.

–¿Cómo dices?

–La otra Marla, está aquí. Sí que es quien os sabotó. Dice que le ofrecieron volver a su antigua vida en Alix, claro que ahora al servicio de la *Red de la Humanidad*. Pero daba la impresión de ser aún rescatable.

–A ver si me aclaro, eliminó a varios de nosotros... ¿y ahora tiene remordimientos? Sigue viva sólo porque no tengo órdenes de...

Se vio interrumpido por un sonoro bofetón.

–¿Quién narices eres *tú* para hacer juicios de valor? –exclamó Enea en un arranque de ira– ¡Todo es culpa vuestra, vosotros destruisteis su vida, y la mía, y todo lo que tocáis!

Boris parpadeaba sorprendido, con una mano en la enrojecida mejilla.

–Pero... pero... yo no tuve nada que ver con vuestro rapto...

–¡Todos los Boris sois responsables, estuvisteis en Alix, les vendisteis vuestros descubrimientos a cambio de trabajo y asilo político y provocasteis esta situación! De no ser por vosotros ella no os estaría dando caza en una compañía que aísla a sus trabajadores del resto de la sociedad; no os escudéis en que os habéis organizado contra la *Erre Hache*, habéis llegado a un punto en el que tenéis que protegeros de vosotros mismos. Así que nunca, nunca vuelvas a juzgarla en mi presencia. ¿Queda claro?

–Sí, sí, como el agua –replicó Boris de mala gana intentando que parara, con gesto agrio–. ¿Algo más?

–Eso es todo.

–Bien. Voy a programar la *unidad* para el salto, así que cuando yo te lo indique, tócala tú también.

—Parece que hemos tenido suerte, señor —le dijo a Keith uno de sus hombres.

Y así fue. La gran nave invasora estaba atracada justo donde esperaban encontrarla, en un pequeño muelle de pesca hervinés abandonado, lo que explicaba la celeridad de la invasión; la amenaza llegó desde varios lugares de Armantia, no sólo desde Turín.

Cuando llegaron arrastrándose a lo alto de la ladera las expresiones de asombro tardaron en cesar al contemplar el antiguo puerto pesquero, pues acostumbrados a ver allí balsas años atrás, se encontraron con un monstruo de madera inabarcable por entero para el muelle.

¿Cómo puede flotar algo así? Se decía Keith.

—¿Pero dónde están los invasores? —dijo uno a su derecha.

—Seguramente dentro —dijo otro.

—Aún así es muy raro —comentó Keith—. Acerquémonos un poco.

Ocultándose en lo posible bajo la densa vegetación que rodeaba el muelle, Keith y sus hombres descendieron hasta tener a la embarcación de frente.

—Empiezo a pensar que no hay nadie —dijo en voz alta su compañero más cercano. Keith optó por incorporarse del todo, y los demás le imitaron. Tensos, preparados para echar a correr en cualquier momento, contemplaron expectantes la cristalera que tenía uno de los extremos de la nave. Si el enemigo estaba dentro, tendría que haberles visto, y sin embargo nada ocurrió.

—Diría que siguen en tierra, lejos de aquí —dijo finalmente.

—¿Y dejar la nave sola, señor? —preguntó uno.

Keith le miró.

—Cierto —replicó sonriendo con malicia—, olvidaron que ibas a venir a llevártela.

Los demás rieron a carcajadas. Era un detalle del que no se habían percatado, la nave no poseía remos, y era la única manera que conocían de gobernarla.

—En cualquier caso —añadió— nosotros hemos cumplido con nuestra parte. Ahora le toca mover ficha al *Gran General*.

* * *

–La próxima vez que me llames Berzas te hago bajar –le dijo a Boris en pleno trote hacia la costa hervinesa.

–¡Eso si no me caigo antes! –respondió el viejo aterrorizado a cada salto que daba el caballo, agarrado a Olaf con los ojos cerrados.

Pocas horas después llegaron a un acantilado desde el que divisaron a lo lejos al navío invasor varado en el pequeño y decrepito muelle de pesca hervinés.

–Sí, creo que son ellos –confirmó Olaf–, y por suerte para ti, tendremos que ir a pie.

–Al fin –soltó Boris en un suspiro. A ojo diría que quedaban dos kilómetros. El acompañante de Olaf esperaba que al menos en el camino la circulación regresara a sus piernas. Intentó bajarse del caballo, pero torpemente terminó cayendo de rodillas.

Con algo de desidia Olaf le levantó de la mano, viendo algo escrito en la suya.

–¿Esperanza?

–No es nada –replicó su acompañante apartando la mano de su vista.

El general negó con la cabeza.

–¿Qué pasa? –le dijo Boris.

–Que eres patético. Eso es lo que pasa.

–Disculpe su eminencia aldeana, pero nunca tuve necesidad de montar bestias salvajes.

–Qué decepción –seguía diciendo Olaf pesaroso como si no le hubiera oído, emprendiendo la marcha al lado del caballo.

Boris le alcanzó rápidamente para no quedarse tras él ni dejar la conversación en ese punto.

–Ah, así que se trata de eso. De *Be uno* y vuestra historia. ¿Y qué esperabas encontrarte, eh? ¿Uno de esos magos sabiondos con barba hasta los tobillos? Hazme un favor Berz... Olaf, a partir de ahora trátame como lo que soy. Un anciano de otro universo, sin más. Olvida todo lo que creas saber sobre mí, además, *Be uno* es *Be uno* y yo soy yo.

–¿Y quién eres tú?

–Ehm... *Be catorce* –respondió casi en voz baja, muy serio.

Continuaron parte del camino en silencio. Olaf, que no había dejado de darle vueltas a la cabeza, volvió a tomar la palabra.

–¿Y por qué nos ayudas, Catorce?

–No lo entenderías Berz... Olaf.

–¿Sabes decir algo más que *no lo entenderías*?

–Muy bien, muy bien –respondió Boris envarado y ultrajado por el trato despectivo que alguien como él recibía constantemente de aquel nativo–, dímelo tú, lumbreras. ¿Qué esperas conseguir con todo esto más allá de intentar rescatar a tu Marla? ¿Eh? ¿De qué crees que le va a servir a tu gente viajar a Gemini suponiendo que no mueres en el intento?

No respondió inmediatamente, pero Boris percibió un significativo cambio en su mirada antes de se decidiera a responder.

–Marla, mi Marla, me habló una vez sobre la historia de vuestro mundo. De grandes civilizaciones, nefastas guerras, titánicas catástrofes y heroicas y terribles victorias, de no menos grandes sabios y tiranos. Hoy sé que Armantia proviene de todo aquello, que también nos pertenece. Que vuestro pasado es nuestra *Historia Oscura*, Catorce, lo que nos falta. Que aquí, en nuestra obligada ignorancia no hemos hecho más

que repetirla. Que tuvisteis mil guerras como la que creó Turín, y mil tipos como Delvin. Que no hemos hecho nada nuevo pese a que imbéciles o desesperados nos ocultaron el pasado al soltarnos aquí con la esperanza de que no lo repitiéramos. Si no puedo devolverle a los míos todo lo que gente como tú les arrebató, de nada servirá que sobrevivamos a la invasión –dijo mirando al fin a Boris–; eso es lo que espero conseguir, *Catorce*.

Boris se achicó ante la demoledora mirada de aquel hombre, que apenas pestañeó. En aquel momento comprendió que lo juzgó mal, aunque no pudo evitar preguntarse si tal arrebató de lucidez tuvo que ver con lo que le inyectó en Diploma.

Prefirió esperar un poco antes de preguntarle si recordaba algo nuevo.

–No –murmuró Olaf pestañeando–, no, nada nuevo.

Pese a su visible cansancio en los veinte minutos siguientes ninguna queja más salió del anciano, hasta que sus pies tocaron la arenosa playa que albergaba el muelle.

–Vaya, un buen buque –comentó Boris acercándose al barco–, tenía uno parecido en mi apartamento de Alix. Pequeñito, claro –dijo indicando el tamaño con las manos y una exagerada sonrisa.

Olaf no contestó, se limitó a contemplar la cosa flotante más grande que había visto en su vida. De la vegetación adyacente a la playa salió un grupo de hombres que pasaron inadvertidos.

Afortunadamente, Keith y los suyos.

–Qué rapidez –le dijo Keith a Olaf palmeándole el brazo bueno.

–Edgar no me retuvo demasiado y además conté con caballo. Traigo conmigo a Boris de Alix, o al menos uno de ellos, ya me entiendes... le han desterrado y abandonado aquí. ¿Te lo puedes creer? Creo que prefiere que le llamemos Catorce. Puede sernos útil.

–¿Y sabe dónde está Enea?

–No –mintió el general, pues no era momento de pelea y no había nada que pudiera hacerse al respecto. Eso no impidió que Keith le lanzara a Boris una mirada poco amistosa antes de continuar.

–La situación es la siguiente: la nave está vacía, yo diría que sus ocupantes aún deben estar campando por Armantia. Si quieres usarla debemos darnos prisa, podrían volver en cualquier momento. Por si acaso déjé algunos hombres atrás, subidos a los árboles para que nos avisen de su regreso.

Olaf asintió mirando el barco.

–Perfecto. Simplemente perfecto.

–Sólo tenemos un problema, y es que... en fin... no vemos remos a la vista... y no se nos ocurre otra forma de llevarlo.

–¿Estáis de broma? –dijo Boris–. ¿No sabéis lo que es una vela? Esos trapos que cuelgan arriba no están de decoración.

Nadie dijo nada.

–¿Sabes llevarlo? –le dijo al fin Olaf.

Boris miró al barco nuevamente.

–¿Por qué no? Entre mis maquetas y mis novelas de *Patrick O' Brian* creo que es suficiente para llegar allí. En serio, sólo espero que a bordo tengan el suficiente material para orientarnos. Si no sabemos en qué dirección está Gemini, movernos no servirá de nada.

–No se hable más, examinemos la nave.

Subieron a la cubierta por las cuerdas tendidas al efecto, aunque Boris necesitó ayuda.

–No está mal –dijo este casi sin resuello, contemplando la parte superior del barco–, no está nada mal. Vayamos allí, al frente, el camarote del capitán debería ser ese.

Keith hizo un gesto a sus hombres para que vigilaran la playa desde allí y junto a Olaf se dirigió hasta el lugar indicado, tras los pasos de Boris. Una vez dentro el general advirtió el cambio de cara de Boris al mirar una mesa próxima. Este se acercó rápidamente, sus ojos fijos en una suerte de mapas de extraño aspecto que la desbordaban.

–Qué hijos de puta... –murmuró.

–¿Qué ocurre? –inquirió Olaf.

Pero no respondió. Miró rápidamente hacia arriba, casi involuntariamente, para seguir examinando mapa tras mapa.

–¿Podremos orientarnos? –probó de nuevo Olaf.

–¿Con esto? Naturalmente que sí Berz... Bersi. Lo sabía, ese cabrón era un infiltrado de la *Erre Hache*. ¡Lo sabía! Y consiguió que me echaran... ¿No te das cuenta? –dijo alzando la voz y mirando a Olaf con cara de loco–, los gemineanos contaban con fotos de Armantia y Gemini tomadas desde la *Oberón*... sólo él pudo dárselas. Sí, es verdad, no me entendéis, pero... ¡Demonios! Eso tal vez signifique que la *Erre Hache* se haga también con la Marla que me llevé... –le dio un puñetazo a la mesa–. ¡Me lo olía! Y él sabía que sospechaba... hizo que me expulsaran... maldito hijo de...

–Espera, para... ¿Sabes entonces dónde está Gemini?

–¿Qué si lo sé? –dijo volviendo a la realidad. Volvió a mirar a la mesa nervioso, cogiendo un objeto cercano a uno de los mapas – ¿Sabes qué es esto? Una brújula, siempre marca el norte, con lo que... –echó un nuevo vistazo a los mapas– Gemini está en aquella dirección –concluyó señalando a la pared–. Bien, por aquí deben guardar provisiones, buscadlas. Si encontráis, nada nos impide zarpar ahora mismo. Tendríamos que empezar a...

Todos miraban mudos a un Boris que no paraba de hablar y gesticular, hasta que se volvió hacia ellos.

–¿Qué hacéis ahí parados?

Olaf y Keith se miraron, y el primero asintió con la cabeza.

–Buscad –ordenó Keith a sus hombres.

Un grito del exterior les interrumpió.

–¡Vuelven! ¡Los invasores vuelven a por el barco!

–Con el tiempo que tenemos para salir sería demasiado arriesgado –les dijo Boris.

El general y el espía hervinés se volvieron a mirar instantáneamente.

–No hay otra manera –dijo Keith con una sonrisa carente de alegría.

–Lo sé –respondió el general.

–Te dejaré cuatro de mis hombres para que os acompañen y ayuden –dicho esto se acercó y le agarró por los hombros–. Debes ser el único armantino con esperanza ahora mismo. Espero que consigas todo lo que vas a buscar a esas tierras. Suerte, amigo.

–Tú también. Te prometo que volveré.

–No lo dudo –dijo Keith con su eterna sonrisa, dándose la vuelta–, vosotros quedaos con ellos. Los demás, nos vamos.

–Señor Taylor –objetó uno de los excluidos dirigiéndose a Keith en voz baja–, mirad a Peter, está aterrorizado, nunca ha estado en la mar. En cambio yo he pescado con mi padre por estas costas.

–De acuerdo, quédate con ellos... ¡Peter, te vienes con nosotros! ¡A la playa todos! ¡Ahora!

Boris se dispuso rápidamente a dar instrucciones a los cuatro hervineses que quedaron a bordo para preparar el barco, mientras Olaf, asomado a la baranda de cubierta, contemplaba a Keith gritando órdenes en la playa. Su voz se confundía con las olas.

–¡Sabemos que los invasores no son indestructibles! ¡Arqueros! ¡Justo después de que disparen estarán indefensos intentando recargar! ¡No pueden llegar a la nave! ¡Esa será nuestra...!

–¡Vamos! –gritaba por su parte Boris en cubierta. El navío comenzó alejarse muy lentamente de la costa, aunque a suficiente velocidad como para que Olaf se viera obligado a agarrarse con fuerza de la impresión.

Mientras el barco se adentraba en el mar todos cuantos estaban en cubierta se dirigieron a la popa para ver lo que ocurría en la costa. Los hervineses se habían replegado a lo largo de la vegetación con la que lindaba la playa, por lo que ya no vieron a nadie.

–¿No es peligroso que esos invasores se queden en Armantia con el armamento del que disponen? –preguntó Olaf.

Boris negó con la cabeza.

–No les durará eternamente, necesitarán municiones.

Lejana y ahogada, resonó una plétora de disparos.

–¿Y Keith –añadió al oírlos–, tiene alguna posibilidad?

Catorce se volvió, dando la espalda a todo lo que en la costa sucedía.

–No pienses en eso.

—**A**sí que esta es ella. ¿De dónde ha sacado esa ropa? —dijo un Boris de tantos, mirando a Enea con desconfianza.

—Del apartamento al que llegamos de Armantia —replicó el Boris con quien llegó.

Se encontraba en una gran sala de blanco aséptico e iluminación difusa, en la que podía sentir el movimiento del aire fresco. A su alrededor, varios Boris cuyas edades oscilaban entre los cuarenta y sesenta. Más allá, aparentemente sumidos en sus quehaceres, otras personas —¡caras nuevas!— caminaban en varias direcciones.

—Soy *Be tres*, bienvenida a *Oberón* —dijo el que habló al principio estrechando su mano con una sonrisa forzada. Los demás sin embargo la miraban con una mal disimulada hostilidad—. Nuestro monitor de personal te guiará y te pondrá al día mientras comes algo. Te aclimatará, en definitiva. En fin, ya hablaremos más tarde, mucho queda por hacer. Oh, es aquel hombre —dijo señalando un pasillo—, al fondo.

Ella asintió sin decir nada y se dirigió hacia la persona que la esperaba en el lugar convenido, apoyado en una pared con los brazos cruzados; aún no la había visto. Era un hombre de mediana edad, pelo castaño y leve barba, vistiendo un uniforme similar al de los cirujanos pero en azul oscuro.

Este se acercó a ella con andares enérgicos al verla.

—Tú debes ser Marla Enea ¿Verdad? —dijo estrechando la mano vigorosamente— bienvenida a las instalaciones... oh, eso ya te lo deben haber dicho, naturalmente. Soy el monitor de personal y estoy aquí para ayudarte en lo que pueda. Bien... ¿Qué te parece si comemos algo? Pareces hambrienta... sígueme, te mostraré el comedor.

Apenas pudo abrir la boca, siguiéndole sin rechistar.

—El comedor no está muy lejos de los dormitorios. A decir verdad... No, es por aquí... A decir verdad debería haberte llevado al dormitorio primero, pero me dijeron que ya estarías descansada al llegar, no así saciada.

—Y es cierto —dijo al fin—, no he comido nada desde que estuve en... en...

—Sé dónde estuviste... Ah, es aquí —dijo cuando entraron en un gran salón que compartía el blanco inmaculado del resto de lugares.

Todo era curvo, sin detalles ni tramas aparentes, de aspecto lechoso, como en un sueño... aquella sala en particular tenía largas mesas y bancos del mismo aspecto, sin vislumbrarse encajes en el suelo como si todo estuviera fundido. Muchos asientos estaban ocupados por gente con un uniforme como el del monitor pero en gris y el sonido ambiente era ciertamente el de un restaurante en hora punta: el murmullo animado de

sus clientes.

–Nos podemos sentar aquí –dijo su parlanchín guía señalando la esquina de una de las mesas. Procedieron situándose uno delante del otro. Él, por su parte, se sirvió de uno de los botes que estaban sobre la mesa.

–¿Qué batido quieres?

–El proteínico.

–Aquí tienes. Así que desde Armantia...

Sorbiendo de la pajita que salía de su batido, Enea mantuvo su silencio, y a medida que este se prolongaba la cara del monitor, quién aún aguardaba respuesta, se volvió algo más seria mientras asentía lentamente.

–Imagino que ahora no debes morirte de ganas de entablar conversación con un desconocido.

Aquello le recordó un detalle.

–Aún no me has dicho tu nombre –dijo ella en el tono más normal que pudo.

–¡Ah! –exclamó él llevándose una mano a la frente– qué idiota soy, es verdad. Soy Miguel, Miguel Hamilton. ¿Ocurre algo? –dijo sosteniendo su ofrecida mano en el aire al percibir su expresión tras oír el nombre.

Ella dejó de nuevo el bote en la mesa, la cual miraba mientras entrelazaba sus manos.

–No... En fin, en realidad sí... Es que...

Todavía no.

–Tan sólo me preguntaba –continuó–, por el porqué del frío recibimiento de los Boris. Me dio la impresión de que no les hizo mucha gracia mi presencia.

–A algunos no se la haces, desde luego. Es un tema delicado, recuerda que tu compañera nos ha atacado. Y, a fin de cuentas, tú eres su doble.

–Si tan poco bienvenida soy... ¿Qué hago aquí?

–Eso te lo tendrán que decir los Boris.

–¿Y por qué hay unos más viejos que otros?

Una artificial sonrisa de Miguel le bastó para darse cuenta de que era otra pregunta comprometida que sólo podría ser respondida por quienes ya sabía.

–Pero no me fío de ellos –dijo Enea en un repentino arrebato de sinceridad, pues no pensaba decirlo. Miguel volvió a sonreír forzosamente.

–Y no te culpo. Yo tampoco llegué aquí, sin más.

–Dígame, señor Hamilton...

–Oh, por favor, por favor, ahora trabajamos juntos y no soy tu superior, llámame Miguel.

–De acuerdo, Miguel... tú... ¿Has estado en Armantia alguna vez?

–No, sólo en nuestra Tierra y aquí.

Ahora.

–Hmm –murmuró ella mostrándose deliberadamente sorprendida.

–¿Por qué lo has preguntado? –inquirió mirándola fijamente.

–Eso te lo tendrán que decir los Boris –replicó tranquilamente.

–Me has preguntado si he estado en Armantia –insistió él suspicaz en un tono que hizo trizas su efímera pose diplomática–. ¿Acaso me has visto allí? No te hagas la interesante.

–No soy quien debería decírtelo.

–¿Quieres decir que ellos lo saben?

Enea asintió.

–*Pero no me fío de ellos* –concluyó imitándola con una sonrisa triste, viendo a dónde quería ir a parar.

También lo hizo Enea, alzando ambas cejas.

–Así que –dijo ella–, tal vez podamos fiarnos de nosotros mismos y dejarnos de secretitos... ¿No te parece?

Miguel lanzó una disimulada mirada a su alrededor antes de continuar.

–De acuerdo –dijo bajando un poco el tono de voz– pero tendrás que empezar tú, y espero que valga la pena.

Enea le contó lo que sabía por Marla, acerca del extraño que llegó con los invasores, y que le dio el mapa de Diploma antes de morir. Su nombre, Miguel Hamilton. Más tarde, Boris confesó haberle enviado.

–¿El Boris que te sacó de Armantia?

–El mismo.

–*Be catorce...* me dijo que nunca haría algo así. En cualquier caso ya lo han echado por hacer cosas a nuestras espaldas. Maldito hijo de...

Con gusto hubiera terminado la frase, pero se interrumpió al cambiar a rojo la iluminación ambiental.

–La alarma silenciosa –dijo Miguel mirando a su alrededor–, creo que será mejor que nos movamos. Ven...

Otro recorrido de pasillos blanquecinos –rojizos esta vez por la alarma– se vio constantemente obstaculizado por el movimiento de personas que acudían a sus puestos siguiendo el protocolo. Mientras reparaba en que aún no había visto nada parecido a una ventana por ninguna parte, se topó con la sala más alta de las que había visto.

Diversas hololáminas translúcidas recorrieron la abovedada sala, distinguiéndose en ellas todo tipo de gráficos y algunas fotos. Iban y venían, descendían y se elevaban como alfombras voladoras, y el epicentro de todo aquel movimiento estaba en una esquina en la que varios Boris evaluaban la información. Gesticulaban inquietos.

–¡Lo confirmo! –gritó uno– ¡Sondas *Von Neumann* de la Red de la Humanidad!

Se oyeron muchas quejas y maldiciones.

–¿Cuántas hay ya? –dijo otro.

–Trece, y el ritmo de reproducción parece ser de una por hora. Estamos a tiempo, de momento sólo se están replicando las primeras. Tal y como se organizan da la impresión de que nos estén cercando pero creo que aún no nos han visto. Deberíamos poner la estación en modo discreto. ¡Desactivad los rotadores, ahora!

–¿Estación, rotadores? –dijo Enea desorientada mirando a su compañero–. ¿A dónde carajo me habéis traído?

–Agárrate a la baran...

Pero su guía no llegó a terminar la frase. Sintió de forma repentina una caída al vacío mientras se le elevaba el estómago, asiéndose a la barandilla que agarraba Miguel como si le fuera la vida en ello, para finalmente caer en la cuenta, con estupor, de que no caía a ningún sitio.

Flotaba.

Se asió aún más a la barandilla, confusa y mareada.

–¿Nunca has estado en gravedad cero? –preguntó Miguel.

En respuesta Enea comenzó a tener arcadas.

–Supongo que no –añadió agarrándola de forma que no se ahogara si vomitase ni girara de forma descontrolada, según el procedimiento estándar. Uno de los Boris, al verles, se enfadó.

–¡Sacadla de aquí, lo va a poner todo perdido! ¿Quién la ha traído?

–Ya voy, ya voy... –respondió Miguel mientras se impulsaba con ella desde la barandilla hacia el exterior de la sala. La llevó a otra más pequeña con una ventilación mucho más generosa.

–¿Mejor?

Enea resolló con dificultad.

–Más o menos... ¿Quieres aclararme ahora exactamente dónde estamos? Me dijeron que estaríamos cerca de Armantia.

–La cercanía es relativa... mejor que lo veas con tus propios ojos.

Dibujó con el dedo en la pared un cuadrado de aproximadamente un metro de lado a lado, dejando una silueta oscura a su paso como si fuera un lápiz. Después, con un pequeño impulso se retiró a su lado mirando al cuadrado. Tras unos instantes, la sala se oscureció salvo el rectángulo marcado, que pasó a ser de un azul luminoso.

Miguel la acercó hacia el recuadro y entonces comprendió el porqué del azul.

El recuadro era la ventana a un mundo que en un principio imaginó la Tierra. Pronto captó las diferencias con su planeta natal, al menos como lo conocía; prácticamente no veía continentes, sólo terrenos ampliamente fragmentados, unos más grandes que otros. Un enorme, complejo y numeroso archipiélago.

Enea preguntó si allí abajo se encontraba Armantia y la respuesta fue afirmativa, aunque en aquel momento no se veía pues se encontraba al otro lado, en plena nocturnidad. Aquello lo cambió todo. Miguel le explicó que la mayoría de las islas estaban habitadas por colonias individuales, y Gemini, al nordeste de Armantia fue quien comenzó su invasión.

¿Pero de dónde... qué objetivo... por qué...? Era tanto lo que no sabía... supo por su guía que todas las colonias tenían el mismo objetivo que Armantia, pero distinto origen. Cada colonia venía de un espectro multiversal con un desarrollo distinto de la historia de la humanidad, una *humanización* distinta de Tierras derivadas lo suficientemente parecidas como para que un día, huyendo de distintos conflictos relacionados con la capacidad de viajar por el multiverso, se reunieran alrededor de aquel mundo e inocularan en cada isla su propio pasado, que en el caso de Armantia era el modelo de historia que Miguel y ella compartían.

–Sí, eso lo entiendo –dijo Enea recuperando su respiración habitual– ¿Pero cómo es posible que no las previnieran de luchar entre sí? Era obvio que se pelearían.

–Ahí entraron los vigilantes de cada colonia, que se encargaron de evitar cualquier intento de exploración del exterior, velar por la supervivencia de...

–Ya sé lo que hacen los vigilantes –cortó–, pero no han impedido que los gemineanos campen a sus anchas por Armantia sin dejar vida a su paso.

–Y ahí entraría la *Erre Hache* –añadió con un tono más grave.

–¿La *Red de la Humanidad*? ¿Tiene acceso a este mundo? Oh, no...

–Eso me temo. Con este universo están empezando a asomar la patita al caos. Qué mejor que empezar por el lugar que alberga a sus opositores...

–No lo entiendo... ¿Por qué tienen que hacerlo a través de los habitantes locales, usando por ejemplo a los gemineanos? ¿No pueden venir aquí en masa como han hecho en nuestros mundos?

Miguel puso cara de circunstancia.

–Esa es la parte más delicada de todo el tema y que te debieran explicar los Boris.

–Soy todo oídos –dijo ella como si no hubiera oído la última parte.

Miguel asintió haciendo una mueca, recordando su acuerdo y pensando en cómo decirlo. Le contó lo que ocurría con los viajes entre espectros diferentes de universo. La gente envejecía, él mismo era un poco más viejo. B1 y las Marlas que enviaron a Armantia no lo hicieron por alguna novedad en el proceso del viaje que B1 se llevó a la tumba.

–Es por eso que no se ha producido una invasión masiva desde el exterior –concluyó–, y es también por ello que los Boris tenían mucho interés en traeros aquí. Lamentablemente la *Erre Hache* parece que se ha hecho con tu compañera y eso ha generado muchísima preocupación.

–¿Por qué, qué teméis que haga?

Según le contó Miguel, el miedo no surgía de lo que hiciera Marla, sino de lo que hicieran con ella.

–Si lo consiguieran... –continuó– si la *Erre Hache* replicara lo que os hace especial...

La frase quedó en el aire, pero Enea no necesitó mucho tiempo para terminarla.

–Se dedicarían a captar infinidad de Marlas para crear hordas de nosotras que invadan Terra Nueva, y con ella a Armantia –concluyó–. Invadirán, interrogarán, ejecutarán. Debí convencerla de que viniera conmigo cuando tuve ocasión...

Le contó su encuentro con Marla antes de llegar a la estación, relato que dejó a Miguel meditabundo.

–¿No te contó en qué trabajaba? –dijo al fin.

–Dio a entender que estaba tras los últimos sabotajes que habéis sufrido.

–Cierto, cierto. ¿Ya estás mejor?

–Empiezo a acostumbrarme... ¡Eh!

Cayó lenta y suavemente al suelo como si bajo el agua expulsara el aire de sus pulmones.

–Están reactivando los rotadores, ahora quédate sentada hasta que volvamos a una *ge*, será un par de minutos. Es gradual, por seguridad.

Ella asintió, aspirando profundamente. La sensación de volver a notar el peso de sus entrañas era bastante desagradable y tuvo la estresante impresión de que el aumento de gravedad no pararía y terminaría espachurrada en el suelo.

–Ya podemos levantarnos.

–No recordaba que pesara tanto –dijo ella incorporándose con piernas temblorosas.

–Suele pasar la primera vez –sonrió Miguel–, en fin, creo que ya he terminado mi trabajo. Ahora debes hablar con el consejo.

–Imagino quiénes lo forman.

–Piensa mal y acertarás. Procura no ponerte nerviosa, ya te puedes imaginar que no debes hablarles sobre todo lo que te he dicho de ellos o de lo que os hace especiales. Te he hablado de la *Erre Hache*, la estación, Terra Nueva y punto. Sígueme.

Volvieron a la sala abovedada donde desactivaron los rotadores, pero reinaba en aquel momento un silencio sepulcral; los Boris –contó nueve– estaban en ese momento sentados en fila frente a la entrada, apoyados en una mesa blanquecina fundida con el suelo que no recordaba haber visto allí. Entre ambos y los

Boris existía otro *recuadro-ventana* en el suelo, mostrando una porción de Terra Nueva.

Miguel se retiró y uno de los Boris alzó una mano.

–Acércate –dijo señalando al recuadro virtual que existía entre ellos.

Ella se aproximó lentamente hasta estar justo encima de la ventana, donde notó con vértigo el movimiento del planeta bajo sus pies.

El Boris que estaba en medio tomó la palabra.

–Primeramente queremos darte de nuevo la bienvenida. Tal vez la reacción de alguno de nosotros fue un poco brusca cuando llegaste pero sin duda ya debes saber porqué estamos en alerta. Tu compañera anda tras nosotros y tú eres su doble.

–*Be catorce* ya debe haberos contado que no somos tan...

El orador alzaba la mano asintiendo.

–Lo sabemos, lo sabemos. No te estamos acusando de nada, ya no. En estos momentos tal vez te estés preguntando... ¿Y ahora qué? Aceptaste entrar en esta organización y aun no sabes cuál va a ser tu papel en ella.

–No muy distinto del que tenía en Alix, supongo.

–Así es. Te seré franco, en esta estación ya tenemos bastante trabajo destruyendo cada sonda automática que envía la *Red de la Humanidad* a este universo para eliminarnos. Pero ahora mismo la acción se está desarrollando ahí abajo y apenas tenemos gente preparada para esos menesteres. Viajar de vuelta a nuestro universo original para captar personal se ha convertido en un lujo demasiado caro...

Enea supo leer entre líneas.

–Pero que quieras volver a Armantia facilita las cosas –continuó el que estaba a la derecha del todo–; es nuestra única parcela en este planeta, y queremos salvarla.

–¿Me destinaréis allí? –dijo visiblemente más animada. Las expresiones que siguieron a su pregunta acabaron con sus esperanzas.

–Lo estarás –volvió a tomar la palabra el del centro– pero las actuales circunstancias nos exigen fijar nuestra vista en Gemini. Sí, la colonia de los invasores. Hemos evitado intervenir hasta ahora, pues se trata de una *humanización* diferente a la nuestra, y si seguimos el plan original de los precursores, no deberíamos mezclarnos.

–Evidentemente –dijo el que estaba al extremo izquierdo–, ese asepsismo fue dinamitado con la invasión de Armantia por los gemineanos. Nos consta que la *Erre Hache* está detrás; infiltraron a alguien allí y les azuzó para la invasión.

–Lo que queremos –continuó el de en medio– es que reviertas el efecto. Anular al contacto de la *Erre Hache* y borrar del mapa las pretensiones de invasión antes de que Armantia quede completamente destruida.

–¿Y cómo esperan que yo sola haga todo eso?

–Si el contacto de la *Erre Hache* se valió por sí mismo para originar la invasión, tú también podrás. Una vez allí ya averiguarás la manera. Tu compañera evitó algún que otro conflicto en Armantia mientras estuvo allí por lo que tenemos entendido.

Vosotros no estuvisteis allí.

–De todos modos –continuó–, no estarás sola. El señor Hamilton te acompañará. Haréis buena pareja. ¿Alguna pregunta?

–Creo que no –dijo ella con poco entusiasmo.

–De acuerdo, saldréis en cuatro horas, no se hable más. ¡Hamilton!

Miguel reapareció en la entrada.

–Iros preparando.

Cuando salieron de la sala los Boris se susurraron entre ellos con escasa discreción. Uno de ellos parecía en desacuerdo con lo hablado, *no creo que la actual Armantia merezca la pena*, le escuchó decir.

–¿Qué tal fue? –dijo Miguel mientras caminaban.

–No hablamos gran cosa. Dime... ¿En qué descenderemos sobre Gemini?

–¿Descender? ¿Quién hablo de descender?

–¿Tenéis aquí vuestra propia sala de tránsito? –dijo Enea asombrada.

–¿Como lo que teníais en Alix? No, usamos una *unidad*, tenemos varias. Por aquí...

Llegaron a otra sala idéntica a las demás, vacía salvo por varios asientos. A Enea se le hacía imposible recordar caminos en aquel entorno.

–Toma asiento –dijo Miguel–, aquí esperaremos a que traigan la *unidad*, ahora deben estar programando las coordenadas.

Durante ese tiempo se limitó a hablar sobre trivialidades de la estación, su relato de cómo llegó, la vida que allí llevaba... Finalmente llegó uno de los Boris portando un cubo metálico.

–Esto ya está listo, señores –dijo al entrar.

–¿Dónde nos va a dejar? –dijeron casi al unísono Miguel y Enea, levantándose al verle.

–En una zona aparentemente despejada, a varios kilómetros de lo que parece un núcleo urbano, según las fotos aéreas. Pero vayamos al grano, la *unidad* no es difícil de usar...

–Espera, espera... –dijo Enea gesticulando con las manos– ¿Aparentemente? ¿Según? ¿Nos van a soltar a la buenaventura, sin más? ¿Sin información, sin atuendos, sin referencias, sin nada de nada?

Aún seguía vestida con la ropa que cogió del apartamento.

Boris, por su parte, la miró con una espesa ceja alzada.

–*Señorita* –dijo en un tono que la envaró–, esto no es Alix, supongo que se ha dado cuenta. Así que lamento que no disponga de su monitor de época. Os estamos ofreciendo lo más seguro que tenemos por ahora, y si no le gusta, no haberse ofrecido.

–¿No haberme ofrecido?! Esto es... encima que... –balbuceó Enea indignada comenzando a alterarse. Miguel interrumpió para que no fuera a más.

–¿Podremos comunicarnos de algún modo con la estación?

–No –dijo Boris de forma tajante–, por seguridad preferimos no saber nada de ustedes.

–Claro, ni siquiera hay confianza entre ellos mismos, como para tenerla con nosotros... –dijo Enea dando vueltas por la sala con las manos en la cintura.

–¿Volveremos con la propia *unidad*? –interrumpió Miguel, intentando callarla también con la mirada.

–No. Está programada para un sólo uso. Una vez allí se autodestruirá. No es seguro que portéis un objeto de estas características, y menos si hay gente de la *Red de la Humanidad* en Gemini, pues tendrían un atajo directo a la estación. De vuestro regreso ya nos ocuparemos nosotros en cuanto percibamos cambios favorables en la situación, presumiblemente producidos por vuestras acciones.

–O lo que es lo mismo –continuó ella sarcástica–, haced bien el trabajo o ahí os pudráis.

–Lo único que os podemos dar –dijo Boris ignorándola– es una tableta de nutrientes deshidratados a

cada uno, guardadlas en los bolsillos. Nada más tengo que deciros, sólo un breve recordatorio. Haced que salgan de Armantia las tropas gemineanas y quitadles de la cabeza la invasión. Nos da igual lo que hagáis y cómo lo hagáis, nuestra prioridad es Armantia, no Gemini. Aquí tenéis la *unidad*, tocadla ambos y luego presionad la parte inferior. Tiradla en cuanto lleguéis allí, ella misma se destruirá.

Le dejó el cubo metálico a Miguel, para luego alejarse hasta situarse en la entrada a la sala.

–Podéis proceder.

Enea tocó la parte superior del cubo, y con el pulgar presionó la inferior, acordando con Miguel el instante usando la mirada. Sólo Boris oyó la implosión.

Un silencio inquietante fue lo único que les recibió allí, aparte de una pequeña explanada árida que reflejaba débilmente la azulada luz de un astro ya menguante.

–Qué silencio –dijo Miguel para luego murmurar de asombro al ver el gran arco azulado en el cielo que se comía las estrellas.

–En aquella dirección –dijo Enea centrándose en el asunto que se traían entre manos. Caminaron sin decir palabra unos minutos hasta apreciar a lo lejos la ciudad esperada. Centrándose en las diferencias con lo que recordaba de distintos lugares de Armantia no descubrió gran cosa a simple vista salvo mucha más piedra que madera y estilos más orientales.

–Espero que el sonido de nuestra llegada no haya alertado a nadie –dijo su compañero.

Continuaron en dirección a la ciudad con sigilo, pero Enea no pudo evitar preguntarle si sabía algo más que ella sobre aquella Luna.

–Yo no –respondió mirando hacia el cielo–, aunque ellos sí. Siempre procuran no hablar del tema, pero por la forma en que lo evaden, estoy seguro de que hay algo allí. Planean varias cosas que no me han contado, el otro día me pareció oírles hablar sobre *cepas* de algo. Y sobre todo un secreto que guardan con celo, de nombre en clave *Ishtar*, como el dios gemineano, que usan en términos de contacto y negociación. Sospecho que se trata de una organización o algo así, pero no sueltan prenda.

Tuvo la impresión de que a Miguel no saber lo que tramaban los Boris le irritaba de un modo especial, en particular lo de *Ishtar*, como si tuviera su propia cruzada personal al respecto. Estaba segura de que él también ocultaba algo.

–¡Quién anda ahí! –oyeron ambos entre la espesura.

–Viene de allí –dijo Miguel en voz baja señalando a lo lejos.

Enea miró en esa dirección, sin ver nada.

–No veo...

–Lo siento, chica.

Recibió un violento golpe en la mejilla desde la dirección en la que estaba su compañero. Tuvo la sensación de caer al suelo a cámara lenta, llegando a discernir a Miguel perdiéndose rápidamente en la penumbra antes de que la negrura lo llenara todo.

A Boris le brillaban los ojos cuando gritaba que subieran tal o cual vela, gesticulaba frustrado mientras les hablaba de términos navales que no conocían y nadie se quejó por orgullo... su actitud era otra, pero en ocasiones, cuando creía que nadie le veía, Olaf percibió en sus facciones una leve sonrisa, casi infantil, como si desde niño siempre hubiera querido hacer aquello.

Ellos no compartían su alegría, pues un suelo tan poco firme no estaba entre sus experiencias. Cada vaivén del buque era un completo martirio. Los cuatro hervineses asignados por Keith lo llevaron mucho peor que Olaf el primer día. Cuando se aproximaba el ocaso, este se revolvió en la litera y llegó a la conclusión de que lo que necesitaba era aire fresco. Preguntó a sus compañeros, pero los gemidos de estos le dieron a entender que preferían seguir en cama.

Torpe y mareado, fue recibido únicamente por la salada brisa marina y el leve retumbar de la quilla de la nave chocando contra las olas. En un extremo encontró a Boris, quien parecía petrificado, con ambas manos sobre el timón sin apenas moverlo y los ojos entrecerrados fijos en el cada vez más anaranjado horizonte.

Decidió no decir nada cuando se colocó a su lado a mirar en la misma dirección, pues B14 aparentaba estar en alguna clase de ensueño y no quería perturbarle. De hecho, no reparó en el general hasta pasados unos minutos.

–¿No duermes? –dijo sin soltar el timón.

–Necesitaba tomar el aire.

Boris sonrió, volviendo a dirigir su mirada al horizonte.

–No estáis acostumbrados a esto.

–Nunca navegué –admitió Olaf–. Y en Armantia... sólo tuvimos pequeñas balsas para pescar, y siempre cerca de la orilla.

–Vamos... ¿Me vas a decir que nunca os picó la curiosidad?

Olaf se encogió de hombros.

–Un par de expediciones llegaron a salir, con bastante polémica política por cierto, pero nunca volvieron. Por lo demás, los vigilantes siempre lo impidieron. Fue su deber que no descubriéramos otras tierras.

–¿Los conoces? A los vigilantes.

–Mi padre fue uno.

Nuevamente Boris centró su mirada en el mar, para luego volverse hacia el general sin perder la sonrisa.

–Y sin embargo su hijo dirige ahora una expedición a una colonia vecina.

Olaf no pudo evitar sonreír también.

–Tengo las ideas más claras.

Lo dijo con una seguridad que ni Boris cuestionó, se notaba que el clima de enemistad que solía flotar entre ellos terminaba de diluirse. Comenzaban a tratarse como iguales.

–Olaf... hay algo que deberías saber de tu Marla... por si nos la encontráramos en Gemini.

–¿Qué?

–Puede que ya no sea la que conociste. Oh, bueno, es la misma –quiso aclarar riendo nerviosamente, al considerar el asunto de los dobles–, pero no creo que esté en el mismo bando que tú.

Para sorpresa del anciano Olaf cogió aire para responder, pero se limitó a contemplar también el horizonte, sumido en sus pensamientos.

–Tal vez tampoco se encuentre con el mismo Olaf que conoció –replicó al cabo de varios minutos, cuando Boris ya había perdido el hilo. Pero esa respuesta recuperó poderosamente su atención.

–¿Crees que empieza a hacer efecto?

Olaf dudó.

–O simplemente he tenido tiempo para pensar. No lo sé.

Tras otro rato en silencio el sol ya era invisible y las primeras estrellas luchaban con el arco azul que partía el cielo en su particular batalla por minar el firmamento.

–Es una canallada –dijo Boris.

–¿El qué?

–Esto –dijo moviendo la cabeza señalando al mar–. Que os lo quitaran. El mar, la exploración... la curiosidad.

–A ella le encantaba el mar. Le encanta, quiero decir. Nos quitasteis muchas cosas –añadió con tono de reproche.

–Te refieres a los vigilantes, no a los Boris –replicó riendo–. Aunque supongo que ellos también tienen su parte de culpa.

–Hablas de *ellos* en tercera persona –observó Olaf.

Boris le miró asintiendo.

–No creas que somos todos una secta de clones que trata de hacerse con el control del universo, o tal vez debería decir del multiverso. Al contrario de lo que puedas pensar no somos iguales. Incluso los que lo somos actuamos de forma diferente según las circunstancias. Me llevé un Nobel ¿Sabes? Un distinguido premio de ciencias, de sabiduría. El tipo más joven que se llevó uno jamás; fui un prometedor físico del departamento de investigación cuántica de Alix. Lo iban a llamar *Alix A* pero me raptaron antes de que el nombre se hiciera efectivo.

–¿Te raptaron? ¿Quiénes?

Boris le miró con una mueca divertida y Olaf se echó a reír. ¿Quiénes iban a ser?

–*Esta es la situación*, me comentaron. *Desde tu mismo punto de partida, todos nosotros creamos una tecnología para Alix que derivaría en un caos de poder sin control y que pasaría por manos de cualquiera. Por tanto, eres tan cabronazo como nosotros aunque técnicamente aún no lo seas, así que nos ayudarás a arreglar en lo posible parte del estropicio.* Así nos captaban. Y yo me lo creí.

–¿Acaso no era cierto?

Boris negó con la cabeza, resoplando.

–No es tan sencillo, jovencito; subsiste el hecho de que aún no había hecho nada de eso. No me vale que, dado que soy al fin y al cabo otro Boris fuera a repetir todo aquello que decían. Aún tenía un margen de cambio entre el momento en que me captaron y las perrerías que hubiera hecho para Alix según ellos, todavía podía separarme de esa vía. En aquel momento estaba demasiado abrumado y no lo consideré, pero luego lo vi.

–¿Que no eres igual que ellos?

–¡No lo sé! Tal vez sí que lo soy, pero bastó aquel *reclutamiento* forzado para separarme cada vez más de ellos. Rechacé su infame grupo y trabajé más por mi cuenta. Por eso he acabado aquí y por eso hablo en tercera persona de *ellos*.

Olaf quiso deshacerse de una duda que llevaba tiempo carcomiéndole, ahora que tenían más confianza.

–Cuando entramos en el barco y encontraste los mapas de Gemini escupiste que alguien te traicionó.

Boris suspiró largamente como si le resultara un desafío explicarle a él aquello. Al parecer, en la *Oberón* los Boris estaban sobradamente enterados de la invasión gemineana. Descubrieron *Diploma* al tomar imágenes desde la órbita, delatando el lugar uno de los filtros. Sus compañeros querían saber más sobre los precursores y Catorce pensó que en ellos podría residir la clave para resolver el conflicto Armantia–Gemini, pues conocía la leyenda armantina sobre el mítico lugar.

Así, con el beneplácito de los demás captó a alguien de su universo original para enviarlo a Armantia, a ayudar. Se trataba de Miguel Hamilton, pero no el que Olaf vio morir junto a Marla. Su comportamiento era demasiado confiado y en algún momento tuvo la impresión de que Miguel estaba esperándole, por lo que Catorce temió que la RH se hubiera adelantado, convirtiéndole en agente doble. Aquello motivó que clandestinamente Catorce se metiera en otro universo idéntico al que usó para fichar a Miguel, captando a un nuevo ejemplar de su persona, justo el Miguel que entregó el mapa de Diploma a Marla. Sacrificó varios años más de su vida para ello al viajar de nuevo entre dos universos tan diferentes, pero si B1 confió en Marla, él también.

Gracias a Olaf, Catorce supo que ese segundo Miguel llegó y cumplió, pero moribundo. Por ello, y de forma nuevamente encubierta, intentó llevarse a la prometida del general para evitar que la RH la raptara con el soplo del primer Miguel, ya con ellos en la *Oberón*, sobre su situación exacta. En el proceso envejeció más si cabía. Pero se llevó por error a la otra Marla –Enea–, lo que fue igualmente un acierto. Lamentablemente, y tal vez por lo que la propia Enea le contó, el primer Miguel, el que le inspiró dudas, resultó ser el infiltrado que parecía y le contó a los demás Boris todo lo que Catorce hizo a sus espaldas, y estos le desterraron en Armantia.

–Pero ahora soy libre –continuó–, y aunque en su momento pudiera ser como ellos sé que ya no lo soy ni lo quiero ser. Tengo muy claro lo que quiero hacer en lo que me queda de vejez. *Por eso* –dijo en un tono particular que rememoraba una conversación anterior–, es por lo que os estoy ayudando.

Olaf asintió en silencio. El frío húmedo empezaba a calarle hondo, por lo que decidió volver. Se lo dijo a Boris, quien murmuró una despedida mientras el imán marino atrajo de nuevo su mirada. Con muchas cosas en la cabeza retornó al camarote de la tripulación, que encontró vacío. Extrañado, regresó a la cubierta, y en busca de sus compañeros hervineses se dirigió al extremo del navío opuesto al que estaba Boris.

Sin embargo, antes de llegar escuchó un chapoteo ahogado por el sonido del mar. Al doblar la esquina vio a uno de ellos asomando la cabeza por la borda, mirando hacia abajo.

–¿También lo has oído? –dijo Olaf en voz alta.

El hervinés se volvió, con un cuchillo ensangrentado en su mano derecha y una mirada, no obstante, serena.

–¡Tú! Aún estas a tiempo, Olaf –dijo.

¡Los ha tirado al mar! ¡A los tres!

–¿De qué hablas? –dijo Olaf con sus sentidos en alerta y echando de menos el tacto de su espada de acero dulicense.

–Sigues a tiempo de conseguir que este navío regrese y honrar así a tu padre. No nos podemos mezclar con extranjeros bajo ningún concepto, y lo sabes.

¡Vaya, un vigilante! ¡Aún quedan!

Entonces recordó... se trataba del soldado que insistió a Keith quedarse a bordo antes de partir.

–La mescolanza de pueblos es inevitable, acuérdate de los que han invadido Armantia –replicó para ganar tiempo.

El hervinés negó con la cabeza.

–Esos ya deben haberse ido, nuestra gente es la que nos debe preocupar. No me obligues a usar la fuerza, tienes las de perder... –dijo señalando con su cuchillo al hombro herido de Olaf.

Este simplemente se le quedó mirando, sin mover un músculo.

–¿Y qué harás tú si nos matas? –replicó el general lentamente con tono neutro, pendiente de la reacción del otro.

–Dado que no sé llevar este barco, intentaré provocar su hundimiento. Sea conmigo dentro.

–Entonces tenemos un problema, porque no pienso...

–¡Quieto!

El grito se produjo detrás de Olaf. Era Boris, quien portaba uno de los rifles de los invasores con el que apuntó al hervinés.

–¡Tira el cuchillo al agua!

Este se quedó paralizado, pues sin duda conoció en la invasión el poder destructor del arma enemiga, y les miró a ambos aún con el cuchillo en la mano, indeciso.

–Habéis firmado la sentencia de muerte de Armantia, y tal vez de todos los lugares más allá de estas aguas. Los planes que se guardan para nuestro pueblo desde la *Historia Oscura* ceden ahora al caos que vais a provocar. Yo, como vigilante, no formaré parte de él. Mi final va a ser más digno que el tuyo, Olaf Bersi. Mi padre sí estaría orgulloso de mí.

Finalmente y cuchillo en mano, se asomó a la baranda y pasó ambas piernas hasta quedarse en la parte exterior de la misma. Boris y Olaf ya sabían lo que pensaba hacer. El hervinés contempló el océano con el horror tomando poco a poco su rostro bañado por la leve luz azul que llovía del cielo; la alta mar es aún más terrorífica de noche para quien se adentra por primera vez. Fría. Inmensa. Oscura...

Temblando, cerró los ojos y se soltó. El chapoteo quedó nuevamente ahogado por el sonido del océano.

–¿Pero qué carajo ha pasado? –preguntó Boris estupefacto, bajando el arma.

Olaf le explicó lo ocurrido.

–¿A los tres? Mierda... espero que no te duela mucho el hombro, porque te necesitaré a pleno rendimiento mañana.

–Cuánta humanidad... ¿Llegamos mañana?

–A lo largo de la primera mitad del día, si mis cálculos son correctos.

Pero Olaf estaba mirando el mar.

–Debe ser terrible morir ahogado en medio de la nada, donde sólo hay agua.

–No es agradable, no –respondió Boris distraído con los ojos en la dirección en la que estaría el hervinés en aquellos momentos–, aunque por lo que me cuentas los otros ya estaban muertos.

–Boris, hay algo que...

–No –interrumpió el viejo volviéndose y alzando el dedo índice–, no, nada de Boris. Jamás vuelvas a llamarme así. Ni Boris, ni Boris de Alix, ni puñetas, renuncio a todo eso.

–¿Entonces cómo te llamo?

–Acepto sugerencias –replicó mirando de nuevo al mar.

Olaf sonrió.

–*Catorce* como hasta ahora estará bien.

–¿Quieres llamarme Catorce? –dijo mirándole con los ojos desorbitados, para luego sacudir la cabeza negativamente, alzando una mano– está bien, está bien. Catorce, sea así. Soy Catorce. Bien, ¿me decías?

–Nada... nada, me vuelvo a dormir.

Confundido y con un incipiente dolor de cabeza, Olaf anduvo de vuelta a su camarote preguntándose por qué no sentía nada por aquellos hombres, por qué habló con el vigilante con aquella despreocupación cuando su vida corría peligro. De dónde salía aquel doloroso aplomo. ¿Acaso no tenía que perder?

Oscuridad. Dolor. ¿Agua? Enea oía de vez en cuando un molesto chapoteo, el único sonido que le impedía regresar a la cálida inconsciencia. No tuvo más remedio que esforzarse por volver en sí. Notaba el metálico sabor de la sangre, la mandíbula dolorida y un terrible dolor de cabeza. Atada, estaba atada y sentada. Escupió, sin abrir aún los ojos.

–La prisionera vuelve en sí, ve avisando al arbitrador –dijo una voz grave.

Aquella frase accionó mil y un mecanismos en su mente, forzándola a entrar en situación. Multiverso, Armantia, Gemini, Miguel, traición. Elevó los párpados como si colgaran de ellos sendos yunques; de algún sitio llegaba la luz diurna. Un hombre más o menos de su edad, vestido de la misma manera que los invasores y con abundantes patillas se apostaba a su lado. Descubrió que la luz provenía de una ventana con cristaleras azules, culpable de sus ojos entrecerrados; esta iluminaba una pequeña sala con un completo amueblado de mármol en el que predominaban las estructuras rectilíneas y un singular naranja oscuro.

–Creo que lamentarás haber despertado –añadió en tono despreocupado, mirándola, apoyado en su rifle.

–Uh... ¿Qué van a hacer conmigo?

El hombre abrió mucho los ojos, como si no creyera lo que acababa de oír. Acto seguido golpeó la otra mejilla con la culata de su arma, dando ella un pequeño grito por la sorpresa.

Enea comprendió que sería prudente permanecer callada.

Volvió a escupir evaluando sus posibilidades. Su silla era ligera y una pata se movía. Sí, un giro adecuado y...

–Eh, tú... –le dijo al guardia.

Este devolvió la mirada con furia, alzando el arma para golpearla de nuevo.

Ni hablar.

Se alzó levemente con la silla para volverse con fuerza sobre sí misma y golpear las piernas del guardia, quien cayó al suelo gritando de dolor con ambas manos en su rodilla. Con cuantas fuerzas pudo sacar, repitió el movimiento en sentido contrario, estrellando la silla en la pared. Al segundo intento consiguió hacerla pedazos.

Torpemente le quitó al guardia su rifle y le apuntó en la cabeza, sintiendo el calor de la circulación descender nuevamente por sus maltrechos brazos.

–Ni se te ocurra volver a gritar o moverte.

–¿Qué ha sido eso? –dijo una mujer entrando. Debía andar sobre los cincuenta. Alta y delgada, pelo castaño a la altura de los hombros, facciones orientales. Se estaba colocando una túnica sobre su traje.

–La prisionera me ha hablado –dijo el hombre con desprecio–, se ha atrevido a violar el protocolo.

–Lógico, Shad, no lo conoce –la extraña alzó levemente una mano tranquilizadora–. Abstente de hacer tonterías ahora que aún no has sido sentenciada ante el arbitrador...

–No te acerques.

Pero la mujer se aproximó muy lentamente, sin ninguna hostilidad.

–Soy Lilith –dijo con calma–, tu mediadora con el arbitrador... ¿Y esa ropa?

Enea continuaba con su hidrocamisión turquesa de enredaderas, ahora sucio y arrugado.

–No sigas o disparo. Mírame a los ojos, sabes que puedo hacerlo, no uses tretas de negociadora conmigo...

–Eh, no voy a hacerte daño. Escucha, será mejor para todos que...

En ese momento Lilith miró tras Enea de forma sospechosa. Temiendo que la sorprendieran por detrás, se volvió fugazmente. Fue suficiente. Un puntapié le levantó el arma de las manos, y cuando volvió la mirada a Lilith se encontró con el cañón del arma frente a su nariz.

¡Qué rapidez!

Tras tomar aire, retrocedió lentamente dos pasos, alzando las manos y bajando la cabeza.

–Caramba con la armantina –dijo finalmente Lilith asombrada–. Shad, toma el arma, y ácala de nuevo. Nos encontraremos con el arbitrador en breve.

–Como diga la mediadora –dijo este incorporándose con dificultad.

Para no recibir más golpes, Enea puso sus manos tras la cintura, sin decir nada. Shad las ató fuertemente, colocándole además una capucha negra que le impedía ver.

–Gracias, Shad –escuchó decir a Lilith–, creo que ya puedo encargarme yo.

–Pero ella podría...

–Gracias, Shad.

–Como diga la mediadora.

Sintió desasirse la mano de Shad de su brazo. Otra, por el contrario –supuso que la de Lilith–, se posó en su hombro.

–Vamos –dijo efectivamente ella.

Guiada por la presión de la mano, Enea anduvo en un incómodo silencio que duró un par de eternos minutos, momento en que se detuvieron.

–¿Vas a decirme ahora de dónde has sacado esa ropa, armantina? –dijo Lilith en voz más baja.

–¿Y vosotros... –resistió el impulso de volver a escupir– vais a llevarme a un juicio?

–Hmm... el arbitrador se encargará de aplicar nuestra ley según tus acciones. En esencia eso es.

–¿Y qué va a ser de mí?

–Pues seguramente te ejecutarán como a todos los extranjeros que clandestinamente entran en Gemini –dijo en un tono nuevamente despreocupado.

–¿Entonces de qué me sirve contarte la procedencia de esta ropa?

La mano firme de Lilith la volvió a impulsar adelante con brusquedad, síntoma de que no le sentó bien su respuesta.

Me van a matar, pensó Enea horrorizada mientras caminaba a ciegas. *Me van a matar...*

Cuando los pasos sonaron con eco Lilith retiró su capucha y el pasmo de Enea hizo que el aire abandonara sus pulmones.

Se encontraba en una sala monumental cubierta de brillantísima madera y abarrotada de gente en absoluto silencio. A su mente acudió algún antiguo salón de ópera abovedado. En el otro extremo se erguía una hilera de personas que vestían túnicas moradas, con un hombre de avanzada edad y traje negro en el centro sobre un nimio taburete en actitud de espera.

–La armantina está aquí –dijo Lilith en voz alta, resonando en toda la sala.

El anciano de túnica oscura le hizo un gesto para que se aproximara, y Lilith la llevó del brazo hasta un taburete que se encontraba justo frente a él, de forma que podía ver a ambos, el tipo y el público. La que hasta entonces fue su guía se sentó a su derecha.

–Mirarás siempre a los ojos del arbitrador mientras dure el acto –le dijo su compañera, la mediadora, con tono solemne señalando al tipo de la túnica oscura. Enea obedeció, y cuando miró al anciano se encontró con unos grandes ojos de mirada aviesa que la escrutaban.

Dios mío, pensó, una máquina de la verdad de carne y hueso.

–Gemini quiere saber –comenzó Lilith– cómo has llegado hasta aquí.

–En una de vuestras embarcaciones –respondió Enea aguantando la tentación de desviar la mirada hacia a su interrogadora.

–Gemini quiere conocer el propósito de tu llegada.

–Detener las hostilidades de Gemini con Armantia, aparte de destapar a uno o varios miembros de *La Red de la Humanidad* que están infiltrados entre vosotros y que os manipularon para comenzar la invasión.

La fila de personas con túnicas moradas se puso a cuchichear. Quería ver la cara de Lilith, pues ella le preguntó sobre su ropa, y tuvo la vaga esperanza de que conociera parte del asunto o le sonara la RH. De que no fuera una gemineana más. Era lo único que le quedaba, pero aún tenía miedo de desviar la mirada del arbitrador.

–Gemini quiere saber si tienes pruebas de tales afirmaciones.

La mirada de aquel hombre era tan penetrante que casi anulaba el deseo de parpadear.

–Un individuo llamado Miguel Hamilton me dejó inconsciente para deshacerse de mí. Ignoro si corrió la misma suerte.

Uno de los morados se dirigió en dirección a Lilith, y, por el sonido, supuso que le estaba susurrando algo al oído. Esta volvió a tomar la palabra.

–Gemini no tiene constancia de ello. Gemini tampoco ha recibido nada que sustente tus afirmaciones. Así pues, Gemini te ejecutará al alba, aplicando su ley. ¿Algo más que decir?

Ya está, no tengo nada que perder, pensó consiguiendo el valor necesario. Volvió su cabeza hacia Lilith, mirándola directamente a los ojos.

–Gemini no conoce el multiverso –dijo en un tono que recogía varios registros; rabia, desesperación, súplica...

El hecho de que desviara la mirada perturbó visiblemente al público y el arbitrador montó en cólera.

–¡Cómo te atreves a mirar al mediador sucia extranjera! –gritó.

Pero ella se quedó permanentemente con la mirada fija en Lilith, quien miraba atónita a Enea y al arbitrador.

–¡Encerradla! –gritó el anciano–, tendrá en qué pensar mientras espera su hora.

Oyó un torrente de pasos mientras continuaba mirando a la mediadora. Así permaneció incluso cuando

los tipos de túnica morada la intentaban despegar a golpes de su taburete al que se agarró con las piernas fuertemente, mientras su mirada continuaba taladrando a una horrorizada Lilith.

Uno de los golpes la tiró al suelo. Entre varios la sujetaron por los brazos, y la fueron arrastrando a lo largo de la sala para sacarla de allí. Entonces Enea tuvo un acceso de pánico, y empezó a gritar. En respuesta la volvieron a golpear, esta vez en las costillas. Intentó zafarse con más violencia, y la respuesta no fue menos dura.

Para cuando llegó a su celda había recibido una paliza. La dejaron tirada en el suelo, y el calabozo, de piedra y cuya única salida era la pesada puerta de metal de movimiento lateral por la que entró, poseía una sola abertura para el aire por la que llegaba algo de luz parpadeante y amarillenta. Estaba totalmente vacía.

Debido a los dolores que sentía por todo el cuerpo se encogió en posición fetal. Desde que los Boris la sacaron de Armantia actuó con una cierta indiferencia hacia su propio destino, pero aquello era demasiado y todas sus barreras psicológicas, y aquella distancia que parecía tener de sí misma en su antigua y gris vida, se derrumbaron como un castillo de naipes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas pese a que apenas pudo sollozar debido a los pinchazos que sentía en las costillas al contraer el abdomen, a lo que no ayudaba que rodara sobre un infame suelo empedrado que hundía sus machacados omóplatos. Las sensaciones de desolación y miseria vaciaron su cabeza de cualquier esperanza, cualquier atisbo de actitud racional al que poder aferrarse. Tras volver a escupir sangre dejó posar su cabeza al fin en el suelo, intentando no pensar en nada.

No calculó el tiempo que estuvo en esa situación hasta que la puerta se volvió a abrir. Tal vez horas. Entre dolores y quejidos, se arrinconó instintivamente en la pared, sentada. La visión de un hombre de túnica morada y capucha echada entrando y cerrando la puerta, hizo que se cubriera rápidamente la cabeza, temblando.

–No he venido a pegarte –dijo una voz que reconoció al instante–. Si hubieras obedecido y te hubieras quedado mirando al arbitrador nada de esto te habría pasado. Oh, hablando de fallos, aquí nadie me conoce como Miguel Hamilton, como supondrás.

Ella le miró con incredulidad.

–¿Me vas a ejecutar tú? –se limitó a decir.

–¿Por qué, te gustaría? –dijo pretendiendo ser conciliadoramente gracioso.

–Vete a la mierda, Miguel.

Este se apoyó en la pared del extremo opuesto al que estaba Enea, aún de pie.

–Para tu ejecución aún quedan varias horas. No, no he venido *para* eso. Pero he venido *por* eso. Como sabes vas a morir a manos de los gemineanos. En ese aspecto, he cumplido mi misión.

«No te preguntes cómo es posible o porqué lo hago. No estoy haciendo nada que no hiciera cuando estaba en el servicio secreto. Encontrar y ocuparme del asunto como proceda. Es una cuestión de bandos, chica. Mi otro yo hizo un trabajo parecido para los Boris... la línea es difusa. Si te sirve de consuelo, Marla, el grupo de los Boris no es mejor que la RH; esto no va de buenos y malos.

Más allá de eso sólo puedo decirte que, pese a que tú morirás, tu compañera vivirá. La RH ha desistido por algún motivo que ignoro de su intento de usar vuestra resistencia a los viajes multiespectro. No habrá ejércitos de vosotras arrasando este planeta»

Hizo una pausa, mirándola en la débil penumbra anaranjada que se colaba por la abertura superior de la celda.

–Hace ya mucho rato qué sé que voy a morir, hijo de puta. ¿Has venido a recordármelo? Tú estabas allí cuando me hicieron esto, te quedaste viéndolo todo...

–No debiste mirar a la mediadora –repitió Miguel sin prestar atención a su tono hostil–. Pero a lo que

voy es a tu ejecución. Me han contado con suficiente detalle cómo será. *Las tres horas de la justicia*, la llaman. Creo que con eso no hace falta que entre en detalles.

«Mi misión se ha cumplido, Marla. Morirás aquí. Sin embargo nadie ha especificado cómo tienes que morir, así que esto lo hago extraoficialmente. Toma»

Le lanzó algo pequeño a sus pies. Ella miró con recelo un trozo de plástico, que recogió entre gemidos de dolor: una pequeña pastilla blanca envasada.

Miró a Miguel sin decir nada.

–Tú decides –dijo este–. *Las tres horas de la justicia* o una rápida muerte en plena inconsciencia.

El lento y molesto chirriar del portón metálico volvió a molestarla, hasta que se cerró nuevamente. Estaba sola.

Aún con la pastilla en la mano, se arrastró de vuelta a la esquina de la celda, y con los brazos sobre las rodillas, la contempló largamente.

Pensando. Reflexionando. Considerando.

Durante la noche, el sueño de Olaf fue muy pesado. Tenía la martilleante sensación de estar pasando algo por alto. Deambularon por sus sueños gentes extrañas vestidas con ropas no menos exóticas, grandes formas metálicas suspendidas en la más profunda de las negruras, una voz que decía cosas cuyo significado ignoraba... y se terminó despertando con la aprensión del que ha oído cosas muy importantes y no las recuerda.

Mareado, no supo si por el barco, salió a cubierta donde fue acogido por un sol a medio amanecer. Divisó a Catorce en la otra punta, en su eterna contemplación del horizonte en el que ya se percibía tierra firme, por lo que se acercó –torpemente– hacia él.

–¿Eso es...?

–¡Eh! Ya te has levantado. Sí, la costa suroeste de Gemini, llegaremos esta misma tarde.

Olaf se dispuso a detallarle a Catorce sus sueños, pero se quedó mirando a Gemini, embobado. El lejano perfil de la isla hizo que un mecanismo invisible encajara innumerables piezas en su mente, y apenas notó un exceso de salivación, perdió el conocimiento. Muy poco después se descubrió a sí mismo sentado en la cubierta: Catorce le intentaba obligar a beber, pero Olaf le apartó la mano.

–Es todo recursivo –espetó.

Boris se agachó para poder hablar más cómodamente con él, pestañeando sin parar.

–Repite eso –dijo casi ordenándolo.

–No puede ser... todo es recursivo. Ahora... ¡Ahora lo sé! –replicó el general mirando a su alrededor con notable confusión.

–¿La inyec...?

–Tiene que serlo. Y tanto que... oh... esto es increíble... Un ciclo...

Catorce lo agarró por los brazos.

–Intenta ordenar tu mente, maldita sea, di algo que se entienda... ¿Qué es recursivo?

–Todo...

–Recursivo... –repitió Catorce pensativo–, pero... no tiene sentido... ni tú deberías conocer ese concepto.

–Piénsalo, Catorce... se produce un grave conflicto... –empezó a contar Olaf con los ojos apuntando más allá de su interlocutor– que se reproduce en muchos universos... la gente de esos universos se organiza y huye de ese conflicto... llegan hasta este mundo desde distintos lugares... eligen las colonias que se correspondan con su pasado como Armantia o Gemini, y en ellas se encuentran con los restos humeantes de una incipiente civilización corrompida y en proceso de extinción, por lo que deciden hacer borrón y cuenta

nueva... ¡La exterminan! A todo eso lo llamábamos la *Historia Oscura*... Inoculan la suya, esperando que sea la nueva esperanza para la... *su* humanidad y huyen en busca de otras oportunidades para nunca volver.

–Pasan los siglos –continuó Catorce viendo a dónde quería ir a parar–, esas *neocolonias* se marchitan o se mezclan destruyéndose entre ellas como sus predecesoras, como... como las guerras que hubieron en Armantia, quedando al final en el mismo estado decadente en el que encontraron a las anteriores. Hasta que nuevamente surge un conflicto en otro espectro del multiverso, la aparición de la RH en este caso. Quienes huyen de él, como los Boris, se encuentran con que Armantia, su colonia correspondiente, no tiene mucho futuro, decidiendo como los anteriores que...

–Borrón y cuenta nueva –dijo Olaf mirándole a los ojos.

–Dios mío... ¿Pero *quién* eres?

Olaf le miró vacilando y parpadeando fugazmente antes de responder.

–Soy yo.... sí, sigo siendo yo. Olaf Bersi, sí... es sólo que ahora tengo... más de una conciencia, más recuerdos. Sé muchas cosas que antes desconocía, y que le dan un nuevo sentido a tanto de lo que Marla y tú me habéis contado...

Volvió a mirar a Gemini con decisión.

–Voy a romper el ciclo, Catorce. Mi Armantia durará más de cuatrocientos años. ¿Me ayudarás?

Catorce le observó unos instantes, valorando la nueva situación.

–Cuenta conmigo.

Enea decidió esperar hasta el último momento. Cuando volvió a oír el portón supo que ya no sería Miguel y se dispuso a sacar la pastilla de su envase. Era otra persona con túnica la que entró, que cerrando lentamente se retiró la capucha: Lilith. Suficiente para que Enea, con la pastilla ya en su mano, se detuviera. El gesto no pasó desapercibido para la mediadora.

—Connmigo eso no será necesario.

Suficiente, pensó. Si sabe lo que tengo en la mano tiene que saber muchas otras cosas.

Su visitante se apoyó en la pared, contemplándola unos instantes de brazos cruzados, como si la interrogara con la mirada.

—Antes de nada, quiero decirte que lamento lo que pasó anoche. Son las reglas, y tú no respetaste las pocas que te explicaron.

Enea no reaccionó y Lilith la miró con mayor intensidad.

—¿Es cierto lo que dijiste... ya sabes, sobre lo que viniste a hacer aquí?

—Sí.

Lilith asintió en silencio.

—Y Miguel es... —quiso añadir Enea.

—Sabemos quién es Miguel Hamilton y por quién se hace pasar. Le tenemos vigilado. Hablaste de la *Red de la Humanidad*, tú vienes de la *Oberón*... ¿Correcto?

—Sí, pero no pertenezco a ella, yo...

Enea pudo contarle a Lilith toda su historia desde que trabajó para Alix. Su visitante escuchó en silencio y dio muestras de creerla.

—¿Me mataréis? —concluyó Enea en cuanto atisbó un mayor acercamiento con Lilith.

—Te puedo garantizar que por el momento no —replicó esta suspirando—. Chica, si lo que dices es cierto, no puedo sino compadecerme de ti. Esta guerra va en bandas paralelas; no tienes idea del lío en el que estás metida.

—¿Qué?

—Soy Lilith Arach-Samna, y he venido desde la estación *Simanu*. Así es, cada colonia tiene a sus papáitos ahí arriba, sus... *ángeles* protectores, el de Armantia es la *Oberón*. Vosotros huisteis de vuestra *Red de la Humanidad*, nosotros de la *Alianza Tsung*. Todos tenemos a nuestro imperio persecutor, lo que nos debería convertir en víctimas de la misma causa y todo eso. Pero me temo que incluso en esas circunstancias,

quienes vienen aquí a conservar su modelo de civilización se lo toman al pie de la letra, y eso pasa por invadir a las demás.

–No estoy segura de seguirte.

Lilith sonrió con pesar.

–A eso venimos... ¿Recuerdas? En cada colonia se conserva, o tal vez debería decir se defiende, un desarrollo distinto de una civilización dominante. ¿Y el futuro? Las demás colonias también pueden ser una amenaza. Nadie lo dice, pero todos lo piensan. Así que... los que venimos a Gemini e influimos en ella como tú o los Boris lo hacéis sobre Armantia, sabemos perfectamente que infiltrados de vuestro imperio persecutor, la Erre Hache, han provocado que nuestra colonia invada Armantia. Y además lo permitimos, pese a que no lo admitamos cuando hablamos con los Boris. Porque creímos a raíz de sus últimos conflictos territoriales que a la larga Armantia sería una amenaza para Gemini y que por tanto si queríamos prosperar debíamos controlarla, asimilarla. Invadirla. Y si la iniciativa la toma la *Red de la Humanidad*, quitándonos la responsabilidad, tanto mejor.

Enea parpadeó unos instantes para asimilar toda aquella nueva información, y al hacerlo se indignó.

–¿Incluso si para ello debéis seguirle el juego a imperios multiversales como *La Red de la Humanidad*? ¿Precisamente el tipo de amenaza del que huimos todos a este universo, incluidos vosotros? –dijo Enea aguantando el desdén.

–El enemigo de mi enemigo, es mi amigo. ¿No es eso lo que dicen? –dijo Lilith sonriendo con tristeza-. ¿Qué ocurre? –añadió al ver a Enea negando con la cabeza. En su esquina daba la sombra y sus magulladuras le dieron un aspecto un poco más siniestro.

–Es evidente que no cuentas con que pueda volver a la *Oberón* a contarles todo esto. ¿Por qué no me dices directamente qué sentido tiene este encuentro y qué va a ser de mí? –dijo Enea cansada de charla. Se resistía a soltar la pastilla.

–De acuerdo, iré al grano. Sabemos que eres especial, que la Erre Hache te quiere muerta y que alguien aún más especial te ha tenido en consideración. Entiende que si bien lo que te he contado sobre Gemini y sus protectores es cierto, yo no soy exactamente uno de los suyos; pertenezco a una facción gemineana digamos *cautelosa* que no está de acuerdo con la labor que se realiza aquí.

–¿Hay disidentes entre los propios protectores de Gemini? –preguntó asombrada señalando hacia arriba, en hipotética dirección a la *Simanu*, equivalente gemineano de la Oberón.

–Sí, y la situación ha dado un giro de ciento ochenta grados recientemente. Cuando nuestras tropas asaltaron Armantia trajeron consigo artefactos de incalculable valor procedentes de un lugar llamado *Diploma*, al que fueron para robar tecnología. Lo hemos hecho ya en otras colonias. El caso es que pudimos hacernos con algunas de esas rarezas, unas extrañas inyecciones de memoria. Creo que tú, por la historia que me has contado, mereces saber lo que ellas cuentan.

Así fue como Enea supo del *ciclo*. Los *ángeles* protectores de las colonias se estaban poniendo de acuerdo para acabar con ellas tal y como las encontraron, y así rediseñarlas a su conveniencia, como otros hicieron tiempo atrás. El comienzo de un nuevo ciclo era inminente.

–Miguel tenía razón –dijo Enea ensimismada en la nueva información.

–¿En qué?

–Aquí no hay buenos ni malos. Esto es un *todos contra todos*, como ha sido siempre.

–Y bien... Marla...

–Hazme un favor, ¿vale? Llámame simplemente Enea.

–De acuerdo, Enea. ¿De qué lado estás?

Enea devolvió a Lilith una mirada vacía, volviendo a la realidad.

–Empiezo a odiar esa pregunta... ¿Acaso eso importa viendo los que hay?

–Importa si quieres salir de aquí –dijo Lilith irritada al no ser tomada en serio.

Un arranque de ira reprimida surgió del su estómago de Enea como una bocanada de fuego.

–Entre todos me habéis ido quitando poco a poco las ganas de salvarme a cada oportunidad. Durante treinta años llevé una mierda de vida en la que lo perdí todo, hasta que esa misma mierda de vida se convirtió en todo lo que tenía. Pues incluso eso me fue arrebatado por ese... ese ya–no–sé–qué de Boris, *Be uno*, que me hizo aparecer en Armantia a la fuerza por una causa supuestamente bienintencionada.

Calló unos instantes procurando deshacer el nudo que se le formó en la garganta.

–Tres meses, Lilith, tres meses llegué a acostumbrarme a vivir en lo que al principio fue mi pesadilla. Conocí a mi única amiga, quien encima es mi doble y que llegó antes que yo, razón por la que tuve que adoptar mi segundo nombre. Invaden Armantia y se cargan de un plumazo lo poco que llegué a construir en esos tres meses. A mi amiga la secuestran, y luego descubro que trabaja para la *Red de la Humanidad*. Me vuelven a secuestrar los putos Boris, otra vez vendiéndose como los buenos de la historia. Y ahora me cuentas que planean un auténtico genocidio para repoblar Armantia...

–Pero Enea...

El intento de calmarla la enfureció aún más.

–¡No tienes idea! Ya ni siquiera puedo reconocer un hogar en mi mundo. ¡En mi propio mundo! ¿Sabes lo que se siente? ¡Todo es de mentira, todo está infectado por la misma mierda! No tengo sitio al que ir o volver, no tengo objetivo ni nadie por quien luchar o que luche por mí. ¡No tengo nada!

–Deberías procurar...

–¡Y tú me preguntas que si quiero salir de aquí! –empezó a gritar–. ¡A hacer qué! ¿Eh? ¡¿A apoyar otro grupo de personas que afirman ser los buenos?! ¡¿Creéis que soy una máquina?! ¡Mírame joder, me duele todo! Me duele todo... todo... –ahí la voz se le quebró.

Respiró hondo, decidida a no derramar ni una sola lágrima delante de Lilith, quien contemplaba la escena incapaz de articular palabra. Cuando esta pudo reaccionar, se incorporó para marcharse.

–Vuelvo enseguida. Y no hagas tonterías con eso –añadió señalando a la mano que portaba la pastilla.

No fue mucho tiempo el que esperó Enea sola, sujetando en su mano su *Plan B* como quien se aferra a un salvavidas. Buscó una y otra vez excusas para no tomarla.

La puerta volvió a abrirse sin sorpresas, pues era Lilith sujetando una túnica morada.

–Póntela –dijo tirándosela–. Salgamos de aquí.

La mediadora tuvo que pasarle su brazo por el hombro, viendo el lamentable estado en el que se encontraba la prisionera.

–Quién te mandó a mirarme a mí, la mediadora...

–Ya... –respondió Enea caminando con dificultad– pero ahora estas aquí ¿No?

Lilith no pudo sino sonreír.

—Perfecto —dijo Boris, contemplando la playa empedrada que tenía ante sí—, parece que llegamos a una zona deshabitada. ¿De qué te ríes? —añadió volviéndose a Olaf.

—De lo sorprendido que estaba cuando vi uno de estos buques. Y de lo primitivos que me parecen ahora...

—Me hago una idea. Por cierto, ahora que nos comportamos como caballeros... lamento haberte inyectado aquello sin saber siquiera si era peligroso. Lo lamento de veras.

—Hiciste bien. No tienes idea de la lucidez con la que pienso ahora, es... la impotencia que sentía por no entender nada y estar atrapado, pero ahora... es liberador.

—Parece que hay muchas cosas que ya no voy a tener que explicarte. ¿Qué tienes en la cabeza exactamente?

—Ahora sé lo que es el multiverso, por ejemplo. Y recuerdo lo que le ocurrió a otra gente, a una persona en particular, y todo lo que él sabía.

—Uno de los precursores —dijo Catorce confirmando sus sospechas—. ¿Entonces sabes qué fue de ellos?

—Ellos... descubrimos... descubrieron cuando llegaron aquí el funcionamiento de los ciclos, y pretendieron que los demás no aniquilaran la civilización existente en Armantia pese a su decadencia pues no estarían sino perpetuando el ciclo, matando a un montón de gente para nada. Pero los más conservadores lucharon para proseguir con el plan, y no pudi... mos imponernos, así que algunos nos ocultamos entre los armantinos y les revelamos la verdad. Planeamos el sabotaje de la repoblación, pero alguien que creíamos amigo nos traicionó... nos cazaron... nos asesinaron, uno a uno... pero antes yo pude duplicar mi memoria y esconderla bajo el suelo de Diploma...

Olaf sacudió bruscamente la cabeza.

—No quiero seguir hablando de eso. No soy yo, se... se estaba apoderando de mí.

Boris decidió no preguntarle más al respecto al ver el miedo en su rostro.

Encontraron en tierra firme un lugar tranquilo, y tras consultar algunos mapas aéreos de Gemini trazaron una ruta con la intención de acercarse al núcleo urbano más cercano; lamentablemente tuvieron que aproximarse desde un frondoso bosque.

Olaf quedó decepcionado con el paisaje, pues podía pasar por uno cualquiera de Armantia. Su isla natal era su mundo y de Gemini esperaba otro distinto.

—Aún no hemos visto señales de civilización —comentó.

—En fin —dijo Catorce—, Gemini es más grande que Armantia. En realidad es mejor que nuestra discreción continúe hasta que...

Varios fragmentos de un pino cercano restallaron del mismo con violencia.

–¿Pero qué...?

–¡Detrás del árbol! –gritó Olaf al percatarse de lo que estaba ocurriendo– ¡Corre!

Se ocultaron rápidamente tras el lado contrario del tronco, con varios impactos sonando a su alrededor.

–¿Quién diablos nos ataca? Porque esos no son tiros de los viejos trabucos gemineanos... *joder*, ni siquiera se oyen los disparos –dijo Boris alterado.

–¡No lo sé!

Una voz masculina resonó grave entre los árboles.

–¡Sal con las manos en alto, Boris!

–Mierda –dijo él–. Deben ser de la *Erre Hache*. ¿Cómo diablos me han encontrado?

–Tal vez esperaban nuestro barco pensando que éramos los gemineanos que regresábamos de Armantia. Lo que no me gusta es que se hayan traído su armamento... aquí pueden ser imparables.

–Al menos parece que me quieren vivo. Eso te deja a ti en situación de escapar.

–¿A mí? Pero... –fue a objetar Olaf.

–Berzas, o corres o te hago correr.

No era momento para discutir, así que acto seguido empezó a alejarse de allí con rapidez.

–¡Eh! –dijo por último Boris.

El general se volvió y otro disparo impactó en la corteza, lo que hizo que Catorce se encogiera aún más tras el árbol.

–Espero que la encuentres –dijo al fin.

El general asintió y salió corriendo lo más rápido que pudo, oyendo impactos en los troncos que dejaba atrás.

–¡Ese no es, estúpido, Boris sigue tras el árbol! ¡Tú, ve a por el otro, que no escape! –gritó la voz atacante.

Sabiéndose perseguido, el general procuró correr aún más aprisa, a tropezones por el traicionero suelo lleno de musgo. Quiso localizar algún sitio en el que esconderse para que pasaran de largo pero ya era tarde; a sus oídos llegaba el trote de su perseguidor y por lo tanto debía estar a tiro. Además, su ropaje era el más impropio para aquel tipo de carreras. Si no se le ocurría algo pronto, le dispararía.

–¡Quieto!

En otras circunstancias no se hubiera detenido. A decir verdad no contaba con que a él le quisieran vivo, pero la voz que aún resonaba entre los árboles le obligó a parar y extender ambos brazos para no parecer una amenaza. ¿Un error? Pronto lo averiguaría.

–Vuélvete.

Lo hizo lentamente, confirmando sus sospechas. A no más de cinco metros, se hallaba apuntándole Marla Enea. Tenía el mismo traje con el que la encontró inconsciente en Armantia más de tres meses atrás, el pelo algo distinto... pero era ella.

Se miraron a los ojos, expectantes ante cualquier reacción. Tuvo claro que él también fue reconocido; era *su* Marla, a quien notó vacilar muy levemente, quizá intentando que no percibiera esa familiaridad. Su perseguidora también estaba pendiente de su proceder.

Así no vamos a llegar a ninguna parte.

Olaf bajó lentamente sus brazos, y le dijo con toda la calma con la que fue capaz:

–De ti no voy a huir.

Marla mantenía su rictus neutral. Se acercó sigilosamente al inmóvil general, bajando el arma pero visiblemente rígida, preparada para atacar en cualquier momento. Oía voces provenientes de ella –¿su extraño anillo?– reclamando su atención, pero las ignoró.

Al estar casi nariz con nariz se detuvo. Toda la tensión estaba en los ojos, se miraban sin apenas parpadear; a Olaf el corazón estaba a punto de salirse del pecho, no sabía a qué atenerse. Fue por eso que el abrazo le pilló de improviso, tardando en corresponderlo. Lentamente la envolvió él también en sus brazos.

–Lo siento –empezó a decir ella una y otra vez–, me dijeron que moriste... que te mataron...

–Fue culpa mía, te dejé ir... te dejé...

Segundos eternos, sin peligro, sin disparos. Segundos para ellos.

–Larguémonos –le dijo al fin, temiendo que llegaran otros.

Ella asintió. En cuanto se incorporaron, Marla sacó su aún parlanchina IA de la mano y la tiró cuan lejos pudo.

–Ya no nos seguirán. Vamos.

Enea se sentó aún dolorida cuando entraron en la cabaña.

–Aquí estás a salvo –dijo Lilith–. ¿Cómo te encuentras?

–Algo mejor.

–Bien. ¡Arakhtu! –llamó afuera.

Según Lilith, estaban en *Shabatu*, una aldea gemineana perteneciente a su particular resistencia. Fue una dura caminata hacia las afueras.

–Sí, mediadora –respondió un joven asomando levemente por la puerta. No le quitó ojo a Enea, boquiabierto.

–Ve a avisar a Adaru, ya tenemos a la armantina.

–¿Ella es la que vino de otro mundo? ¿La que hizo frente al arbitrador? –preguntó el chico con visible asombro.

–Haz lo que te digo –replicó Lilith de mala gana provocando la rápida salida del muchacho.

–No eres muy paciente con él –observó Enea.

–Imagino que tan paciente como tú con los nativos armantinos. Como comprenderás no iba a corregirle explicándole los fundamentos de los viajes por el...

–Tampoco hablas igual que él –interrumpió–. Tu acento es diferente.

Lilith suspiró y se sentó justo delante.

–Esta no es mi lengua materna. La aprendí en mi entrenamiento, durante mi juventud, porque es la que se habla aquí en Gemini. Por alguna razón se homogeneizó este idioma en todas las colonias cuando se crearon.

–Entonces no somos del mismo...

–Exacto. En mi espectro de multiverso un cometa arrasó el continente europeo en pleno medievo hasta dejarla en una sombra de lo que fue. Mi generación sólo conoció las lenguas europeas como una de tantas cosas que se perdieron en aquella época. Nuestro mundo tuvo una evolución distinta a la del tuyo.

Aquello llevó a Enea a comprender definitivamente la diferencia entre las distintas colonias de Terra Nueva.

Por la puerta entró un hombre de baja estatura que tendría aproximadamente la edad de Lilith, y era previsible que también se quedara mirándola.

–Sí, soy la que llegó de otro mundo –dijo Enea con sarcasmo, sintiéndose una atracción.

El hombre miró a Lilith frunciendo el ceño y esta le hizo un gesto para que ignorara su comentario.

–La he sacado de la mazmorra, Adaru. Quiero que la cobijemos al menos hasta que se aclare el asunto.

–¿Está eludiendo su condena a muerte? Lilith, ¿te das cuenta de lo que hará *él* como la... detecte? Así no nos vamos a ganar su apoyo...

–¿Él? –preguntó Enea alzando la cabeza, mirando a ambos.

El muchacho volvió a asomar por la puerta, muy agitado.

–¡El dios Ishtar acaba de bajar del cielo!

–Ya está aquí –se lamentó Adaru.

Con el pulso por las nubes, Enea miró petrificada a Lilith. Esta intentó quitarle hierro al asunto haciendo un ademán de espera, pero no consiguió tranquilizarla en absoluto.

–Ahora vuelvo –le dijo Lilith–. No te muevas.

Pero Enea ya había sucumbido a la curiosidad, asomándose por la puerta.

Lilith caminaba hacia un hombre de tez muy morena que vestía un hábito con abundantes reflejos dorados, quien la interceptó totalmente erguido. Los aldeanos de los alrededores permanecieron en silencio y se colocaron a una distancia prudente del interlocutor de Lilith.

Tras una inclinación mutua, la mediadora habló con él mientras andaban de vuelta a la cabaña.

¿Ese es el dios Ishtar? Pensó. ¿Un tipo con un trapo dorado encima?

El hombre miró a la puerta de la cabaña, y alzó la mano para saludar.

Me ha visto, y a esa distancia no debería. Mierda.

El corazón comenzó a darle tumbos de nuevo. El tal Ishtar tenía algo que le hacía diferente y el miedo a lo desconocido se fue apoderando de ella. *¿Dios Ishtar? ¿Un dios? No puede ser...*

Nunca se consideró una persona mística o religiosa al estilo clásico. Ella vivió en plena revolución cuántica en la que todo parecía posible, donde para sobrevivir a una sociedad cada vez más racional y desquitarse de la mística que promovía el régimen chino cuando empezó la gran guerra, su gran enemigo tras las guerras islámicas, el cristianismo transformó a Jesús en un sabio de un futuro apocalíptico que regresó al pasado para corregir el rumbo de la humanidad. Donde, en definitiva, el cuanto se convirtió en el nuevo eje de la fe.

Pero ahora hablaban de dioses de los de antes.

¿Es posible? ¿Habrá universos en los que existan?

Se sentó tal y como la dejó Lilith, esperando y sufriendo todos los *tics* imaginables al abrirse la puerta con Ishtar al frente. Ya la estaba mirando a los ojos cuando su rostro apareció tras el bordillo, lo que la puso todavía más tensa.

–Así que ella es la que tantas complicaciones está causando –dijo el hombre con voz tranquila.

–No es la que posee la *Erre Hache*, sino la otra –le explicó Lilith.

Enea miró a ambos con desconfianza, pues presentía una trampa.

–¿Qué queréis de mí?

–Déjanos solos –ordenó Ishtar a Lilith, quien obedeció sin decir nada.

–Deduzco –dijo el ¿dios? sentándose frente a ella–, que ya debes estar al tanto de lo que supone que ambas permanezcáis en este universo.

–No te entiendo.

–¿No conoces los planes de la *Erre Hache*?

–Ah, eso... sí. Lo de aprovechar nuestra supuesta invulnerabilidad a los viajes multi-espectro.

Ishtar asintió con la cabeza.

–Debes salir de la ecuación para que la normalidad sea posible. Si no lo intenta la *Erre Hache*, lo harán otros.

Al grano.

–¿Vais a matarme?

–¿Esa es la solución que propones?

–No.... No, claro que no, yo...

La mirada de Ishtar era inquietante, aún no había pestañado.

–¿De verdad eres un dios?

–Eso es algo que Lilith y sus colaboradores han extendido por estos lugares para que encajen mis apariciones, pues Ishtar es una deidad local. No soy lo que creo que significa esa palabra, aunque podría equivocarme, nunca he contactado con uno.

–Pero...

–Cierto, tampoco soy humano. Ahora sí, claro –dijo mirándose a sí mismo–, al menos una parte de mí. La resistencia gemineana nos llama *los etéreos* porque a menudo nos hacemos invisibles para vuestros ojos. Pero volvamos a ti, hablábamos sobre la imposibilidad de tu permanencia.

–¿Qué puedo hacer? –dijo Enea con tristeza.

–Irte a otro universo donde seas tu única. De eso me puedo encargar yo.

–¿Pero por qué? ¿Qué tanto daño puedo causar yo aquí? Además, diría que tú puedes impedir a imperios como la *Erre Hache* cualquier cosa.

–En ningún momento he dicho que me preocupe la supervivencia de la humanidad, esa es la preocupación de Lilith, los etéreos tenemos otras motivaciones. Sin embargo, con vosotras sus motivos y los nuestros cruzan el mismo camino, por eso hablo con ellos.

Enea buscaba a toda costa razones por las que aferrarse a aquel mundo, mientras una lágrima caía por su mejilla.

–Pero... ¿Qué será de todo esto? Armantia, Gemini, la Red de la Humanidad, la resistencia gemineana...

–Para bien o para mal, creo que el final del conflicto llegará antes de que te vayas, así que lo sabrás. Siéntete afortunada, si el futuro se os tuerce no estarás aquí para sufrirlo.

La tristeza se convirtió en resignación. Tras pensarlo llegó a la conclusión de que tenía razón, era lo mejor. Ya no tenía nada que hacer allí, ni poseía un hogar o vida a la que volver. En cierto modo le hizo sentirse liberada, en paz.

Miró a sus fríos ojos con algo de curiosidad.

–¿Entonces hay más como tú?

–Esa es parte del conflicto. La humanidad en sí no nos interesa. También llegamos a este universo buscando nuestra supervivencia, pero los planes de la *Erre Hache* y otros imperios humanos podrían alterar

el hábitat que buscamos, y es ahí donde hay discrepancias entre los míos sobre lo que debe hacerse. Nunca intervenimos, pero esta nueva situación ha abierto un debate entre nosotros. ¿Qué crees que debe hacerse?

Ella parpadeó rápidamente, confusa.

–No entiendo... ¿Qué puede importar a *algo* como tú lo que yo crea?

–Viajar libremente por el multiverso sin perjuicio alguno es algo que sólo los etéreos podemos hacer, de hecho así terminamos convirtiéndonos en lo que somos. Que tú también lo hagas, pese a lo elemental e insignificante que eres, me obliga a prestarte atención.

Y a no matarme.

–Lo que creo sinceramente –dijo ella al fin– es que lo que más daño está haciendo a las colonias de este planeta son sus alteregos orbitales, sus *ángeles* protectores. Se supone que cuidan de ellas, pero, al contrario, evitan que prosperen. Además son una constante fuente de problemas. Por la *Oberón* ha llegado la *Erre Hache* a este planeta. ¿Pensáis hacer algo al respecto?

–Como ya dije, no intervenimos. No escapa a mi entendimiento que para los gemineanos –dijo señalando afuera– yo sería un aliado muy poderoso. Para ellos y para los demás –añadió inclinando el índice hacia arriba, en referencia a las estaciones–, pues hablo con todas las partes para recolectar datos. Todos quieren que haga algo por ellos sin que ellos hagan nada por sí mismos.

Cuánta información, definitivamente me está dando un trato preferente.

–Y si no intervenís... ¿Por qué estamos hablando? –se interesó Enea– ¿A qué viene todo esto?

Ishtar ladeó la cabeza en el primer gesto que le vio desde que iniciaron la conversación.

–Considéralo un capricho.

–¿Ves? Eso ya no me ha convencido. ¿Y si otro de los tuyos considera un capricho venir a...?

–Eso *no* va a pasar.

–Vale.

La conversación llegó a un punto muerto y el hombre mantuvo esa fría mirada sin pestañeo.

–Me voy, tengo que asimilar esta información con el resto de mi ser. Dile tú misma a Lilith que no serás ningún problema. Llegado el momento, vendré a buscarte. Recuérдалo, no podrás seguir aquí, ni tampoco esconderte de mí.

Acto seguido desapareció. No hubo proceso, ni implosión, ni una pequeña corriente de aire. Sencillamente se esfumó como si nunca hubiera estado allí.

Confusa y mareada salió de la cabaña mirando al suelo y topándose con las piernas de Lilith.

–¿Y bien? –dijo esta.

–¿Sabías que podía matarme cuando le trajiste?

–Era una posibilidad. ¿Aún conservas la pastilla? –dijo en su defensa.

Touché.

–¿No te da miedo negociar con esa cosa? –dijo Enea aún afectada.

–Puede que esa cosa sea nuestra única salida.

–Dice que no es humano pero su forma lo es... ¡Y desapareció!

Lilith sonrió.

–Es un completo misterio, desde luego, pero si tanto habla con todos es porque ellos, los etéreos, preparan algo, y quiero que cuando eso ocurra nos tengan en cuenta.

–¿Para qué?

–Para que a este planeta lo dejen en paz, y ellos tienen poder para conseguirlo. Eso es lo que me interesa.

–Lo que le dije yo.

–Pero al parecer tienen que acordarlo primero. Hace tiempo me contó que incluso alguno de los suyos abogó por nuestra eliminación. Si entre todas es nuestra postura la elegida por Ishtar, y a su vez es su voluntad la que trasciende entre los *etéreos*, tendremos esperanza.

–Un poco pequeña, ¿no crees? Y no digamos ya si la que sobresale entre los suyos es la de quien nos quiere quitar de en medio.

–Es mejor que nada –dijo Lilith–. Mejor que nada...

–También me dejó el recado de comunicarte que no seré ningún problema.

–Celebro saberlo. Eso hace que en principio no tengamos que preocuparnos de tener a millones como tú campando por aquí, podemos volver a centrarnos en los que nos hacen la vida imposible ahí arriba. ¿Qué será de ti entonces?

–Dijo que llegado el momento me sacará de este universo.

Lilith la contempló con asombro unos instantes, pensando cómo había conseguido un trato favorable de Ishtar con el tiempo que ella lo había intentado.

–Mientras, nos puedes ayudar –concluyó.

Enea lo pensó.

¿Qué puedo perder?

Desde que le encajó su mirada, supo que algo cambió en el Olaf Bersi que creía conocer. Sus ojos... una tez levemente más pálida... palabras cuyo significado antes desconocía...

–Estamos solos por aquí –dijo el general–. No deberíamos tardar mucho en llegar al barco si todo sigue despejado, y en un par de días... estaremos de regreso en Armantia.

Marla asintió. No pudo culparle, ella tampoco era la misma. Pensó mucho desde que volvió a Terra Nueva. Sobre Armantia, sobre la Erre Hache y sobre ella misma.

¿Por qué decidió volver? Y sobre todo... ¿Por qué *la dejaron* volver?

Ángel Levine, ese era su nombre. Nuevo encargado de personal en Alix. Muy incisivo. Muy persuasivo. Fue quien se adelantó entre los invasores cuando pensó que la fusilarían por el grito del jefe de batallón. *Ahora todo está bien*, le dijo. *Ya no tienes de qué huir o esconderte. Mira, existes. Vuelves a formar parte de la sociedad y Alix ya no es tu antigua ocupación sino tu nuevo trabajo. Todo aquello de Boris y Armantia... queda ahora lejos. Ha sido por tu bien.*

–¿Estás bien? –se interesó el general al verla distraída.

–Sí, perdona, estaba pensando.

–Vamos, ya estamos cerca.

Tienes tu propia casa. Vuelves a gozar de las comodidades del mundo moderno. Sólo queremos que sigas trabajando para Alix, para la que trabajabas antes, sino una nueva, la que te ha devuelto la libertad... La Red de la Humanidad. Nadie te va a obligar, puedes pensártelo hasta mañana aquí, en el que si aceptas, será tu nuevo hogar.

Una de las cosas que más la turbaron fue no esperar hasta el día siguiente, pues bastaron un par de horas a solas para que aceptara. En ocasiones pensaba que tendría remordimientos, que la abordarían terribles pesadillas cuando bajara la guardia durante la noche.

Ha sido una misión larga, pero no la primera. Llegaste a cumplir una de dos meses en su día. ¿Recuerdas? Aquí tengo los informes. Misión Cartago, en los inicios de Alix B. También te encaprichaste de un miliciano, al que luego dejaste. Porque estabas en una misión, Marla. No era ni tu mundo ni tu época. No estabas allí para nada más y por eso volviste aquí e informaste. Eres una profesional, no lo olvides. Y una de las mejores. Armantia fue una misión de un mes más que salió mal. Y ahora estás de vuelta en el lugar que te corresponde. Has hecho bien. Has elegido bien.

No, no tuvo pesadillas. De hecho se reintegró con rapidez. Dio con unos pocos conocidos que sobrevivieron a la caída de la antigua Alix cuando llegó la RH. Dominique seguía al cargo de la sala de tránsito –aún tenía puntos en la cabeza del golpe que le propinó Boris cuando asaltaron la sala y la

mandaron a Armantia–, detalles como ese ayudaron. En los primeros días recuperó el entumecimiento de conciencia que creía olvidado, pero no lo percibió como algo negativo. Al contrario, era agradable, devolvía las cosas a su lugar. Hacía la vida más soportable.

Levine tenía razón.

–Estupendo, el barco sigue ahí. ¿Sabes trepar por esas cuerdas?

–Lo hice por la pared de un castillo para rescatarte.

Olaf rió a carcajadas, abrazándola y estampándole un beso en la mejilla.

–¡Es cierto! Adelante.

Huyó. Ahora lo veía con claridad. Fue cobarde y huyó. El multiverso casi parecía diseñado para eso, Armantia estaba en otro universo del que no volvería a saber jamás. Pero pese a ello Enea la encontró en su propia ciudad y se lo echó en cara. Fue el primer bofetón emocional que le quitó el entumecimiento, ya ni en el multiverso tenía escapatoria. El segundo bofetón fue resultado del examen médico que le realizaron antes de ser readmitida.

Tenía que regresar.

Entiendo que quieras volver. Es cierto que estamos activos en Terra Nueva, sí. Tenemos entre manos varios trabajillos contra los Boris en algunas colonias. Pero no en Armantia si es eso lo que te está pasando por la cabeza.

No le importaba en absoluto no estar en la misma isla. Ni tampoco llevarse a unos cuantos Boris por delante; si algo no había desaparecido era su odio hacia él. Hacia todos ellos. Pero no le dijo nada de eso a Levine, claro. Así que la destinaron de nuevo a Terra Nueva, concretamente a una colonia llamada Gemini. No tenía ni idea de que fuera tan cercana a Armantia y su sorpresa al encontrarse a Olaf en una de tantas persecuciones de Boris, fue mayúscula. *El multiverso es un pañuelo*, pensó entonces. *Quién lo diría.*

–¿En qué piensas?

–En muchas cosas –replicó ella sin mirarle.

–Si te gustaba el mar, aquí debes estar encantada –comentó Olaf, conciliador.

Ella sonrió, pues se notaba que lo hacía de buena voluntad. Estaba agarrada a la baranda de cubierta, y le dio la espalda apoyándose en ella con los codos para encarar al general.

–¿Quiénes somos ahora, Olaf?

Este torció el gesto ante lo inevitable de la conversación y se puso a su lado, pero mirando al mar.

–Nos ha cambiado lo demás, pero somos los mismos.

–A ti no te noto igual...

El general le contó, como pudo, toda la historia de la inyección de Boris.

–Pero sigo siendo yo –aclaró sonriendo.

–¿Y de mí cómo lo sabes? –dijo Marla con voz apagada, casi para sí.

–¿A qué te refieres?

–Podría ser otra Marla de otro universo, una de tantas.

–No es eso lo que vi en tus ojos cuando me apuntaste con aquella arma en Gemini.

–Pues podría ser otra de otro universo que se lió con otro Olaf Bersi...

–Si era otro como yo... –interrumpió Olaf– ¿Qué más da? No veo a dónde quieres llegar.

Marla hizo ademán de sonreír sin llegar a hacerlo.

–Tú nunca padecerías el *mal multiversal* si existiera. Ni tendrás el lío mental que tengo yo ahora...

–Eh...

Olaf le pasó un brazo por el hombro, acercando su cara a la suya.

–No estás sola.

Marla asintió, preguntándose si era cierto.

Julio notaba cómo su propio organismo se alteraba con el curso de los acontecimientos. Hacía muchísimo tiempo que no sentía estrés, inquietud, expectación. Miedo. Él era el emperador de la Red de la Humanidad. No se rodeaba de la pomposidad que tal título supuso en el pasado, pero en la práctica era uno. Intocable, inalcanzable, omnipresente.

Divino.

Pero los últimos datos que analizó junto a la cúpula del imperio le devolvieron de golpe a la realidad. No era nadie. No era nadie porque la humanidad tampoco lo era.

Sabía que en el caos se enfrentaba a lo desconocido, claro. Recordó los tiempos de terror cuando descubrieron en uno de los universos, concretamente en el mundo que compartía coordenadas con La Tierra –al fin y al cabo, el único que investigaban siempre en todos los universos– a unos bichos horripilantes que se colaron en la sala de tránsito con la sonda de regreso. Destriparon a más de veinte empleados antes de que los mataran y sellaran todo. Julio llegó a suplicar literalmente por las noches que no hubiera manera de que aquellos bichos les siguieran el rastro e invadieran la Tierra por su cuenta. Sólo el contacto ya daba miedo.

Sin embargo, y pese a ser más avanzados, también eran muy terrenales. Muy... *orgánicos*. Cuadrúpedos. ¿Familiares?

La cuestión se centraba en la información que les proporcionó aquel topo en Gemini, porque lo cambió todo. Al principio lo que le dominó fue rabia, pues pudo descubrir gracias a él que el otro infiltrado que tenía por aquellos lares, Miguel Hamilton, no cumplió su trabajo. La Marla que no consiguieron captar fue condenada a muerte y sin embargo vista con vida más tarde junto a un grupo de resistentes equivalente a los Boris que huían del imperio de Julio. Pero los nuevos compañeros de Marla no evitaban la Red de la Humanidad, sino algo llamado *Alianza Tsung*: la evidencia directa de que otro imperio multiversal tenía asuntos pendientes en aquel mundo. ¿Era más poderoso que la RH? ¿Cuántos más había en contacto con aquel planeta? ¿Se atreverían a asimilarle? ¿Se preguntarían lo mismo sobre él?

Incluso eso ya era secundario. En cuanto empezó a oír hablar sobre dioses, tipos que aparecían del cielo y realizaban milagros, empezó a sospechar. Hasta que lo relacionó con los amenazantes y enigmáticos mensajes anónimos que recibía, y los inquietantes descubrimientos que sus nuevas sondas invisibles descubrieron alrededor de Terra Nueva.

No estaban solos.

Un escritor de ciencia ficción muy popular en el siglo veinte dijo que una tecnología lo suficientemente avanzada era indistinguible de la magia. Y descubrieron mucha, mucha magia.

Nubes que serían invisibles de no ser por la extraña actividad electromagnética que albergaban en su

interior. Poco densas, pero enormes y de movimientos muy caprichosos. Cuando la primera sonda se aproximó a una de ellas para investigar se materializó justo frente a ella una réplica idéntica que a su vez escrutaba al explorador. La sonda gemela comenzó a imitar sus movimientos. Parecía un intento de contacto. ¿Un genuino encuentro extraterrestre?

Probaron con otra cosa. La sonda también tenía oídos, así que usó sus antenas para enviar información a su réplica gemela. Si esta era idéntica la recibiría y almacenaría. Y así fue. De hecho, tal y como esperaban, la sonda respondió en el mismo lenguaje binario: imágenes en bruto. La mayor parte de los datos consistieron en combinaciones de colores y degradados que no entendían, pero en una reconocieron la imagen de un planeta desconocido. Sí, se trataba de un contacto auténtico. Seguramente fuera su mundo natal.

Eso no tenía por qué dar miedo, sino más bien excitación. De hecho su poder de replicación explicaba en parte lo del tal Ishtar del que tanto hablaba su topo, el hombre que aparecía suspendido en el aire. Era una conjetura, pero sospechaba que replicaron a un humano para relacionarse más fácilmente con la especie a través de las colonias y sus *ángeles*, tal y como hicieron con la sonda. No, aquello era novedoso, revolucionario, pero no terrorífico. Fue la última instantánea la que complicó enormemente el sueño de Julio.

Una vista de su propio despacho, con él sentado, consultando datos en su IA.

—**A**rmantia —dijo Olaf contemplando la isla—. Qué raro se me hace *llegar* a ella.

No es que el paisaje llamara a la nostalgia. Cuanto veían era una costa de oscura roca y casas humeantes, las cicatrices aún sangrantes de la invasión gemineana. Para Marla, un escenario apocalíptico.

—¿Qué parte es? —dijo ella.

—Hervine, justo desde donde partimos. Qué ganas tengo de volver a Turín... contigo.

Marla sonrió sin alegría. No conseguía sentirse igual con Olaf y estaba segura de que él se lo notaba pero intentaba echar tierra encima. Tampoco percibió la añoranza que esperaba por volver a Armantia. ¿Cuál sería su hogar entonces?

Unas náuseas terribles la invadieron de golpe y tuvo que asomarse por la borda para vomitar.

—¿Estás bien? Debe ser terrible marearse en un barco con lo que te gusta el mar —dijo Olaf.

Marla creyó notar en la frase un toque de ironía que no le gustó nada.

—Tú tampoco pareces muy sano —replicó observando su palidez, mientras se pasaba la manga por la boca.

—Yo también me mareo —dijo él.

Pero su respuesta no la convenció, ella al menos tenía una excusa aunque él no la conociera.

—Ah, veo que nos esperan —añadió el general.

Y así era, un destacamento de soldados hervineses les aguardaba en formación, y cuando cuando llegaron a tierra ninguno de ellos se movió.

—¿Qué ocurre? —susurró Marla.

—No lo sé, pero no me huele bien.

Los soldados no aparentaban ni amabilidad ni hostilidad, se limitaron a permanecer inmóviles, así que descendieron lentamente por las cuerdas hasta pisar por fin suelo firme, momento en el que uno de los hervineses se adelantó.

—¿Sois Olaf Bersi y Marla Enea?

—Sí —dijeron ambos al unísono.

—Quedáis pues detenidos. Os conduciremos al calabozo hasta que el gobernador decida sobre vuestro destino.

—*Byron* —siseó Olaf—. ¿De qué se nos acusa?

–A lady Marla de deserción y traición, y a vos de conspiración.

–Quiero hablar con el gobernador.

–Eso ocurrirá si el gobernador así lo desea. Tenemos órdenes de llevaros al calabozo. Vosotros decidiréis si vivos o muertos.

–De acuerdo –dijo Olaf resignado.

Afortunadamente no les ataron o vendaron, se limitaron a escoltarlos.

–¿Byron gobernador de Hervine? –dijo Marla alarmada– ¡Tendría que ser Lucas!

–Murió en la invasión. Al parecer el siguiente en el mando era él.

–Claro, el siguiente en el mando *militar*. Pero ese patán no sabe nada de gobernar, oh, mierda...

Curiosamente su sentimiento dominante era el de indignación. Después de todo le importaba lo que le pasara a Hervine. Después de todo...

Pero volvió a la realidad. Se los llevaban para ejecutarlos. Posiblemente. Probablemente. No tenía sentido entonces pensar en nada más allá de eso.

El viaje fue particularmente desolador pues cruzaron parajes que Marla ya conocía; nada más tomar el gobierno de Hervine realizó un recorrido intensivo por todo el país para conocerlo mejor y ahora dichos lugares estaban desiertos o en cenizas; una plaza de perpetuo bullicio se había convertido en una explanada en la que unos cuantos campesinos apilaban cadáveres para luego quemarlos. Fue durante aquella travesía cuando empezó a tener verdadera idea del alcance de la invasión.

Una vez llegaron al calabozo metieron a ambos en la misma celda y para su sorpresa, frente a ellos se encontraba...

–¡Keith! ¡Sobreviviste! Pero... ¿Qué haces aquí? –preguntó Olaf.

–¡Vosotros también estáis vivos! Perdona, ¿Eres...?

–Marla –dijo ella sabiendo a qué se refería.

–Marla, sí. Me alegro de que estéis los dos bien. Al final te la trajiste, amigo.

–Sí –afirmó Olaf sonriendo– pero no has respondido a mi pregunta.

–Cuando te fuiste en aquel navío... vinieron más hervineses a ayudarnos con los invasores que llegaron a la costa. Con muy pocas bajas, les entretuvimos hasta conseguir que sus armas fueran inútiles. Uno de nosotros había salido a pedir ayuda y se trajo algunos refuerzos. Tomamos a los invasores como prisioneros, y estos... confesaron que nos llevamos su barco. Así Byron descubrió toda nuestra operación y me apresó. Una torpeza por mi parte. Más allá de eso no hay mucho que contar, se anexionó Dulice y Debrán y ahora lo intenta con Turín. Por todas partes hay milicias que luchan contra él o incluso entre ellas mismas.

–Armantia está completamente desecha –dijo Olaf negando con la cabeza.

Con qué ligereza se llega aquí a la guerra civil, pensó ella.

–¿Qué crees que va a ser de nosotros?

–A mí me van a ahorcar mañana... imagino que con vosotros matarán más pájaros de un tiro.

–¡La horca lleva abolida en Hervine desde que Lynn comenzó su mandato! ¡¿Cómo se atreve?! –exclamó Marla, furiosa.

Olaf y Keith se interrumpieron, mirándola con perplejidad.

–¡¿Qué?! –gritó ella fuera de sí.

—¿Un virus? —preguntó Enea asombrada.

—Eso he oído, sí —respondió Lilith—. Parece que es la manera más fácil con la que los Boris pretenden eliminar cualquier rastro de humanidad de Armantia y así volver a empezar con ella. Lo peor es que habrá gente que lleve ese virus a Gemini inconscientemente, con los mismos devastadores efectos. En la Simanu, quienes vigilan a Gemini lo saben y miran para otro lado, porque en el fondo a ellos tampoco les gusta cómo va la colonia vecina de Armantia y les tienta la repoblación.

—¿Qué podemos esperar entonces de Ishtar? ¿Nos ayudará?

—Misterio... Ishtar es terriblemente ambiguo en sus intenciones para con nosotros. No se compromete, siempre dice que tiene que hablarlo con los demás, los que son como él.

—A ver si te entiendo... ¿Quieres decir que igual que se puede poner de nuestra parte, podría decantarse por los etéreos que apuestan por nuestra eliminación?

Lilith se encogió de hombros.

—O tal vez no se decante por nadie.

—Entonces tenemos que buscarnos la vida con ese virus. ¿Cómo aparecerá?

—No lo sé.

—Ahora que lo pienso... recuerdo que Miguel Hamilton dijo algo acerca de los Boris y unas cepas. Tal vez sepa más de lo que dice.

—Interesante...

* * *

—La mediadora te ha reclamado— le dijo Shad.

—¿A mí, por qué?— preguntó Miguel extrañado.

—No es de mi incumbencia, debes acudir de inmediato.

—De acuerdo.

No se explicaba qué podría querer de él aquella mujer. Tal vez sospechase de lo que dijo de él la chica ante el arbitrador. Pero realmente ya daba igual, la ejecución —o el suicidio— ya debía haberse producido. Él

era un gemineano normal y corriente, y Marla fue la única prueba que hubo de lo contrario. No tenía nada que temer.

–Hola, Miguel –dijo la mediadora cuando él entró en la sala.

No fue lo suficientemente rápido como para evitar que una sombra fugaz surgida desde su izquierda le sumiera en la sombra. Todo fue muy rápido. Una capucha, sí, le colocaron una capucha en la cabeza, y en cuanto se la fue a quitar un golpe en la cabeza lo terminó de hundir en las tinieblas.

* * *

–Joder...

–Ya vuelve en sí –dijo Enea.

Se encontraban en una de las salas de interrogatorio gemineanas en las que Lilith gozaba de acceso, y donde tenían garantizada una absoluta discreción.

–Tú –dijo Miguel pesadamente, sin saber a dónde mirar por la capucha. Estaba maniatado–. Sigues... viva...

–Qué lástima ¿Eh? Y ahora soy yo quien te tiene prisionero. ¿A que hay justicia en el mundo después de todo?

–Pero... cómo... cuando entré estaba la mediadora... si la atacaste a ella también todo el mundo te perseguirá, y no llegarás lejos... lo sabes...

–La mediadora está vivita y coleando, gracias –dijo Lilith–. Eres tú el que debe temer por su pellejo. Esto es un interrogatorio, Hamilton, ve situándote.

Miguel bufó.

–¿Un interrogatorio? ¿A mí? ¿Y qué esperáis sacar de mí? Por favor...

–Podrías empezar por el virus –dijo Lilith.

Miguel ladeó levemente la cabeza en dirección a Lilith, con un ademán afirmativo.

–Vaya, veo que la cosa va en serio. Sí, es cierto, hay un virus.

Y optó por permanecer callado.

–No especifiques más, está intentando averiguar cuánto sabemos nosotras –dijo Enea a Lilith–, aún se cree en posición de regatear información. Al fin y al cabo es de lo que vive.

Y se acercó hasta la altura de la oreja del encapuchado, para susurrarle.

–Aún tengo aquí tu pastilla, cabrón. No me hagas ofrecértela para librarte de algo peor.

Se retiró de nuevo al lado de Lilith, quien la miraba preguntándose qué le habría dicho. El encapuchado, por su parte, permaneció en silencio hasta que este se hizo demasiado incómodo, momento en que acabó por rendirse suspirando como un globo se desinfla.

–Debéis tener en cuenta que sólo soy un mercenario. Realmente no trabajo directamente ni para la Red de la Humanidad ni para los Boris, por lo que mi información es limitada.

–Continúa –dijo Lilith.

–Lo que sé es que preparan un virus para aniquilar a los habitantes de todas las colonias. Todo este planeta, básicamente.

–¿A todas las colonias?

Miguel rió.

–No tenéis idea de la que se ha liado sobre vuestras cabezas... Hay *ángeles* que no están respetando la paz entre ellos... estaciones y naves que bombardean las colonias vecinas a la suya... el planeta entero como proyecto colectivo se está desmoronando. Por no hablar de que al igual que la *Erre Hache* otros imperios tienen acceso y vigilan este mundo con codicia... es la puerta para asimilar más redes de universos, para engordar comiéndose otros imperios. Se vigilan entre ellos, paranoicos. Este mundo está condenado, señoritas, igual que aquellos de los que procedemos. No sé qué esperáis conseguir apresándome.

–Entiendo –dijo Lilith– ¿Y por qué quieren los Boris provocar una epidemia genocida?

–Un momento –objetó Miguel–, tú no conoces a los Boris, ni sabes de epidemias... ¿O resulta que la mediadora no es una funcionaria de justicia gemineana normal y corriente?

–Es evidente que no, vengo de la Simanu.

–Oh... los *ángeles* de los gemineanos. Me desconcierta que me preguntéis acerca de ello, dado que los de la estación Simanu están con los Boris y *ángeles* de otras colonias tras lo del virus. Es como una coalición letal –dijo riendo.

–No es posible –replicó Lilith desconcertada–. Nunca oí nada al respecto allí, nos limitamos a observar Gemini y defender la colonia en momentos puntuales, nada más.

–Claro, lo mismo que los Boris afirman hacer con Armantia desde la *Oberón*, cuando tras las cortinas preparan un virus. Yo diría más bien que en la *Simanu* te tienen fichada, mediadora. Ya no confían en ti ¿Eh? ¿Con que disidentes internos en la Simanu? Ahora entiendo que estés con ella –dijo refiriéndose a Enea.

–No has respondido a su pregunta –replicó Enea–. ¿Por qué quieren acabar con todo el mundo?

–Para que no gane nadie. Es una pataleta global, si creamos una nueva colonia sobre las ruinas de la anterior, y los demás se la van a volver a cargar desde el espacio... matamos varios pájaros de un tiro. Al carajo todo el mundo, ciclo para todos. Puestos a hacer trampa, rompemos la baraja. Es así de simple.

–Ya veo que a nadie le importan los habitantes de las colonias. Los armantinos, los gemineanos... millones de personas...

–Lo siento, guapa, esto va de gobernantes haciéndose la puñeta. Lo demás no importa, además existe la legitimación moral de que es lo mismo que hicieron otros cuando se encontraron un panorama similar hace cuatrocientos años... mientras exista ese ciclo, nadie va a dejar de dormir por los habitantes de las colonias. Todos piensan ahora en los que les sucederán, y cada *ángel*, cada estación, quiere asegurarse de que sea su colonia, su *humanización*, el potencial caballo ganador.

–Sólo Ishtar puede detener esto –dijo Enea a Lilith.

–Oh... –siguió Miguel– oh, Ishtar... una de las rarezas maravillosas del multiverso... un Dios para algunos... que sólo mira con lupa cómo nos deshacemos en este podrido planeta. Sí, ya sé de ese Ishtar, está en contacto con todos los *ángeles* y ya veo que con alguna colonia también. Nunca interviene, somos un *teledrama* para él, un entretenimiento, se limita a recolectar datos sobre nosotros, es más, si yo fuera él ahorraría sufrimiento a los habitantes de este mundo y los borraría del mapa, ya que tan empeñados están en exterminarse.

Enea y Lilith se siguieron mirando, intentando leerse los pensamientos, y Miguel advirtió en sus rostros una arrolladora desesperanza.

–Eh –continuó–, que conste que no disfruto de esto. El tono arrogante es pura fachada porque no hay nada que podamos hacer. Hago favores a la Red de la Humanidad porque tal vez me mantengan lejos de aquí cuando todo esto reviente. Es una putada lo que está pasando, lo sé, yo también he hecho amigos entre los gemineanos. Sé lo que sentís...

–Me partes el corazón –dijo Enea.

–En serio, no es ninguna treta, ni quiero aguar la fiesta. Es la verdad. Si queréis salvar las colonias... en fin, allá vosotras. Pero no hay nada que hacer. Todos morirán. Quizá las civilizaciones que nazcan de la nueva repoblación tengan más tiempo para prosperar y...

Un sonoro puñetazo le interrumpió.

–Ahora estamos en paz –dijo Enea agitando la mano ejecutora.

–Zorra –siseó Miguel escupiendo dentro de su capucha–. Al menos atrévete a pegarme sin la capucha, mirándome a la...

–Ya basta –cortó Lilith–. Escóndete en el pasillo de atrás –dijo a Enea–. ¡Shad! –gritó.

–Vengo a la llamada de la mediadora –anunció el guardia apareciendo por la puerta.

–Llévatelo al calabozo. No saldrá hasta que yo lo diga.

–Como diga la mediadora.

–No, espera... ¡Tu mediadora no es quien crees! –gritaba Miguel, pero Shad le arrastraba impasible.

–¿Y ahora? –dijo Enea volviendo a aparecer.

–No lo sé... –replicó Lilith suspirando mientras volvía a tomar asiento–. No lo sé... todo apunta a que tiene razón, si sólo contamos con *Ishtar* estamos perdidos...

Enea vio a Lilith taparse la cara durante unos instantes, y cuando retiró las manos sus enrojecidos ojos lagrimeaban.

–Ishtar me dijo que presenciaria el fin del conflicto antes de llevarme –dijo Enea intentando aportar algo de luz al asunto al verla tan mal.

–Me alegro por ti.

–Me refiero a que si lo dijo es porque tal vez sepa cómo o cuándo acabará todo.

–Entonces me alegro por él, eso no nos ayuda. Tenemos... tenemos que... –se frotó nuevamente el rostro con cansancio– tenemos que reunir a nuestro grupo y separarlos de los gemineanos, tal vez en las cumbres... sí, ahí podríamos aislarnos del virus y quienes lo padezcan... ¿Ocurre algo? –preguntó Lilith al notar una mueca de escepticismo en Enea.

–Es que es asfixiante... ¿Vamos a separarnos de los gemineanos por temor a un virus traído de nuestros ángeles, de los que también nos separamos por sus planes de repoblación quienes a su vez se separaron de sus universos originales huyendo de los imperios multiversales los cuales ya se evitan entre sí? Huir, fragmentar, huir, dividir, huir... No podemos huir de nosotros mismos, Lilith.

–Incluso aunque la humanidad consistiera en cuatro personas y tuviera que separar a dos para salvarla, lo haría. ¿Algún problema con eso? –rebatía la mediadora empezando a enfadarse–. Para ti es fácil quejarte, tú no tendrás que vivirlo.

–Está bien, digamos que en este caso podría no quedar remedio. Aunque tú sobrevivirías regresando a la Simanu antes de que...

La mirada de Lilith la interrumpió.

–¿Quién te crees que soy? Maldita sea, Enea, bajamos aquí para algo, me la juego organizando a los geminanos clandestinamente por algo. Y ya oíste a Miguel, ahí arriba no soy de fiar.

–Ya, pero....

–¿Lo sé! –exclamó Lilith, cada vez menos paciente. Enea le creía un mayor autocontrol, pero la situación era desesperada–, sí, nuestras posibilidades son mínimas, y más si nos ven desde ahí arriba, y sin que sepamos cómo llegará ese virus. ¿Rociado aéreo? ¿Bombas racimo? ¿En los pozos? ¿Todo a la vez? La alternativa es quedarme aquí de brazos cruzados. ¿Vas a continuar alentándome al abandono? ¿Para eso te

liberé?

Contrariada, Enea no respondió.

–Bien –dijo Lilith sin alzar la vista, cogiendo un rollo de papel y una pluma–, si reuniéramos a todos en un día podríamos recorrer las montañas durante...

Continuó mirándola sin escucharla. Estaba delante de alguien que tenía la certeza de que iba a morir junto a todos los que la rodeaban, y que aún así poseía esa resignación disciplinada de seguir hasta el final.

Desde luego que les ayudaría.

—No queda mucho para que nos lleven —escuchó Marla.

Aquella frase le hizo abrir los ojos. Estaba sentada en una esquina de la celda con la cabeza apoyada en la pared; parece que después de todo logró dormitar unas horas. Keith, por contra, seguía con los ojos cerrados. Pero alguien dijo algo que la despertó, sí, fue Olaf, sentado en la esquina de en frente.

—¿Cómo te sientes? —dijo ella.

—Como en una de esas batallas místicas de los libros en las que estamos a merced de caprichos y rencillas divinas.

—Celebro saber que os ha llegado algo de la tradición griega.

—¿Y tú? —dijo él.

—No lo sé —respondió tras pensarlo unos instantes—. Mal, supongo. No es así como pensaba acabar. No es así en absoluto.

—Suen a que tenías planes para cuando llegáramos.

—Es posible.

Olaf se vio forzado a sonreír.

—Con que *es posible*, vuelves a ser tan esquiv a como cuando te conocí.

—Y tú tuviste mucha prisa por regresar a Turín —dijo ella a la defensiva.

—Cierto, supongo que también tenía planes.

Permanecieron unos instantes en silencio, flotando en el aire la confianza perdida. Se estaban guardando secretos el uno al otro.

Dispuesto a sentarse a su lado, Olaf se levantó.

—Ya no va así —dijo ella sin mirarle.

El general, sin embargo, no se dio por vencido y rodeó su hombro con el brazo para besarla en la mejilla.

—Marla, Marla... lo que debes haber pasado soportándonos, y soportándome.

Ella le miró como si no le conociera.

—¿Hay algo que deba saber?

—Nada, es sólo que... estoy más lúcido últimamente, supongo que como tú he cambiado un poco. Y ahora comprendo todo lo que has tenido que cargar tú sola. Lo siento si alguna vez te incomodé, ya sabes, idolatrándote y llamándote salvadora o exigiendo siempre respuestas, tan sólo porque llegaste de otro universo.

–Eh... en fin –dijo ella preguntándose qué diablos le había ocurrido a Olaf–, gracias. Es algo que nunca esperaba que me reconocieran.

–Y en lo que a mí respecta, estás perdonada.

–¿Ah, sí? ¿Por qué razón?

–Así es como te castigas por creer dejarme. Pero el caso es que has vuelto, y creo que yo soy la razón o una de tus razones. Eso me basta.

–Haces que todo sea muy fácil –dijo ella sonriendo. En parte gracias a esa respuesta pudo seguir guardándose la razón principal de su regreso. Si iban a morir no tenía sentido que él se enterara.

Lo que no era óbice para apoyar la cabeza en el hombro del general, quien recorría su pelo suavemente con los dedos.

–Me siento enormemente afortunada de que seas la primera persona que me encontró cuando me enviaron aquí.

–Y yo de que te me aparecieras como salida de un cuento de hadas.

Continuaron varios minutos hablando sólo a través del silencio y de los gestos, y disfrutando del momento hasta que el sonido de varios pasos les obligaron a erguirse.

–Byron –maldijo Olaf.

El nuevo y *autodeclarado* rey de Armantia venía acompañado de cinco guardias armados.

–Vaya, quién lo iba a decir, *El Gran General* apresado por traición. Me parece que no es la primera vez.

–Byron, abandona esta pantomima –dijo Marla–, no tienes idea de cómo va esto.

–Tengo la suficiente, lady Marla. Para empezar tu prometido rechaza sospechosamente hacerse con el control de media Armantia, para después enterarme de que engatusó a uno de mis hombres en un intento de ayudarlo a llegar a la tierra de los invasores. ¡A la de los invasores!

Keith empezó a murmurar, despertando.

–Y encima ahora aparecéis vos con él –continuó señalándola–, tras desaparecer en misteriosas circunstancias, de mano de Boris de Alix. ¡Además de haber sonsacado a los invasores que vinieron a por vos! Todo este asunto apesta. Por nada os daría a ninguno de los dos gobierno alguno de Armantia. Todo está desecho y para volver a levantarnos necesitamos un único gobierno y un único rey. Vosotros ya sólo me servís como apoyo popular.

–Tú –dijo Keith, ya despierto–, lástima que tus guardias no estuvieran contigo durante la invasión para presenciar por sí mismo la clase de rey que van a tener.

Byron le miró durante unos instantes sin decir nada.

–Sacadlos y que los ejecuten en la plaza, que todos lo vean –ordenó al fin.

–Esta ejecución marcará tu mandato, Byron. Y no para bien. Lo sabes –dijo Marla mientras los guardias la maniataban.

–Son tiempos difíciles, lady Marla, eso se entenderá. Además me he tomado la molestia de informar al pueblo acerca de vuestras actividades. Resulta sorprendente cómo se puede volver a unir a gente destrozada y desesperada cuando se les da a quién odiar. Creen que vosotros trajisteis a los invasores, y la verdad, no creo que vayan desencaminados...

Aunque fuera un idiota megalómano, a Marla no se le escapó que varias de sus apreciaciones eran ciertas.

Esta vez la travesía fue menos agradable que la que les llevó hasta el calabozo hervinés, pues estaban atados y avanzando a empujones hasta la cercana plaza central de la ciudad de Hervine, abultada de un

público del que únicamente recibieron abucheos e insultos.

¡*Cómo pudiste abandonarnos!* le gritaron a Marla. Aquella frase pudo con ella y las primeras lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas. Olaf se dio cuenta y le exclamaba constantemente que no hiciera caso, que estaban bajo un engaño.

Pero es cierto que les abandoné, pensaba ella.

Marla seguía llorando desconsoladamente cuando se detuvieron frente a las tres sogas, y personas de rostro sucio y encogido les tiraban cuanto tenían a mano. Gente que lo perdió todo menos el odio y el rencor.

Tras separarla a ella del grupo, el verdugo le colocó la soga en el cuello y anunció en voz alta los delitos que supuestamente cometió, siguiendo el antiguo protocolo. En ese punto Marla intentó serenarse, al darse cuenta de que llorar no servía de nada, pero la impotencia que albergaba el rostro de Olaf al verla a punto de morir triplicó el dolor que sentía por la inminencia de su muerte, e hizo que sollozara de nuevo. Sus emociones se encontraban permanentemente al límite, y no podía soportarlo mucho tiempo más.

Para su sorpresa, el verdugo se vio obligado a detenerse cuando algunos desde el público comenzaron a exclamar que, al igual que Marla, el cielo estaba llorando.

* * *

Miles de gemineanos atravesaban las gélidas cumbres del oeste de Gemini, con Lilith y Enea a la cabeza. El éxodo para evitar la amenaza del virus era duro, pero no más de lo que habían previsto; esperaban ser lo suficientemente pocos como para no llamar la atención a la estación espacial que apadrinó Gemini, la *Simanu*, y así esquivar el virus con el que pretendían reiniciar la colonia y aislarse de él.

Consciente de la amenaza que se cernía sobre su cabeza, Enea alzó instintivamente la mirada y su corazón se aceleró al contemplar con asombro la multitud de estelas que caían del cielo.

–¿Ves lo mismo que yo? –gritó a Lilith, quien iba delante en la cola de gemineanos afines en pleno éxodo hacia las montañas.

–Ramen nos proteja –replicó esta afirmativamente, acercándose a ella sin dejar de mirar el firmamento.

Todos se habían detenido para no perderse el espectáculo.

–Entonces ya ha ocurrido –dijo Enea con voz apagada–, nos bombardean con el virus.

Lilith seguía contemplando la plétora de bolas de fuego que surcaban el cielo, sin reaccionar de la misma manera.

–No es el virus –sentenció con una respiración cada vez más acelerada. Tras retirar parcialmente la manga de su muñeca, se dispuso a manipular la pulsera, presumiblemente una IA.

Lilith insistió en lo que fuera que estaba haciendo pero no dio muestras de tener éxito, y retornó su mirada al cielo con visible frustración.

–Lo ha hecho... –dijo al fin.

–¿Qué? –preguntó Enea aún sin entender.

–La *Simanu* no devuelve señal. ¡No está!

–No te entiendo. ¿Y dónde está?

Lilith señaló con la cabeza hacia el cielo.

–Pero... pero... –dijo Enea casi sin habla– son demasiadas y muy grandes para ser fragmentos de la

Simanu...

–No lo has entendido... la *Simanu* sólo es uno de esos bólidos –dijo Lilith sin apartar la mirada del cielo–, ha *reentrado* en la atmósfera. La *Simanu*, la *Oberón*... Todos los *ángeles* están cayendo...

Divisaron también varios objetos voladores humeantes, aunque no incandescentes, perderse en el horizonte.

–Esas deben ser cápsulas de salvamento –dijo Enea–. No puedo creerlo... entonces, están... todas han... ¿Cómo es posible?

Al fin, Lilith la miró.

–Creo que los etéreos se han pronunciado.

* * *

–Darío, maldita sea, explícame qué está pasando –dijo Julio encolerizado.

–Lo ignoro, señor –replicó exasperado el holograma de Darío–, sencillamente no podemos comunicar con Terra Nueva, y las sondas no muestran contacto visual con la *Oberón*. Creemos que...

La imagen de Darío se transformó bruscamente, durante unos segundos, en un texto.

“FUISTE ADVERTIDO”

–...entre otras anomalías. ¿Se encuentra bien, señor? –dijo Darío al ver la cara que tenía Julio. Este se quedó unos instantes paralizado. A continuación comenzó a dar órdenes a toda velocidad.

–Nuestras instalaciones de reserva, las que usamos para viajar al caos... destrúyelas, ¿me oyes? Destruyelas ahora mismo, así como todo nexo que podamos tener con Terra Nueva. Y que de allí no entre ni salga nada ni nadie...

–Pero...

–¡Hazlo maldito imbécil! ¡Que de allí no salga ni entre nadie! Y haz que se deshagan de cualquier hijo de perra que intente saltar a un universo que no esté en nuestra red. ¡Cuarentena! ¡Asepsia total! ¡Ya!

Algunos hervineses desataron a Marla entre mil y una disculpas creyendo que tenía algo que ver con lo sucedido, para luego huir despavoridos. Afortunadamente, el verdugo y los guardias les ignoraban completamente, hipnotizados por los acontecimientos, lo que le permitió desatar a los demás.

–¿Qué ocurre?– dijo Keith alarmado, mirando al cielo– ¿Bolas de fuego? ¡Decid algo!

–Creo que están cayendo –dijo Marla–. Todos... estaciones, cápsulas de evacuación... de un modo u otro, se está barriendo la órbita...

–No te entiendo.

–Yo sí –dijo Olaf.

Tanto Keith como Marla le miraron con el ceño fruncido.

–Lo que ocurre es que no habrá ciclo –continuó el general–. Que esta Armantia durará más de cuatrocientos años. Que no volveremos a tener *Historia Oscura*. Que hemos ganado.

–Pero... ¿Cómo...? – se decía Marla.

–Ya... no importa... ya no importa... –dijo Olaf con voz temblorosa.

Cuando Marla le miró, el general tenía mueca de sorpresa. Luego cerró los ojos, y sonrió de oreja a oreja como si recordara algo gracioso para, acto seguido, caer al suelo tieso como una tabla.

–¡Olaf! –gritó ella levantándole la cabeza de rodillas.

–Temía que esto pasara... tal vez la inyección estaba defectuosa... tal vez estaba programado para cuando todo pasara... tal vez fuera este el... precio...

–¿De qué me estás hablando? –dijo ella al borde del llanto.

–Seré breve mientras me quede conciencia... me muero, Marla. Este es mi final. Lo sentía llegar, aunque no lo esperaba tan pronto. Por eso quería ir contigo a Turín lo antes posible. Prométeme que mi funeral se hará allí. Prométemelo.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, tapándose la boca para ahogar el llanto.

–No sé si hay un hogar para ti en este mundo –continuó–, pero sí sé que puedes construirlo. Ahora este lugar tiene un futuro, y quiero que construyas también ese futuro... donde tú y nuestro hijo podáis ser felices.

En ese punto el débil equilibrio emocional de Marla se quebró y comenzó a llorar.

–Sí, siempre sospeché que ese fue el motivo de tu regreso... Espero que Keith y Enea puedan cuidar de vosotros... No odies a Boris por esto, en estos días he sido el hombre más libre que Armantia ha conocido en cuatrocientos años...

Olaf le cogió la mano y se la apretó débilmente, mirándola a los ojos.

–Te quiero. Y quiero que seas fuerte de ahora en adelante, cuando ya no esté para abrazarte. Hazlo por mí, y por él –añadió apretando débilmente la otra mano en su abdomen.

Marla balbuceaba entre lágrimas cosas sin sentido, asintiendo sin cesar.

–Vete... ve... –balbuceaba Olaf.

Sintió una mano agarrarle su brazo. Era Keith.

–Hazle caso, tenemos que irnos, Marla.

–No pienso dejarle, aún sigue consciente...

–Te prometo que recuperaremos su cuerpo, pero ahora mismo los guardias y el verdugo no van a seguir entretenidos o asustados mucho tiempo. Tenemos que huir de Hervine, ahora...

–¡No! –desafió Marla.

–Llévatela... llévatela Keith... –balbuceó Olaf con el cuerpo tembloroso.

–Adiós, compañero –dijo Keith tomándole la mano unos instantes como si nada más ocurriera.

–¡Sigue consciente! –gritó ella desesperada intentando alargar el brazo hasta el general mientras Keith la arrastraba consigo– ¡No!

Al oír los gritos de Marla, algunos guardas apartaron la mirada del cielo, cuchicheando entre ellos.

–¡Maldita sea! –gritó Keith comenzando a perder la paciencia por la resistencia que ofrecía, avanzando a traspies. Zarandó a Marla por un brazo señalando con el otro el lugar en el que estaba Olaf, aunque desde donde estaban ya no se veía– Si quieres honrarle tienes que empezar a pensar en tu vida y en la de vuestro hijo. Los guardias ya se han fijado en nosotros ¿Entiendes? ¡Mírame! ¿Me entiendes?

Ella le miró unos instantes confusa, aún sollozante, y acabó por asentir con la cabeza.

–Bien –respondió Keith suspirando–. Dame la mano, sé cómo moverme por aquí.

Atravesaron al aterrorizado gentío a empujones, pues muchos dejaron de correr paralizados por el horror que les llegaba desde el cielo. A lo lejos divisaron a los guardias mezclándose con los demás.

Definitivamente les perseguían.

Tan rápido como pudo Keith llegó al principal mercadillo hervinés para entrar en uno de los establos aún con Marla de la mano, pero una hoja afilada se interpuso en su camino.

–¿También vienes a saquear? ¿Eh? –dijo el tembloroso hombrecillo que tenía delante, sujetando un cuchillo.

–¡Noah! Soy yo, Keith...

–Keith... ¿Qué haces aquí? Iban a ejecutarte hoy, te deben estar buscando, y yo... yo...

–Noah, necesito uno de tus caballos con urgencia.

–Se acercan –gimió Marla mirando a lo lejos.

–Pero... –dijo él.

–Diles que te lo robamos, que te amenazamos –replicó Keith acercándose ya a uno.

–Bueno... en ese caso... serán cuarenta y siete moned...

Marla se subió detrás y salieron de allí en caballo cuan rápido les fue posible, dejando al tendero con la palabra en la boca. El propio Keith, curtido en huidas, nunca cabalgó tan velozmente antes y le costaba mantenerse firme con aquel trote. Pero la situación lo justificaba pues al mirar atrás alcanzó a divisar en la

distancia a un montón de soldados hervineses tras ellos, también a galope tendido.

Tras agarrarse a Keith con fuerza, Marla cerró los ojos e intentó no pensar en nada durante tanto tiempo que Keith no pudo evitar gritarle si se encontraba bien, y casi inaudible, ella respondió que sí.

Desafortunadamente los guardias se encontraban cada vez más cerca, y su caballo comenzó a mostrar síntomas de cansancio.

–¿Por dónde vamos? –gritó ella por encima del ruido.

–¡Estamos entrando en Debrán! –respondió.

Al horizonte divisaron también soldados. ¿Debranos? ¿Se involucrarían?

Definitivamente se trataba de un pequeño campamento militar debrano. Lo atravesaron con la idea de pasar de largo. Algunos soldados les miraron con curiosidad mientras encendían un fuego, y Marla, al reconocer a uno de ellos, pidió a Keith que se detuviera. Este, en respuesta, vociferó que estaba loca.

–¡Estoy segura, detente!

A regañadientes, Keith dio media vuelta y se aproximaron a la hoguera.

–¡Girome! –gritó ella– ¡Girome!

Un chico que estaba de espaldas al lado de una tienda, cerca del fuego, se volvió. El joven rey debrano aún vivía, lleno de suciedad y sangre seca a un lado de la cara, pero entero.

–¡Marla Enea y Keith Taylor! ¿Qué hacéis aquí y porqué Hervine nos invade en plena crisis? –dijo él con sorpresa.

–Un militar tomó el poder en mi ausencia y aprovechando el ataque invasor se quiere hacer con toda Armantia. Hemos conseguido huir, pero nos persiguen aquellos jinetes... ¡Por favor, distráeles mientras huimos a Turín!

Girome hizo un amago de sonrisa.

–Sabía que no podía ser cosa vuestra. No os preocupéis, estamos aquí para evitar que las tropas hervinesas pasen de nuestra frontera. Ya hemos repelido varios ataques como debéis notar... ¡*Antoine!* ¡*Terris!* ¡Poned a todo el mundo en su sitio, llegan más hervineses!

Todo el campamento se movilizó, y los soldados debranos se colocaron en fila para encarar la llegada de los jinetes extranjeros.

–¡Huid ahora! –les gritó Girome–, mas no atraveséis Debrán, la guerra civil aún nos carcome, no es lugar seguro. ¡Id por el sur, a través de *Los Feudos!*

Keith reanudó el galope sin dilación, impidiendo a Marla entonar si quiera un *adiós*. Cuando se alejaban pudo ver al grupo de soldados intentando evitar el campamento pero no les fue posible, por lo que se bajaron de los caballos y entraron en combate con la tropa que Girome allí tenía con tal virulencia que Marla no pudo sino apartar la mirada.

A cada trote sentía que una mano invisible le tiraba del corazón. Se trataba de la imagen de un Olaf moribundo en Hervine alejándose de ella a toda velocidad.

Como si una llama del mismo infierno la consumiera, se encogió agarrándose con más fuerza a Keith.

Veintitrés días más tarde.

Marla se encontraba frente a la tumba de Olaf Bersi, en el cementerio de la familia donde yacían muchos allegados del general, incluida su ex esposa, Amandine. Allí decidió dejar una pequeña piedra encima de los tallos para que la brisa matutina no se llevara las flores.

–Siempre se van los que no deberían –dijo una voz tras ella–. Estuve aquí en el entierro de su familia, hace más de dos años, pero no esperaba volver tan pronto.

La sorpresa fue de lo más inesperada.

–¡Girome! –gritó Marla al volverse. Supuso muerto al joven rey de Debrán por no saber nada de él en semanas. Su rostro cansado emanaba serenidad y algo de madurez por las cicatrices, y pese a cojear de un pie, el hijo de Gorza poseía buen aspecto.

–Lamento vuestra pérdida –dijo Girome–. Olaf fue un hombre muy valeroso y yo le debo la vida. Mi padre también le debía mucho.

–Pero –dijo ella sin recobrase de la sorpresa–, ¿qué ha ocurrido con Debrán?

–La guerra civil ha terminado. Los sucesores de Delvin aprovecharon la invasión para intentar hacerse con el poder, pero finalmente fracasaron. Sigo siendo el rey allí, y por lo que veo, Turín también parece en pie.

–Sí –dijo ella con voz apagada–, me ofrecieron ser reina cuando todas las facciones de Turín firmaron la paz, pero lo rechacé. Ahora mismo lleva el gobierno el tutor de Gardar, aunque pronto se convocará una asamblea pues no queda nadie de sangre real.

Girome asintió contemplando la tumba de Olaf. Compartieron un pequeño silencio que por momentos difuminó cualquier circunstancia que les diferenciara. Marla y Girome eran dos seres humanos lamentando la pérdida de un ser querido común.

–Sabréis que vuestra cabeza sigue teniendo precio en Hervine –dijo al fin mirándola.

–Sí, lo sé –asintió ella–. A Byron aún debe escocerle mi huída.

–Y se apropió de Dulice y su industria armamentística. Lo pasamos muy mal conteniéndoles en nuestra frontera cuando creían que estaríamos diezmados. Ahora Armantia está dividida en dos, y ese tal Byron quiere, como Delvin, unificarla bajo su puño. Esto no ha acabado.

–No, pero tenemos un respiro. Vi como quedó Hervine tras la invasión, y ellos también necesitan recuperarse, Girome. No temas una guerra pronta. Quién sabe si la diplomacia se podrá encargar de esto en el futuro.

–Y ese asunto de los invasores...

–Tampoco les esperes pronto. Pero harías bien en empezar a fomentar la industria naval. Necesitamos comunicarnos con los demás. Sí, incluso con los invasores.

Girome se incomodó, aunque probablemente por respeto, no discrepó.

–Cuando leas más y crezcas, lo entenderás –añadió Marla.

–Señor... –dijo el guardia.

–En seguida –le dijo Girome–. Debo regresar cuanto antes, tengo muchísimas cosas que poner en orden.

–Me lo imagino. Suerte con tu reinado, Girome, prometo visitarte algún día.

–Lo mismo os digo –dijo él inclinándose de nuevo. Seguía dándole trato de gobernante.

Marla también retornó a su casa turinense en pleno anochecer. Aquel mismo día, por la mañana, el tutor le cedió amablemente la vivienda que Olaf tenía en la ciudad, la misma en la que el general la hospedó tras recogerla inconsciente al llegar a Armantia pocos meses atrás, aunque ahora le parecía una eternidad.

Dicha cesión fue consecuencia de la renuncia de Marla a sus aposentos en el castillo tras rechazar la corona; prefería llevar una vida tranquila criando a su hijo que continuar lidiando con cuantos turinenses pelearan el poder.

Al regresar recordó su primer paseo con el general por la calle, visitando los mercados, el bullicio, los miradores... ahora sólo existía frío, silencio, oscuridad. Las calles vacías comenzaban a tornarse azuladas.

En la casa de Olaf fue recibida por el penetrante olor a madera húmeda y vieja llena de nostalgia que la llevó a subir las escaleras justo hacia la habitación en la que despertó por primera vez en Armantia. Seguía igual. La vela en la moqueta, la cama, el antiguo mapa de Armantia con los cuatro reinos y los feudos tras la cortinilla de la pared... y la azulada luz que entraba por la ventana. Lentamente se asomó, contemplando el camino por el que decidió seguir a hurtadillas a Olaf hasta la casa del escriba, el día en que le salvó de Sigmund. La noche también era muy parecida.

Definitivamente el recuerdo de Olaf perviviría con ella en aquella casa, y estaba siendo doloroso, al menos en la soledad. Pero le pareció un lugar apropiado para criar a su hijo. Pensando en ello bajó de nuevo las escaleras y encendió una vela con la que poder dirigirse a la que fue su habitación en aquella casa, meses atrás.

Apenas tenía un poco más de polvo, y encontró en el armario el uniforme de *Alix B* con el que llegó allí...

Me estoy torturando.

No regresó sin antes detenerse frente al espejo astillado que descansaba al lado del armario. ¡Cuánto había cambiado! La primera vez que se contempló en aquel espejo, al llegar a Armantia, tenía grandes y húmedas ojeras y gesto de desesperación. Ahora sus facciones denotaban una cierta tristeza, pero también infinitamente más serenidad y seguridad.

¡Toc toc toc!

¿Quién podría ser? Era un poco tarde para que fuera Keith.

Vela en mano, se aproximó a la puerta, pegando la oreja...

–¡Soy yo!

Marla la abrió cuan rápido pudo, sin terminar de creer que Enea siguiera con vida.

–¡Estás viva! –gritó Marla abrazándola como pudo.

–Sí, sí... me dijeron que estarías aquí...

–Por favor, pasa...

Cerraron la puerta con gusto, pues entraba cierto frío del exterior, y Marla dejó la vela en la mesa de la entrada.

–Ven, siéntate. Lamento no poder ofrecerte nada, me acaban de dar la casa...

Enea le hizo un gesto apaciguador con la mano mientras se sentaba.

–No te preocupes, tranquila. Me he enterado recientemente de lo de Olaf... Lo siento muchísimo.

Marla asintió en silencio.

–Le enterramos en aquí, en Turín como pidió. Aún quedaban turinenses que honrarle.

–Entiendo.

–Y además... estoy embarazada. De él.

–¡Eso es estupendo!

–Sí que lo es –dijo Marla también sonriendo.

–Yo... me temo que mi visita es breve.

Le contó todo por lo que había pasado. Gemineanos, etéreos... Ishtar.

–...y no puedo quedarme.

Marla se limitó a suspirar largamente mirando a la mesa, como si encajara una pesada losa más de soledad.

–A decir verdad presentía que no volvería a verte –dijo al fin.

–¿No conoces a nadie aquí?

–Keith me visita de vez en cuando...

–Keith –repitió Enea con cierto retintín.

Eso hizo que Marla sonriera.

–Ya, es un mujeriego, pero tranquila, sé cuidarme. Además para él la voluntad de Olaf es sagrada, y está luchando en Hervine junto a los que quieren echar a Byron.

–Eso espero –replicó Enea poco convencida-. En cualquier caso –añadió cogiéndole la mano- estoy aquí, aunque sea para despedirme. No dispongo de mucho tiempo y quería al menos dejarte esto.

Sacó de su traje un libro que Marla observó con curiosidad: se trataba de un ejemplar impreso de *“Barco a la Luna y otras aventuras”*.

–Para ti y vuestro hijo –concluyó Enea entregándoselo.

Marla lo contempló en silencio, deslizando los dedos suavemente sobre la portada con relieve.

–Gracias –dijo finalmente, volviendo a mirarla con una sonrisa triste-, muchas gracias.

Charlaron durante un par de horas sobre multitud de temas, desde los últimos acontecimientos hasta sus vidas pasadas, pasando por los nombres que Marla le pondría a su futuro hijo, según fuera niño o niña.

–En fin, debo irme –dijo Enea-. Vaya, parezco Dorothy en *El Mago de Oz* –dijo riendo- aunque no vuelvo exactamente a casa. En cualquier caso, debo destacar que te dejo mejor que cuando te encontré. Pese a todo ya tienes hogar y proyecto de futuro. ¡Y esperanza! Ahora me toca a mí buscar todo eso.

–Que tengas suerte. Ha sido un placer haberte conocido... y una rareza también –ambas estallaron en carcajadas-. ¡Es raro despedirse de una doble!

–Cuídate y cuídale. Tal vez ese niño sea la esperanza de este lugar.

Tras volver a abrazarse y despedirse por última vez, Marla contempló desde la puerta Enea desapareciendo en la distancia.

Suspiró al entrar en su casa con el libro, al que miró de nuevo fijamente. Un escalofrío de tiempos pasados le recorrió el cuerpo, un deseo frustrado de querer leer aquel libro en su adolescencia, algo que sin duda solucionaría en los próximos días. Pero sobre todo debía conservar el libro como un tesoro. Su hijo tendría la oportunidad que a ella le vetaron.

Así pues entró en la biblioteca privada de Olaf –se puso como nota mental desempolvarla cuando pudiera y darle la vuelta al maldito cuadro de Boris coronando al Rey–, y colocó el libro en uno de los estantes, sobresaliendo levemente más que el resto.

Su rostro se le iluminó al ojear la biblioteca. La conversación de Enea alegró la que se presentaba como una larga y triste noche, pero ya no podía sentir euforia. Tampoco el futuro sería tan apacible como su amiga lo pintó. Nuevos desafíos llegarían, más escaladas bélicas, quedaba pendiente saber en qué colonias caerían las cápsulas de salvamento de todas aquellas estaciones, así como las intenciones de sus tripulaciones y si portarían armas avanzadas. Pero ella se mantendría al margen una temporada. Necesitaba descansar.

En cualquier caso ya no los gobernaban omnipresentes desde el cielo, ahora el futuro les pertenecía. Y no sólo eso.

Ahora tenía por *quién* defenderlo.

EPÍLOGO

Enea se aseguró de estar sola en el mirador cercano a la casa de Marla, pese a ser muy poco probable que apareciera alguien por allí en aquellos momentos.

Levemente encogida de frío se asomó a contemplar la inmensa foresta que se extendía ante ella, en plena y familiar penumbra azul. Sólo los grillos y los ecos de alguna cascada remota disimulaban su propia respiración.

–Estoy lista –dijo al aire.

Cuando se volvió, Ishtar ya estaba allí.

–Le ha gustado mucho el regalo, gracias por conseguírmelo –añadió.

El hombre de piel oscura, ataviado con su característico hábito dorado se aproximó a paso lento hasta quedar justo a su lado, observando también el paisaje. Ella siguió su ejemplo durante unos minutos, absorta y a la espera de que dijera algo, pero el silencio continuó.

–¿Crees que el futuro de la humanidad está a salvo aquí? –dijo decidiendo romper el silencio y lamentando hablar tan alto.

–Tal vez tenga una oportunidad. Mientras yo esté aquí, los humanos no podrán salir de este universo, ni llegar a él.

Enea sonrió con pesar.

–Menos yo.

–No puedes quedarte.

–Claro... –le miró, frunciendo el ceño–. No como tú, el etéreo... –añadió con sorna esperando una reacción que no llegó– Tu humanidad a veces me resulta demasiado realista como para ser replicada. Dime la verdad, tú fuiste humano ¿Eh?

Ishtar la contempló con su característica mueca reptilesca.

–Es una manera de decirlo.

–¡Vaya! ¿Y cómo llegaste a convertirte en...?

–Tiempo.

–¿Puedes ser más explícito?

El *etéreo* comenzó sin necesidad de recuperar el resuello.

–Creamos remedios para curar enfermedades, nuestra vida aumentó. Construimos herramientas para modificar nuestro genoma. Nuestra vida aumentó. Nos inyectamos inhibidores, vacunas y reparadores de *adeene* de todo tipo. Nuestra vida aumentó. Comenzamos a agregarlos órganos artificiales con dichas

funciones incorporadas. Nuestra vida y autosuficiencia aumentaron. Empezamos a tener el poder de arreglarnos y mejorarnos a nosotros mismos. Llega la revolución. Muertes. Rebeldes sin mejoras. Nací entonces... Se habló de monstruos y humanos. De humanos de primera y de segunda. Guerras. Tierra inhabitable. Humanidad de segunda extinguida.

«En Marte nos seguimos mejorando. Casi inmortales, asimilamos el poder cuántico como una nueva extensión de nuestro ser. Muchos desaparecieron por imprudencia ante el nuevo estado en el que nos estábamos convirtiendo. Yo... –al decir esa palabra, su voz cogió tono, se volvió más humana– yo... fui probando, poco a poco, y mientras era testigo de la extinción de nuestra especie conseguí crear en mí ser la funcionalidad de cambiar de universo. Y así, moviéndome por el multiverso, pude escapar del tiempo y diseñar y potenciar mi propia evolución, hasta dejar atrás cualquier atisbo de humanidad»

Enea se quedó sin palabras.

–Pero si la humanidad que conociste se extinguió, el resto de *etéreos*... ¿Son humanos de otros universos que acabaron como tú?

Ishtar negó con la cabeza.

–¿Estás diciendo que son extra... extra...?

–Desde que se alcanza cierto nivel de trascendencia, el origen es irrelevante.

Una pregunta salió ardiente de las entrañas de Enea.

–Ishtar, o como quiera que te llames... ¿Por qué nos ayudas? Tienes poder suficiente para que hagamos lo que quieras, o para destruirnos. A decir verdad me inquieta que entes como vosotros puedan intervenir sobre lo que ocurre aquí, cuando es precisamente de lo que huimos...

–Podríamos controlarlos, en efecto. Como tú podrías controlar lo que ocurre en un hormiguero. Pero imagino que la vida y destino de sus habitantes te resultaría absolutamente anodina, insignificante e irrelevante. Menos aún podría satisfacer tus ansias de poder.

–Pero lo estás haciendo, Ishtar. Proteges a Terra Nueva, y a mí me vas a sacar de aquí.

–Eso no ha tenido nada que ver con vuestra especie, sino con el hábitat que buscamos los *etéreos* aquí. Nada me hace pensar que vuestra humanidad vaya a ir mejor que la que vi morir. En mis viajes por el multiverso he visto a vuestra especie naciendo, muriendo y ya extinta. Siempre de igual manera. Siempre ecos de lo mismo. Para mí, o al menos para la parte de mí que almacena mi origen humano, que es la que te está hablando, vosotros sois recuerdos. Ocurre que se trata de recuerdos más valiosos que otros. Sólo eso. Una forma de recordar.

Enea asintió, cabizbaja, tras echar un último vistazo al paisaje, como si así se despidiera.

–Bien, como dije, estoy lista –dijo con voz apagada.

Ishtar se sacó del hábito un cubo metálico que le resultó familiar.

–¡Una *unidad*!

–Tiene su forma y apariencia para que te resulte más sencilla su manipulación, pero esta es especial. Únicamente posee seis usos y seis destinos programados, no sirve para viajar libremente ni te valdrá para regresar aquí. Una vez hayas visitado dichos universos, acaso decidas verlos todos, se deshará en tus propias manos.

–¿Y qué lugares son esos?

–Lugares en los que nunca has estado pero puedes estar. Lugares como Armantia, como Gemini o como tu mundo original.

–¿Te volveré a ver?

–No.

Enea se quedó mirando el cubo, advirtiéndole que cada lado tenía un color.

–¿Cómo te llamabas cuando fuiste humano? –quiso indagar sin apartar la mirada del artefacto.

Ishtar parpadeó unos instantes.

–Ramsés.

¿Qué le depararía ahora la vida?

Continuó dando vueltas al cubo con una extraña e infinita melancolía y el lado azul atrapó su mirada.

El mar...

–Gracias por recordarnos, Ramsés –dijo sin quitar ojo a la *unidad*.

Y lentamente, presionó el lado azul.

La Laguna, a 30 de Junio de 2007

Más aventuras en

OLIMPO

www.moiescabello.com

Gracias por descargar Gemini, espero que te haya gustado. Recuerda que puedes adquirir un ejemplar impreso o un e-book para lectores electrónicos en <http://www.multiverso.cc>

Moisés Cabello Alemán